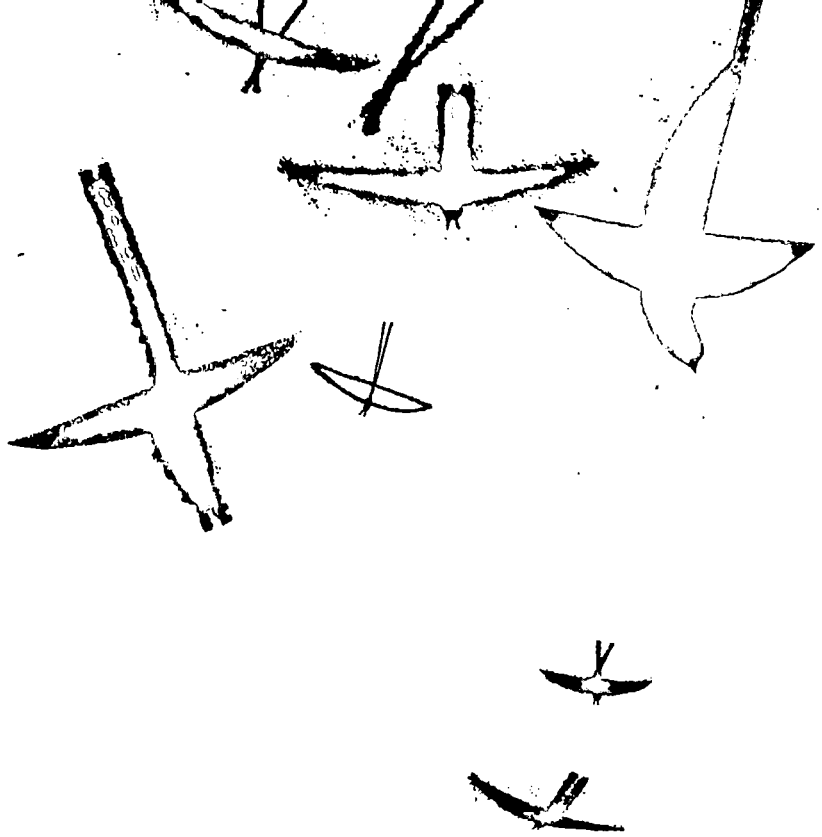
ANTÍLOPE

CUANDO LAS MUJERES FUERON PÁJAROS

CINCUENTA Y CUATRO VARIACIONES SOBRE LA VOZ

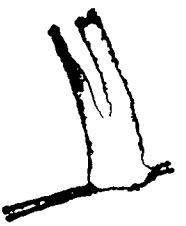
TERRY TEMPEST WILLIAMS

TRADUCCIÓN DE ISABEL ZAPATA



CUANDO LAS MUJERES FUERON PÁJAROS

CINCUENTA Y CUATRO VARIACIONES
SOBRE LA VOZ



Cuando las mujeres fueron pájaros: Cincuenta y cuatro variaciones sobre la voz
Primera edición, México, diciembre de 2020
© Terry Tempest Williams

Título original: *When Women Were Birds: Fifty-four Variations on Voice*
Copyright © 2012 Terry Tempest Williams. Por acuerdo con la autora.

© de la traducción, Isabel Zapata
© Tedi López Mills, por la traducción del poema "Thirteen Ways of Looking at a Blackbird | Trece maneras de mirar un mirlo" (página 161) de Wallace Stevens
© Juan Carlos Calvillo, por la traducción de los poemas "Some keep the Sabbath going to Church | Hay quien guarda el Sabbat yendo a la Iglesia" de Emily Dickinson (página 49) y "Questioning Faces | Rostros perplejos" (página 50) de Robert Frost.

D.R. © 2020
Ediciones Antílope S. de R.L. de C.V.
Alumnos 11, San Miguel Chapultepec, Miguel Hidalgo,
C.P. 11850, Ciudad de México
www.edicionesantilope.com

D.R. © 2020
Almadía Ediciones S.A.P.I. de C.V.
Avenida Patriotismo 165, Escandón II Sección, Miguel Hidalgo,
C.P. 11800, Ciudad de México

Formación
www.taller-se.com

Ilustración de portada e interiores:
Amanda Mijangos

Corrección de estilo:
Jimena Maralda y Renata Riebeling

ISBN Almadía Ediciones: 978-607-8764-08-2
ISBN Ediciones Antílope: En proceso de tramitación

Impreso en México

CUANDO LAS MUJERES FUERON PÁJAROS

CINCUENTA Y CUATRO VARIACIONES SOBRE LA VOZ

TERRY TEMPEST WILLIAMS

TRADUCCIÓN DE ISABEL ZAPATA

ANTÍLOPE

ANN MUDGE BACKER

Musa

•

LAURA SIMMS

Historia

•

LINDA ASHER

Traductora

•

ALEXANDRA FULLER

Voz

•

A TODOS LOS SERES ALADOS

¿Y si hubiera un placer oculto
en llamar a una cosa
con el nombre de otra?

— RAE ARMANTROUT

Pájaros, pájaros... miradlos, listos para actuar
cual hijas del espíritu...
Sobre las páginas en blanco de márgenes infinitos,
el espacio que abarcan es totalmente un conjuro.

— SAINT-JOHN PERSE

I

Tengo cincuenta y cuatro años, la edad que mi madre tenía al morir. Recuerdo esto: nosotras acostadas en su cama, cubiertas por una cobija de lana. Le sobaba la espalda, sintiendo cada vértebra con mis dedos como si fueran peldaños en una escalera. Era enero y desde afuera un frío despiadado se nos venía encima. Pero adentro, la ternura y la claridad mental de Mamá transmitían su propio calor. Estaba muriendo del mismo modo en que vivía: a conciencia.

"Te voy a dejar todos mis cuadernos", dijo mirando hacia la ventana cerrada mientras yo seguía sobándole la espalda. "Pero prométeme que no vas a verlos hasta que me haya ido."

Le di mi palabra. Luego me dijo dónde estaban. Yo no sabía que mi madre escribía diarios.

Murió una semana después. Esa noche hubo luna llena con un halo de cristales de hielo.

Durante la siguiente luna llena yo estaba sola en la casa de la familia. Sentía que Mamá aparecería en cualquier momento. Su ausencia se convirtió en su presencia. Era el momento adecuado de leer los diarios. Estaban exactamente donde

dijo que estarían. Tres estantes de hermosos cuadernos forrados en tela: algunos florales, algunos en estampado Paisley, otros en colores sólidos. Todos los lomos perfectamente alineados con el borde de los estantes. Abrí el primer cuaderno. Estaba vacío. Abrí el segundo cuaderno. Estaba vacío. Abrí el tercero. También estaba vacío, como el cuarto, el quinto, el sexto —estante tras estante tras estante, todos los cuadernos de mi madre estaban en blanco.

II

No sé por qué mi madre compró cuaderno tras cuaderno, año tras año, y nunca escribió nada en ellos y luego me los dejó a mí.

Nunca lo sabré.

El golpe de sus cuadernos en blanco representó una segunda muerte.

Los diarios de mi madre son lápidas de papel.

Tengo cincuenta y cuatro años, la edad que mi madre tenía al morir. A los veinte años no hubiera entendido las preguntas que me hago ahora. No me di cuenta entonces de lo joven que era ella, pero, ¿no es ése el orgullo de las madres, ocultar la juventud y existir sólo para nuestros hijos? Es propio de las madres mantener el mito de que nuestros problemas no nos pesan. Colocadas en un círculo de inmunidad, cargamos sólo con las crisis de los seres amados. Enmascaramos nuestras necesidades con necesidades ajenas. Si existiera una historia sin sombras, sería ésta: que las mujeres existimos bajo la luz directa del sol y nada más.

Cuando las mujeres fuimos pájaros, lo entendíamos de otra manera. Sabíamos que nuestra mayor libertad era escapar volando de noche, cuando podíamos apropiarnos de la oscuridad celeste, navegar en la dicha y el terror de nuestra incertidumbre a través de la inteligencia de las estrellas y de constelaciones creadas por nosotras mismas.

Lo que mi madre quiso hacer y lo que pudo hacer sigue siendo su secreto.

Todas tenemos nuestros secretos. Yo tengo los míos. Retener palabras es poder. Pero compartir nuestras palabras con otros, abierta y honestamente, también es poder.

Yo era consciente de los silencios al interior de mi madre. Eran sus espacios de fuerza, inviolables. Tillie Olsen estudió ese silencio. Escribe:

> La historia literaria y el presente están oscurecidos por silencios... he tenido la necesidad especial de aprender todo lo que pueda sobre esto a lo largo de los años, permaneciendo casi muda y teniendo que dejar la escritura morir en mí una y otra vez. Estos no son silencios naturales —lo que Keats llamó *agonie ennuyeuse* (agonía tediosa)— ese tiempo necesario para la renovación, el ocio, la gestación, en el

ciclo natural de la creación. Los silencios de los que hablo no son naturales: la frustración no natural de aquello que lucha por llegar a ser, sin lograrlo.

Estos silencios son nuestra cruz.

¿Qué es la voz?

Diré que es esto: la primera voz que escuché fue la de mi madre. Fue su voz la que oía en el útero; desde el momento en que mi cabeza emergió a este mundo; desde el momento en que fui expulsada, luego colocada en su barriga hasta que el cordón fuera cortado; desde el momento en que me acunó en sus brazos. Mi madre me habló: "Hola, pequeña. Tú estás aquí, yo estoy aquí".

Diré que es esto: en mis células, la voz de mi madre es una canción de cuna. Mi cuerpo siente su respiración cuando me quedo quieta.

III

Liminar. Un umbral. Mi cuerpo entre mundos. Esta palabra me devuelve a mi estado original. "*Soy agua. Soy agua.*" Soy células marinas que evo-

lucionan hasta una consciencia que me mantiene erguida. Caminando por la línea de algas en una playa, recojo conchas, un caracol, un molusco, una almeja, testigos de un mundo que no podemos ver hasta que lo tocamos, lo sostenemos, lo llevamos hasta nuestra oreja y escuchamos. El mundo invisible puede hablarnos. Este océano vasto, ondulante, nos mece. Las olas nos cargan como el asenso y la caída de la melodía de las madres. Mucho de lo que somos se origina y se mantiene aquí, en el agua salada. Tomo otra concha y escucho...

Mi madre me dejó sus diarios, y todos sus diarios estaban en blanco.

En la cultura mormona, se espera que las mujeres hagan dos cosas: llevar un diario y tener hijos. Ambos gestos son una reverencia participativa al pasado y al futuro. El conocimiento personal y la continuidad se parecen porque cuentan una historia. Mi madre tuvo sus diarios y cuatro hijos: una hija y tres hijos. Yo soy su hija, enamorada de las palabras. Las repeticiones de sus diarios me llegan en oleadas. Sumergirme en ellas es mi única protección.

IV

Una madre y su hija son un borde. Los bordes son ecotonos, zonas de transición, lugares de peligro o de oportunidad. Tensión doméstica. Cuando estoy parada en el límite entre el mar y la tierra siento esta tensión, esta línea fluida de transición. Marea alta. Marea baja. Ese llegar y retirarse del mar me recuerda que llevamos poco tiempo siendo humanos.

Nací al borde del Pacífico. California era el paraíso. Todos los días mi madre me llevaba a la playa, cerca de Capistrano, hogar de las golondrinas que vuelven. Mientras mi padre estaba en la Fuerza Aérea, mi madre y yo jugábamos en la arena. Es aquí donde se me quedó grabado el sonido rítmico de las olas, el graznido de las gaviotas, la calma del corazón de mi propia madre.

Es aquí, en el borde entre la arena y las olas, donde acaso se desarrolló mi necesidad de mirar el horizonte, de ver hacia afuera tan ancho y tan lejos como fuera posible. Mi afición por las vistas panorámicas nunca me ha abandonado. Y aquí, seguramente, fue que me enamoré del agua, al reconocer su poder sublime, cuando aprendí a confiar en que lo que amo puede matarme,

derribarme y amenazar con ahogarme en una ola inesperada. De ser así, entonces también aquí aprendí que puedo sobrevivir al dolor. Creía en mi capacidad de ponerme de pie y correr hacia las olas una y otra vez, sin importar los riesgos. La ola se rompía, se apresuraba en mi dirección hasta cubrirme los pies y luego se retiraba de regreso al mar, seguida de otra y otra más. Ésta era la gran seducción. La exaltación dichosa en este borde de oscilaciones era interminable.

Y cada noche el olor del azahar y de la sal marina encendía los atardeceres en llamas que el mar apagaba poco a poco. No he pasado un solo año de mi vida sin un bautizo en el océano. Ni uno.

¿Por qué esta relación con Mamá y con el agua?

Fuentes que se rompen. Nacimos de lo que fluye, no de lo fijo. El agua es esencial. Una madre es esencial. El océano como madre es fascinante por su poder, una fuerza creativa que puede consolar y destruir. Mi madre y yo llegamos a confiar una en la otra en la playa donde nos sentábamos. Jugábamos entre silencio y silencio. Nos entreteníamos. Al borde del continente, viendo hacia el oeste, comprendimos la paz y la violencia a nuestro

alrededor. El poder es la voz estruendosa del mar, el ondular y estrellarse de las olas. Si el agua no es repetición, no es nada: un *encore* a la tenacidad de la vida. Y la vida que el mar contiene es superficie y profundidad, lo que vemos y lo que imaginamos. Lanzamos una línea de pesca, una red. Lo que emerge es religión en forma de pescado.

La transgresión de mi madre era deseo. Me heredó ese deseo sin decir una palabra. La soledad es la memoria del agua. Vivo en el desierto. Todos los días estoy sedienta.

Cuando abrí los diarios de mi madre y leí el vacío, éste se transformó en nostalgia, el mismo deseo y la sed que Mamá me transmitió. Voy a reescribir esta historia, crearé mi propia historia en las páginas de los diarios de mi madre.

V

Escribo en una de las páginas en blanco de los diarios de mi madre no con una pluma, sino con un lápiz. Me gusta la idea de borradura. La permanencia de la tinta es una ilusión. La tinta se desvanece, el papel la absorbe. El agua puede

dejar manchas. La tinta se termina. A un lápiz se le puede sacar punta una y otra vez y desaparece en el proceso. Como yo. En el pasado, mis palabras han nacido de flamas. Hoy mis palabras emergen del agua. La fuente de una mujer se rompe y entra en labor de parto. El nacimiento es inminente. La imaginación de una escritora se suelta y ella también empieza una labor.

Todo se siente nuevo. Un nuevo año. Una nueva década. Una nueva página en blanco. Escribo en una de las páginas en blanco de los diarios de mi madre no con una pluma, sino con un lápiz. Me gusta la idea de borradura.

BORRAR

1. Frotar o raspar, por ejemplo letras o caracteres escritos, grabados, etc.; hacer desaparecer.
2. Eliminar por completo: *Ella no podía borrar la trágica escena de su memoria.*
3. Obliterar (material guardado en una cinta magnética o en un disco): *Ella borró el mensaje.*
4. Obliterar mensaje grabado en (una cinta magnética o en un disco): *Él borró el mensaje por accidente.*
5. *Jerga:* asesinar: *Ella tuvo que ser borrada para que no revelara la verdad.*

6. Dar lugar a la supresión en seguida y fácilmente.
7. Quitar caracteres, letras, marcas, etc., de algo.
8. Tachar; desvanecer.

Origen: del latín *burra* (lana gruesa de poco valor, probablemente para ser utilizada para borrar lo escrito con tiza). De la familia etimológica de borra (V.).

Categoría gramatical: verbo

Sinónimos:
abolir
anular
blanquear
cortar
dejar en blanco
deshacer
despachar
destruir
eliminar
expurgar
extirpar
matar
negar
nulificar
obliterar

podar
raspar
recortar
retirar
sacar
suprimir
tachar
tapar
x

Borradura. Lo que toda mujer sabe, pero rara vez se discute. No me importa borrar si mi propia mano es quien lo hace. Mi decisión. Escribe una palabra. No la palabra correcta. Voltea el lápiz al revés, borra. De un lado a otro de la página. Endereza el lápiz. Vuelve a empezar. Señala algo sobre la página. Pausa. Encuentra la palabra correcta. Escríbela. Palabra por palabra, el lenguaje de las mujeres a menudo comienza con un susurro.

Te voy a dejar todos mis diarios...

Cuando el silencio es una elección, su presencia es desconcertante. Cuando el silencio es impuesto, es censura.

Los diarios de mi madre son una obsesión.
Los diarios de mi madre son una obsesión compartida.
Los diarios de mi madre son una posesión.
Los diarios de mi madre ahora me poseen.
Los diarios de mi madre son deseo.
Los diarios de mi madre son mi deseo de saber.
Los diarios de mi madre son evidencia.
Los diarios de mi madre son la evidencia de que me conoció.
Los diarios de mi madre son el poder de la ausencia.
Los diarios de mi madre son el poder de la presencia.

VI

Cuando mi padre estaba fuera de la ciudad, instalando tubería y gaseoductos durante semanas o meses en Helper, Utah, o Baggs, Wyoming, mi madre estaba más calmada. Eran vacaciones para nosotros. Nos relajábamos en la cena y la casa tenía un aire de descanso, libre de su intensidad.

Nuestro padre era una figura de acción: jugaba a la pelota, escalaba montañas y cazaba venados. Si había un robo en el vecindario, organizaba un grupo para resolverlo. Si había algún río que recorrer, lo recorría, ya fuera el río Green o el

Colorado o el Snake. Esos caminos acuáticos seguían su curso fuera de los mapas hasta nuestras venas, tomando el amor de nuestro padre por la naturaleza y tatuándolo sobre nuestro amor por él. Si había una montaña que escalar o una senda que caminar, yo iba justo detrás de él como su hija. La cordillera Teton, la Wasatch, las montañas Rocosas fueron la columna vertebral colectiva de la familia.

Todas las noches, terminábamos el día en casa con historias de aventuras. Nuestra favorita era "Scarface: la historia de un oso grizzly", de Dorr G. Yeager. Sentados en sus piernas, escuchando el hermoso lenguaje de los osos moviéndose entre los árboles, lo que veían, cómo olían, el poder detrás del zarpazo de su garra, nos atrapaba no sólo el drama emocional de la historia sino también la pasión con la que nuestro padre hablaba de un animal tan magnífico. Mis hermanos y yo quedábamos extasiados. Primero y, ante todo, John Tempest es un contador de historias. Pero siempre supimos algo con claridad: se sentía más realizado cuando estaba afuera con sus botas puestas, caminando por las zanjas, licitando contratos para gaseoductos de alta presión que atravesaban el oeste estadounidense.

Mamá tenía su propia intensidad, pero la contenía, especialmente cuando estábamos a solas con ella. Fue durante esos días en Moor Mont Drive, en Salt Lake City, que nos mostró a mi hermano Steve y a mí "Pedro y el lobo", de Prokófiev. Pasamos tardes enteras sentados de piernas cruzadas en el piso, absortos frente a nuestro fonógrafo, escuchando este cuento musical. En el minuto en que terminaba el disco, regresábamos la aguja al principio y lo volvíamos a escuchar.

No tengo idea de qué hacía Mamá en las horas durante las cuales nosotros estábamos bajo el hechizo de Prokófiev, pero estoy segura de que ése era el objetivo. Nuestro tiempo con Pedro significaba tiempo consigo misma.

A través de la autoridad de la narración británica de Richard Hale, Steve y yo conocimos las voces distintivas de cada personaje: el pájaro era la flauta; el pato era el oboe; el gato, el clarinete; el abuelo, el fagot; y reconocíamos al lobo con los tres cornos franceses. La presencia de Pedro se convirtió en la melodía de las cuerdas de la orquesta. Los tiros de rifle eran emitidos por los timbales.

"Una mañana temprano, Pedro abrió la puerta del jardín y salió a la verde pradera que había

junto a su casa. Se encontró allí con un pájaro que cantaba alegre en una rama. ¡Qué mañana tan tranquila!, dijo el pájaro..."

Y empezaba la aventura orquestal.

Ahora me doy cuenta: durante esos treinta minutos que Prokófiev compuso en sólo cuatro días, recibí mi primera lección sobre la voz. Cada quién tiene una. Cada voz es distinta y tiene algo que decir. Cada voz merece ser escuchada. Para eso es necesario el acto de la escucha.

"Pedro y el lobo" también fue una lección temprana de cómo el balance de la naturaleza puede ser articulado a través de una historia. La voz habita un sitio específico.

"Al ver al pato, el pequeño pájaro se acercó volando hasta llegar al pasto, se posó junto a él y le preguntó *¿Qué clase de pájaro eres, si no sabes volar?* A esto, el pato contestó *¿Qué clase de pájaro eres tú, si no sabes nadar?* y se sumergió en el estanque."

Para mi hermano y para mí, el ciclo de la naturaleza estaba, consciente o inconscientemente, ejecutado a través de las muchas voces de una sinfonía. "Y quien escuchara con cuidado podía oír al pato graznando dentro del lobo, porque el lobo llevaba prisa y se lo había tragado vivo."

Escuchar una y otra vez las voces a través de una familia de instrumentos nos permitía reconocer y apreciar la dignidad y singularidad de cada ser vivo de la pradera y del bosque.

Pedro nos mostró lo que Mamá quería que supiéramos sin tener que decirlo. Acaso fingía desaparecer detrás de la puerta cerrada, pero conocía las lecciones: aquí está el mundo. No es un lugar seguro, pero sin importar lo aterradora y desconcertante que se ponga la vida podemos sobrevivir a nuestros miedos, tomar al lobo por la cola como hizo Pedro y hacer las paces con el mundo.

Cada voz pertenece a un lugar. La soledad es un lugar. Mamá nos dejaba solos para disfrutar de nuestra propia compañía, mientras ella disfrutaba de la suya y se tomaba tiempo para sí misma. Cuando no estaba viviendo su soledad, la contemplaba.

VII

Si mi madre dejaba vacíos sus cuadernos, los diarios de mi abuela eran sus guías de campo. Las guías de campo de Roger Tory, para ser precisos. Cada una estaba encuadernada en tela verde

turquesa. Catalogaban, identificaban e ilustraban estrellas, rocas, minerales, árboles, arbustos, flores silvestres, conchas, insectos, peces, anfibios y reptiles, mamíferos y pájaros. Su favorita era *Guía de campo de las aves occidentales*, publicada en 1961 por Houghton Mifflin. Tenía una portada azul cielo con letras blancas. En la esquina superior derecha aparecía el retrato de un frailecillo y debajo del título, dibujados al interior de un rectángulo blanco, una tangara aliblanca y un picogrueso norteño.

Tengo el ejemplar de mi abuela sobre el escritorio. La cubierta está gastada. Cuando abro el libro, las guardas son siluetas de pájaros posadas en cables de teléfono, en un árbol, en postes de luz, todos pájaros que podrías ver conduciendo en la carretera: un petirrojo, una urraca, una tórtola, un cuervo.

En la caligrafía de mi abuela, con su característica pluma roja, ella escribió su nombre en la diagonal: "Kathryn Blackett Tempest, 1599 Orchard Drive, Salt Lake City, Utah 84106". Está escrito con mucha elegancia.

En las páginas ilustradas, junto a ciertos pájaros en particular, escribió la fecha y el lugar en que vio esa especie por primera vez. Por ejem-

plo, junto a la imagen de un mirlo ermitaño, dice "1962, Bullen's Ranch".

Si hago una referencia cruzada entre su guía y la mía, muchas de las primeras especies que vi coinciden con las que vio Mimi, y se detona un recuerdo. Vi por primera vez una tangara aliblanca en casa de mi amiga Gayle Platt. Su patio estaba rodeado por el arroyo Mill, que corre a través del Gran Lago Salado. La tangara apareció a la mitad de su fiesta de cumpleaños. Dejé de inmediato el juego en el que estábamos y seguí al pájaro como en un trance. Era el pájaro que hace tiempo deseaba ver. Y aparecieron su característica cabeza roja, su cuerpo amarillo y sus alas negras. Cuando la señora Platt se acercó a preguntarme qué estaba mirando tan fijamente, de inmediato apunté hacia el pájaro en el álamo. Irritada de que me hubiera alejado de la fiesta, me dijo que volviera con el resto de los niños. Le pedí que me dejara llamar a mi abuela, y así lo hice. Mimi tardó unos minutos en llegar en su Cadillac de acabados dorados y dejó que cada niña en la fiesta viera, a través de sus binoculares, al pájaro rojo, amarillo y negro.

Las dos registramos este momento en nuestras guías de campo. Ella me dio la mía cuando yo tenía cinco años. Es el primer libro que recuerdo

haberme llevado a la cama. Debajo de las cobijas, sostenía una linterna con una mano y la guía de campo con la otra. Estudié con cuidado cada uno de los pájaros y los llevé a mis sueños.

Al pertenecer a una familia que iba de caza, aprendí los nombres de los patos a los que mi padre disparaba.

Le pedía que me guardara las alas. Ala derecha. Ala izquierda. Y hacía un ramo con sus plumas. Cuando nos sentábamos en la mesa del comedor a cenar pato, lanzaba oraciones silenciosas para los patos colorados y los porrones picudos.

VIII

El aire de las primeras horas de la mañana de agosto se estremece con crujiente frescura. Los mirlos y las currucas se unen en un popurrí de notas que suenan a través del bosque como una gran orquesta sinfónica. Las briznas de pasto se doblan hacia delante y hacia atrás en movimientos rítmicos con el cálido viento matinal.

Mis palabras en un diario del verano de 1970. Tenía catorce años.

Mimi y yo salimos de la cabaña listas para experimentar y observar los secretos y emociones que hay en el mundo de la naturaleza. Caminamos con los binoculares en la mano para no perdernos ni un detalle... sentimos el calor del sol filtrarse a través de las hojas de los álamos.
Nos sentamos en un anudado tronco viejo que había sido golpeado por un rayo muchos años antes y escuchamos, escuchamos el silencio. Sólo escuché una quietud hermosa.

Mi abuela y yo nos estábamos quedando en una cabaña de la familia en la Sierra de Uinta, en Utah, la única cordillera de Estados Unidos que corre de este a oeste. Nos dirigíamos al lago Bud. Mimi se levantó temprano. "Es la hora para ver pájaros", dijo. Confié en ella y llegamos al campo antes del amanecer. Mientras estábamos sentadas en aquel tronco, la luz iba apareciendo y el canto de los pájaros nos rodeó.

El llamado de los pájaros cautivaba y la pradera se convirtió en un lugar de emociones salvajes. De pronto pudimos oír la voz de una chara californiana haciendo un ruido tan violento que parecía una advertencia a todos los seres vivos. Después, un silencio lúgubre... un águila voló desde el peñasco.

Vimos al águila real precipitarse hacia abajo y tomar un ratón entre sus garras.

Una vez en el lago Bud vi el rostro de mi abuela y sentí que había en ella un mensaje profundo. Ella miraba fijamente el lago y supuse que pensaba en la tranquilizadora repetición de la naturaleza. La certeza de que las ramas desnudas traerán los brotes primaverales, que los amarillos dientes de león se pondrán blancos de semillas y que cada vida es valiosa en sí misma... Mimi me miró y me dijo: "Somos parte de la naturaleza—".

Palabras simples, efusivas, escritas en el éxtasis de la juventud. Encontré la paz en una arboleda de álamos compartida con mi abuela. Mi voz echó raíces en este lugar de rica tierra negra protegido por las relucientes hojas redondas de árboles de corteza blanca.

Estas palabras escritas a mano en las páginas de mi diario confirman que, desde una edad muy temprana, cada encuentro de mi vida ha sido una experiencia doble: primero en el mundo, luego en la página.

Cuando regresé a casa, leí las páginas en voz alta para mi padre.

"Un poco florido", dijo.

IX

Un impedimento del habla es una excelente manera de perder tu voz, especialmente en cuarto grado. Cuando la mayoría de los niños jugaban afuera durante el recreo, yo tomaba terapia del lenguaje con la señora Parkinson. "Lecciones de tragarse la lengua", decía. "Tu maestra las recomienda para que dejes de sesear."

Mi maestra le había informado que yo seseaba. Se me subió el color a la cara y me sonrojé de vergüenza. No me di cuenta de que hablaba así hasta que me lo dijeron. Normalmente no podemos escuchar a detalle nuestra propia voz. Mis amigos se burlaban de mí, como hacen los niños. A veces me reía con ellos. A veces no. Pero el remedio seguro contra la crítica y el ridículo era sencillo: quedarme callada.

Mi gran miedo en la escuela era que me pidieran leer en voz alta. Y si lo hacían, rezaba porque me tocaran párrafos sin la letra *S*. El viejo trabalenguas "Si Sansón no sazona su salsa con sal, le sale sosa" era mi agonía. Intentaba encaminar la conversación hacia "Pablito clavó un clavito en la calva de un calvito". Conocía ese atajo de memoria.

La señora Parkinson y yo nos reuníamos tres veces a la semana en su salón especial, lleno de plantas y pósteres con ilustraciones de varios sonidos consonantes y vocales. Me ayudaba a redirigir mi lengua cuando hablaba y al tragar. El punto era dejar de meter la lengua.

Los ejercicios eran más o menos así: me daba una galleta salada para masticarla, con la instrucción de formar una bolita de masa en el centro de la lengua. Una vez hecho esto, tenía que abrir la boca y mostrársela. Después de felicitarme, ponía una pequeña banda elástica alrededor de la punta de mi lengua (o al menos así lo recuerdo) y me enseñaba, con su propia lengua, en qué punto exacto ponerla (en el paladar).

Una vez colocada la lengua en la posición perfecta, justo como había indicado, decía "Ahora traga".

Yo tragaba. Ella miraba.

"Muy bien."

Me terminaba un paquete de galletas en cada sesión, o eso parecía. Así era la enseñanza sobre tragar. La clase para dejar de sesear era distinta.

Si ponía la punta de la lengua donde normalmente lo hacía cuando hablaba —detrás de mi dientes delanteros y "su diente vecino" ha-

cia la derecha— y decía "Sally", creaba un sonido poroso como "Thally". Pero si la colocaba en el lado opuesto de mi boca, entre mi diente delantero de la izquierda y el de junto, por detrás, creaba un sonido limpio y crujiente, correcto. "Sally". Sin sesear.

Lo que se requería de mí era práctica. La señora Parkinson y yo leíamos poesía juntas, mi voz sobre la suya. Me enseñó a escuchar el sonido de las palabras y a deleitarme con el ritmo y la musicalidad de ciertas combinaciones, como el poema de Emily Dickinson que empieza:

> Hay quien guarda el Sabbat yendo a la Iglesia —
> yo lo guardo, quedándome en mi Hogar —
> con el canto de un Mirlo por Corista —
> y mi Huerto de Frutas, por Altar —

Había muchas palabras con *S* en el poema, pero amaba tanto lo que el poema decía que no me importaba. Me olvidaba de mí misma y me concentraba en lo que estaba siendo dicho y no en cómo lo decía.

Uno de los poemas que compartíamos que más me gustaba se llamaba "Rostros perplejos", de Robert Frost:

La lechuza giró en su vuelo justo a tiempo
para no romper el cristal de la ventana
y, de pronto tensas y extendidas, sus alas
captaron de la tarde el último bermejo
en un espectáculo de pluma y péndola
para niños congelados en la vidriera.

Ella sabía que me encantaban los pájaros; ¿le mencioné que me encantaban los búhos? Esto era una muestra de cuánto admiraba a mi terapeuta del lenguaje y esperaba con emoción los ratos que pasábamos juntas.

De tarea, leía aquellos poemas en voz alta con mi madre. *"E–nun–cia"*, la recuerdo diciendo lentamente. La práctica de pronunciar las palabras con claridad. Elocución. De pronto empecé a disfrutar el arte de hablar, porque seguía al arte de escuchar. Estos poemas eran acertijos y secretos, cada uno con su significado oculto. Mi labor era honrar el poder de cada palabra al pronunciarla lo mejor posible.

En cuarto grado no sabía nada de aliteración ni del pentámetro yámbico ni del simbolismo del búho como sabiduría y el peligro de que la inocencia de los niños chocara con el destino. Tam-

poco tenía manera de saber cómo estos temas de la naturaleza y la cultura me crecerían por dentro hasta tomar posesión de mí, más tarde, como escritora. Sólo conocía el placer que los poemas le daban a mi boca y a mis oídos. Nunca pude explicar a mis amigos cuánto disfrutaba mis lecciones de lenguaje, incluso si me hacían perderme el recreo. La poesía se volvió un juego, un atletismo verbal más divertido y desafiante que jugar avioncito o saltar obstáculos en la cancha de futbol.

La señora Parkinson creía en la belleza de la voz humana y llamaba a mi voz "un instrumento". Me enseñó a hablar con una confianza y alegría que yo no conocía. Me ayudó a corregir la fuente de mi vergüenza haciéndome consciente de los sonidos. Insistía en escuchar. Ya no me daba miedo que me pidieran leer en clase, porque ella me mostró el potencial de mi propia voz, sostenida en destreza y sustancia por encima de inseguridades y dudas. Me convertí en una amante de las palabras.

No encontré mi voz, mi voz me encontró a mí a través de la compasión de una maestra que entendió cómo la poesía nos transforma a través de la elegancia y el lirismo del lenguaje. Al compartir su amor por la poesía, la señora Par-

kinson me inspiró a hablar más allá de mi ser atemorizado.

No creo que nuestros miedos nos abandonen nunca por completo. Todavía tiemblo cada vez que me levanto para hablar. Me siento mareada, los nervios rebotando en los cofines de mi propia piel, despertando recuerdos de un seseo infantil en cada músculo de mi cuerpo. Y en esos primeros minutos frente a un grupo de gente mis instintos gritan *huye ahora, todavía estás a tiempo de escapar.* Pero entonces me detengo, miro la habitación, miro los ojos de los presentes y me oriento como una brújula al recordar que las palabras son mucho más fuertes que yo. Respiro hondo, esquivo mi miedo y empiezo a hablar desde el lugar donde se juntan la belleza y la valentía: en los espacios de un corazón estremecido.

X

Matilda Thomas nació hace un año, el día de Año Nuevo. Su padre es mi sobrino, Nate. Su madre se llama Jinna y es una coreana americana de primera generación. En la tradición coreana, deben presentarse ante el bebé, poniéndolos so-

bre la mesa en su primer cumpleaños, una serie de objetos que representen el trabajo de sus padres, tíos, tías y demás invitados. Hay que incluir un billete de un dólar para la riqueza y una bala o una réplica de una pistola que represente el servicio militar. El niño es invitado a tomar el objeto que más le llame la atención. Según la tradición, su profesión dependerá de lo que escoja. Si toma dos objetos más, es un augurio de pasiones complementarias. Matilda escogió un gran cucharón para cocinar. *Chef.* Escogió el BlackBerry de su padre. *Abogada.* Y el lápiz de su tía. *Escritora.*

Cuando nadie estaba viendo, le susurré al oído: "Un lápiz es una varita mágica y es un arma. Ten cuidado. Protégete. Puede ser glorioso".

Mi madre me dejó sus diarios y todos estaban en blanco. Emily Dickinson escribió poemas en su habitación y los mantuvo, en su mayor parte, en secreto. La poeta Susan Howe escribió: "Quizá escogió entrar en el espacio del silencio, un espacio en el que el poder ya no es problema, el género ya no es problema, la voz ya no es problema, donde la idea de un libro impreso aparece como una trampa".

Me pregunto si hubiera sido mejor darle a Matilda una hoja de papel en blanco.

Mi querida Matilda, te escribo esta carta con la punta de una pluma sumergida en sangre...

No, eso no sería justo.

Mi querida Matilda, te escribo esta carta con la punta de una pluma sumergida en tinta invisible...

Mamá nos enseñó a escribir mensajes secretos con jugo de limón. Tomaba un limón, lo aplanaba con sus manos sobre la mesa y luego lo partía a la mitad y exprimía el jugo en un tazón. Teníamos pinceles a la mano y con ellos escribíamos nuestras palabras en papel pergamino. Encendíamos un cerillo, la flama ardía debajo del papel y lo que estaba oculto aparecía mágicamente.

Los diarios de mi madre están escritos en tinta invisible.

XI

Estaba fascinada por lo que no podía ver pero necesitaba para vivir. *Todo sobre el aire* era el libro que sacaba de la biblioteca constantemente. Cuatro gases componen el aire: nitrógeno (78.09 por ciento), oxígeno (20.95 por ciento), argón (0.93 por ciento) y dióxido de carbono (0.039 por

por ciento). También hay vapor de agua en la atmósfera (2 por ciento). Eso me daba confianza. El mundo invisible era real.

Me acostaba en un charco de sol en el piso de nuestra sala y miraba fijamente cómo bailaban las partículas de polvo en la columna de luz que se levantaba sobre mí. Usando mi guía de campo sobre el aire, intentaba diferenciar las hojuelas de piel seca de las partículas de mugre, arena o sal marina. Había humo y polen en esta mezcla, y yo me imaginaba ácaros del polvo comiéndose a las partículas microscópicas que flotaban en el aire, girando alrededor de nosotros todo el tiempo, demasiado pequeñas como para ser visibles. El sol se convirtió en un intermediario honesto al mostrarme lo que respiramos. Pero lo que más me emocionaba era el hecho de que cada día millones de meteoros se queman al entrar a nuestra atmósfera. Como resultado, la Tierra recibe diez toneladas de polvo del espacio exterior. En cada respiro no sólo absorbemos el mundo, inhalamos el universo. Somos polvo de estrellas.

Los diarios de mi madre son parte nitrógeno, parte oxígeno, parte argón, parte dióxido de carbono y vapor de agua, con todas sus partículas invisibles.

"Las estrellas son nuestros ancestros", escribieron Mary Evelyn Tucker y Brian Swimme en *La aventura del universo.* "De ellas proviene todo... para las estrellas, la creatividad depende de mantener un estado de desequilibrio... es la tensión dinámica entre gravedad y fusión... expansión hacia fuera y contracción... las estrellas son vientres de creatividad inmensa."

Los diarios de mi madre son un universo en expansión y contracción cada vez que se abren y se cierran.

XII

En las laderas áridas de las montañas Wasatch, la vía láctea se arqueaba sobre nosotros. Era el camino nocturno que nuestros ojos recorrían antes de irnos a dormir. Éste era mi universo personal, con sus propias verdades inherentes. La verdad, para mí, se basaba en lo que podía ver y escuchar, tocar y probar, más confiable que cualquier doctrina religiosa. La religión de interiores me aburría; la de exteriores no. Rascadores pintos oscuros escarbaban en el sotobosque de las hojas del año anterior;

colorines aliblancos eran signos de exclamación turquesa cantando bajo un techo verde; perlitas azulgrises eran las comas de la narrativa continua de la naturaleza salvaje. Mi inspiración tenía alas. Urracas, picogruesos y charas eran familia. Buitres americanos se elevaban sobre nosotros, proyectando sombras inesperadas durante el calor del verano. Las víboras de cascabel complicaban nuestra vida exterior. Primero las escuchábamos, luego las veíamos, enroscadas, y corríamos antes de contar hasta tres. Las nubes se convirtieron en nuestro punto focal para el cambio.

En cuanto terminaba la escuela comenzaba el juego que llamábamos "Captura". Era nuestra propia *Isla del tesoro* en las montañas. Los niños del vecindario construían y reconstruían sobre el roble las casitas del árbol del año pasado.

No sé cuál era el punto de este juego, pero nos consumía desde el momento en que despertábamos hasta la hora de la cena. Nos espiábamos los unos a los otros, niñas contra niños, desde los árboles. El dulce placer de imaginar que era otra persona viviendo en otra parte era suficiente para entretenerme el verano entero.

Inventábamos nuestro propio lenguaje. Dibujábamos mapas. Los enterrábamos. Creamos

una comunidad con su propia moneda, hecha de pedazos de vidrio que encontrábamos. Los fragmentos verdes y cafés eran comunes. Los lavandas eran los más deseados, los azules eran poco comunes, pero el rojo era el destello que buscabas bajo el sol ardiente del desierto brillando a través del sotobosque de salvia.

Sin embargo, un día que estaba sentada en nuestra casa del árbol, descubrí a un pájaro blanco posado justo encima de mí. No se parecía a nada que hubiera visto antes. Fui a la casa a llamar a mi abuela sin dejar de ver al pájaro fantasma a través de las puertas corredizas de vidrio frente a los árboles. Le expliqué que el pájaro misterioso tenía la forma y el tamaño de un petirrojo pero sin la espalda café ni la cabeza negra ni el pecho rojo. Me escuchó con atención. Ambas teníamos nuestro libro de pájaros a la mano. "Tal vez sea un albino", dijo. "Un pájaro sin pigmentación, incluso los ojos sin color." La sola palabra *albino* fue una revelación para mí. Bien pudo haber dicho *del mundo de los espíritus.*

En efecto era un petirrojo, el más común de los pájaros, libre de su vestimenta habitual, blanco con ojos rojos. Estaba inspirada y le llamé "el Espíritu Santo".

Cuando reporté mi hallazgo a nuestra oficina local de la Sociedad Audubon como una observadora de aves de ocho años, el presidente dijo que no podía tomarlo en cuenta como una "observación creíble", por mi edad.

Mi abuela simplemente sacudió la cabeza y dijo: "Tú sabes lo que viste. El pájaro no necesita ser contabilizado, y tú tampoco".

XIII

¿Qué se toma en cuenta para tener una voz? Valor. Ira. Amor. Algo que decir; alguien a quién decírselo; alguien que escuche. He hablado conmigo misma por años en la privacidad de mis diarios. Las únicas cosas que he hecho religiosamente son llevar un diario y usar anticonceptivos. Mi primer diario tenía un candado y una llave. Era un cuaderno de piel azul con un margen dorado. Mis pensamientos y secretos estaban a salvo de mis hermanos. Fue un regalo de mi bisabuelo Lawrence Blackett, el padre de Mimi, para conmemorar mi octavo cumpleaños y mi bautizo en la iglesia mormona.

Un diario difiere de un cuaderno de notas en

cuanto a expectativas. Un diario exige una entrada diaria. Yo no podía hacer eso. Casi de inmediato transformé mi diario en un cuaderno en cuyas páginas podía escribir cuando quisiera. Todavía recuerdo una entrada en particular porque estaba escrita en código.

Decisiones...
Decisiones...
Decisiones...
Finalmente llegamos a Jackson Hole.

Transmitía una sensación de despecho en caída y luego un remedio. La razón por la que puedo recordar este pasaje casi cinco décadas después es por el dilema que formulaba. ¿Digo la verdad en la página o disfrazo mis sentimientos con palabras que sólo pueden ser entendidas por mí? Esto requería habilidad. Me protegía a mí misma y a aquellos que amaba al no revelar nada. No quería criticar a mi padre.

No quería quejarme (estaba prohibido en nuestra familia). Pero necesitaba definir mi frustración. Echaba mano de estilo, símbolos y taquigrafía. Pronto aprendí a protegerme como escritora por si alguien rompía el candado y leía mis palabras.

Lo que quería decir era que en nuestra familia, el trabajo estaba primero. Nunca sabíamos que iríamos de vacaciones hasta que estábamos en el coche. La incertidumbre era cierta. Todo dependía de lo que pasara con la Compañía Tempest, un negocio familiar de tuberías. Si Papá tenía que trabajar, nos quedábamos en casa. Cuando estaba libre, salíamos en carretera. La tensión de las negociaciones entre mis padres iba con frecuencia más allá de su habitación. ¿Nos llevaría sola mi madre? ¿Papá nos alcanzaría después? ¿O irían juntos al día siguiente y mis hermanos y yo nos iríamos antes con nuestros tíos y primos?

Yo me frustraba. Habíamos esperado todo el día. Finalmente se tomaba una decisión. Sí, iríamos a las Tetons. Tengo registro de mi queja.

"¿Y entonces qué dice en esos diarios?"
"No son diarios."
"Lo que sean."
"Caos, ése es el punto."

— Doris Lessing
El cuaderno dorado

Las mujeres mormonas escribimos. Eso es lo que hacemos, escribimos para la posteridad, to-

mando nota de los sucesos cotidianos de nuestras vidas. Llevar un diario es llevar registro. Y yo tengo cientos de ellos, cientos de diarios llenos de plumas, flores, fotografías y palabras. Están abiertos en mis repisas, sin candado. Y tengo otros con notas de mis viajes, desde el Ártico hasta África, de días que pasé en el Museo del Prado y de días que pasé en compañía de perros de las praderas. Nuestra casa está llena de agendas con calendarios, listas de compras y datos contables. No puedo pensar sin una pluma en la mano. Si no lo escribo, no existe.

Mamá sabía esto de mí. También sabía y entendía cabalmente los incentivos mormones para convertirse en escriba. Tenemos en nuestra posesión muchos diarios que han pasado de madres a hijas, escritos en elegante caligrafía por antepasadas nuestras que practicaban la poligamia. Me enorgullece especialmente una entrada hecha por mi tatarabuela, que castiga a su esposo por tomar a una tercera esposa que era "una muchachita linda pero frágil, incapaz de trabajar en el campo o de cargar un cubeta de betabeles, añadiendo a la carga de mis labores del hogar... sólo es posible especular por qué la trajo a casa en primer lugar".

Mamá era una mujer reservada, pero no silenciosa. A menudo decía: "No me gusta que la gente sepa lo que estoy pensando". Era un coyote, una embaucadora, una mujer que desviaba el interés en ella hacia un interés en otras personas. En la presencia de mi madre, eras escuchado. Y siempre terminabas sabiendo mucho más de ti de lo que tú sabías de ella. Así lo prefería. En público era cálida y amable, pero era una maestra en mantener intacta su privacidad. La intimidad se daba en sus propios términos.

Cuando Mamá compartía algo, y compartía a profundidad con las personas cercanas a ella, sus ojos eran penetrantes. "¿Qué piensas?", preguntaba. Tiene sentido que su legado para mí sea un misterio.

Los diarios de mi madre son un acto de desafío.
Los diarios de mi madre son un acto de agresión.
Los diarios de mi madre son un acto de modestia.

Ser leída. Ser escuchada. Ser vista. Yo quiero ser leída, yo quiero ser escuchada. No necesito ser vista. Escribir requiere un ego, una creencia de que lo que dices importa. Escribir también requiere una dolorosa curiosidad que te lleva a

descubrir, a destapar lo que está royendo tus huesos. Las palabras tienen su peso. La manera en que decides presentarlas, y ante quién, es asunto de estilo y de elección. Pero el vacío de los diarios de mi madre carga el peso de una pregunta, de muchas preguntas.

Los diarios de mi madre son una interrogación.

XIV

Mamá y Mimi estaban sentadas en la sala de Mimi en medio de una larga y acalorada discusión sobre teología. Yo escuchaba. Hablaban sobre la posibilidad de que las mujeres fueran reverendas y tuvieran una autoridad igual a la de los hombres ante Dios. Mimi argumentaba que la estructura de poder de la Iglesia mormona nunca permitiría la paridad, porque la subyugación de las mujeres era central en la religión.

Mamá dijo: "Que los hombres se queden con su sacerdocio, ¿a quién le importa eso? Las mujeres tienen su propio poder y no necesita ser codificado". Expresó su amor por los evangelios, su creencia en Cristo y habló sobre cómo estaba

muy cómoda con el poder que tenía en la Iglesia como mujer y como madre.

Mimi fue más lejos, llamando a los doce apóstoles "viejos chivos" temerosos del sexo, y por ende obsesionados con él. Incluso usó la palabra "demoníaca" para describir a la Iglesia mormona en toda su arrogancia y superioridad. En esos tiempos, antes de 1978, los afroamericanos no podían ser sacerdotes, pues su piel negra era evidencia de pecados ancestrales relacionados con Caín y el asesinato de su hermano Abel.

"¿Cómo justificas el sexismo y el racismo?", preguntó Mimi. "Esos son prejuicios de los hombres, no de Dios. El dios mormón es pequeño, pequeñísimo." Y luego citó a Joseph Campbell. "Yo creo en un Dios más allá de Dios."

Yo sentía que estaba en medio de un partido de tenis, mirando la pelota ir y venir de un lado a otro de la red con rapidez y agilidad.

"Te apuesto a que pensabas diferente cuando estabas criando a tus hijos", dijo Mamá.

"Así es", respondió Mimi, "pero eso fue hace más de cuarenta años. Espero haber cambiado desde que tenía 35 hasta ahora que tengo 70". Miró fijamente a Mamá. "El mundo está cambiando, Diane. Estamos viviendo un momen-

to transicional de la historia. La Iglesia tendrá que cambiar porque las mujeres de la Iglesia están cambiando."

Mamá se puso de pie. "Hay algunas verdades que permanecen." Antes de cruzar por la puerta, dio la media vuelta y dijo: "Kathryn, no quiero volver a escuchar ningún comentario negativo sobre la Iglesia frente a mis hijos".

Ella se fue, yo me quedé a dormir ese día. Mimi y yo estábamos en el porche cuando tomó sus tijeras podadoras y dijo, sin dudarlo, "Diane está a punto de dejar la Iglesia". Luego tomó algunas flores amarillas con tintes rosados. "¿Me acompañas a ponerlas en un florero, querida?"

XV

La conversación es el vehículo del cambio. Ponemos a prueba nuestras ideas. Escuchamos nuestra propia voz junto con otras. Y en esas pausas de la escucha, nos aproximamos a nuevos territorios del pensamiento. Una buena contienda, llamémosle discusión, nos libera. Las palabras salen volando de nuestra boca como pájaros en peligro. Una vez liberados, puede que no regre-

sen nunca. Si lo hacen, es porque han elegido un hogar y los pájaros-palabras son ahora un *ars poetica.* Las mujeres de mi familia no siempre estaban de acuerdo, pero su compañía me hacía sentir inspirada y segura.

¿Qué es el canto de los pájaros sino un "ensayo de la verdad"?

XVI

Cuando me bajó la regla por primera vez, llamé a Mamá desde la escuela. Estaba en octavo grado.

"Ya está aquí", dije.

"Voy para allá", respondió.

Cuando llegamos a casa, me preparó un baño con pétalos de rosa.

XVII

Soy mi madre, pero no lo soy.
Soy mi abuela, pero no lo soy.
Soy mi bisabuela, pero no lo soy.

Cuatro generaciones de mujeres estaban presentes en mi familia: mi bisabuela, Vilate Lee Romney; mi abuela, Lettie Romney Dixon; mi madre, Diane Dixon Tempest; y yo.

Éstas fueron las palabras que pronuncié en una reunión de la Iglesia Mormona conocida como conferencia de estaca. Yo sabía que mi capacidad de hablar estaba en relación directa con las mujeres de las cuales descendía y ascendía.

Ese día, el 12 de septiembre de 1971, la incertidumbre era el clima que reinaba en nuestro hogar. Mamá acababa de ser diagnosticada con un cáncer de seno muy agresivo que se había extendido hasta sus ganglios linfáticos. Su prognosis no era alentadora. Bajo presión, su médico le había dicho que quizá, con suerte, tenía "dos años". Tenía 38 años y cuatro hijos menores de quince. Mi padre se llenó de trabajo como caminando hacia una tormenta de arena en un desierto de dunas movedizas, incapaz de ver lo que tenía delante.

Vi a Mamá ensimismarse. Vi a Mamá convertirse en acero. Estaba buscando una voz distinta para sí misma, con un nuevo vocabulario que incluyera sus necesidades, no las nuestras, no sólo para sanar sino para sobrevivir. Y la vi le-

yendo constantemente, sentada en su sillón a cuadros con las piernas estiradas sobre el taburete. Junto a ella había una coca light con hielo, un limón y un popote.

Le encantaban las biografías de mujeres: *Mujer a mujer* de Gloria Vanderbilt. Conmovida con la pasión de su autora por los edredones, Mamá mandó a enmarcar uno hecho por una amiga suya y lo colgó en su baño, donde podía verlo todos los días por la mañana. Cuando le pregunté por qué le importaba, me dijo: "Representa cómo las mujeres van formando su vida con los pedazos que les quedan".

Churchill era un héroe para ella y Mamá estaba obsesionada con sus discursos. Cuando ella y una amiga viajaron a Europa, cruzando el Atlántico en el *Queen Mary* en 1952, lo primero en su lista era escuchar a Winston Churchill hablar en el Parlamento, lo cual hizo dos veces. Mamá encarnaba su famosa frase: "Vivimos con lo que recibimos, pero construimos una vida con lo que damos".

Mamá respetaba a la poeta mormona Carol Lynn Pearson, una pensadora progresista que escribía acerca de la maternidad. Su libro *Beginnings* fue el modelo sobre el cual la doctrina se

expandió hacia la emancipación. Estas líneas son de su poema "My Season":

Y todas tus
dudas impías
no destruirán
el espíritu que se alza
en mí.

Y se inscribió en clases de teoría feminista en la Universidad de Utah, donde el clásico de Annette Kolodny, *The Lay of the Land: Metaphor as Experience and History in American Life and Letters* era analizado y estudiado junto con *Mujer y naturaleza,* de Susan Griffin. Ella subrayó el fragmento: "Entramos en un nuevo espacio... un espacio lleno de la presencia de las madres, el lugar donde todas somos hijas... el lugar donde ella predomina... su sensación de tener un sitio. El espacio que ella llena. Un movimiento que rodea al vacío..."

Los diarios de mi madre son un movimiento que rodea al vacío.

Y luego Mamá subrayó "Somos desordenadas". Esto bajo el apartado "Lo que hay más allá de nuestra quietud".

Pero no estaba más allá de la basura de Hollywood, desde revistas sobre cine como *Photoplay* o *Silver Screen* hasta el *bestseller* de Jacqueline Susann *El valle de las muñecas* (1966), sobre éxitos y declives y las mujeres que ascendieron a la fama y cayeron de golpe. El chisme era bueno. Ella fue una de las mujeres más profundas que he conocido y una de las más superficiales. El lomo de esa novela se volvió parte del escenario de nuestro hogar.

Como su hija, yo intentaba encontrar mi propia manera de habitar el mundo. Era un momento de gestación en el que los derechos civiles, los derechos de las mujeres y el movimiento ambientalista estaban encontrando sus voces en el contexto de una guerra que dividía generaciones en la sociedad estadounidense. Para mí, Vietnam fue una pulsera de plata que honraba a los prisioneros de guerra y desaparecidos en combate. La mía llevaba el nombre "Capt. Robert Willett". A mi soldado nunca lo encontraron. Después me enteré de que el Capitán Robert Willett era de Great Falls, Montana, y de que se había casado apenas seis semanas antes de ir a la guerra. Era un piloto cuya aeronave F100-Super Sabre fue derribada sobre Laos el 17 de abril de 1969. A la fecha sigue desaparecido en combate, junto con 600

soldados estadounidenses que desaparecieron en Laos y cuyos destinos permanecen inciertos.

Como agua filtrándose por cada una de las grietas culturales, la confusión se expandía. El día que me fui de pinta de la preparatoria fue el día que fui a ver *Pink Flamingos* a la Universidad de Utah. Pensé que era un documental sobre pájaros. Nadie me dijo que era una película sobre una *drag queen* llamada Divine que se muda a Boise, Idaho.

Demasiado sorprendida como para irme, vi cómo un hacha iba destrozando cada tabú. Frente a mí fueron apareciendo imágenes de sangre, suciedad, excremento y una tajada de carne cruda que Divine llevaba cargando entre las piernas en una tienda de autoservicio. Regresé muda a casa, con los ojos bien abiertos.

Enfrentar la muerte de tu madre pone las cosas en perspectiva. No me pude dar el lujo de discutir con mi mamá como hacían mis amigas y era incapaz de darle importancia a los partidos de futbol y al *Pep Club* (del cual, desafortunadamente, era presidenta). Traté de renunciar. Algo se me rompía por dentro. Lo que más me importaba era pasar tiempo con mi familia, tiempo en la naturaleza y tiempo conmigo misma.

Cambié a los buenos amigos por la lectura. Los libros se volvieron mi fundamento moral, mi manera de encontrar una filosofía que me reconfortara cuando la Iglesia fallaba. *Siddhartha,* de Hermann Hesse, se volvió un texto sagrado. Me gustaba sentarme junto al arroyo que había cerca de nuestra casa a pensar en las siguiente palabras:

> Azul era azul, río era río, aunque dentro del azul y del río y de Siddhartha vivía escondido lo singular y lo divino; precisamente, pues, el carácter y la esencia de lo divino era el ser aquí amarillo, allí azul, allá cielo, acullá bosque y aquí Siddhartha. El sentido y el carácter no estaban detrás de las cosas, estaban dentro de ellas, dentro de todo.

En el corazón de mi voz emergente estaba la creencia de que la naturaleza contenía el secreto de la armonía y de la unidad, no sólo afuera de nosotros sino dentro, sin separaciones. Si Gregorio Samsa se convirtió en un bicho, yo también podía despertar transformada un día. *La metamorfosis* de Kafka era una obra literaria de no ficción. Aquello que parecía extraño en la página, "Cuando Gregorio Samsa se despertó una mañana después de un sueño intranquilo, se encontró

sobre su cama convertido en un monstruoso insecto", no sólo me parecía plausible, sino deseable. He llevado esta oración conmigo desde 1973: "Y por ningún motivo debe perder la conciencia ahora, precisamente ahora..."

La conciencia de nuestros padres nunca fue ortodoxa. Durante una temporada en Hawái no fuimos a la escuela y nos educaron en casa, durante el auge de gargantillas de concha de pucca y pulseras de macramé. Puff el dragón mágico vivía exactamente en el lugar donde acampábamos en Hanalei. Veíamos hippies todos los días. Entre los mormones circulaba un chiste que contábamos con gran júbilo: "¿Qué obtienes al combinar LSD con la iglesia LDS? Respuesta: un sumo sacerdote sumamente puesto".*

* Nota de la Traductora: El juego de palabras del chiste original en inglés es imposible de traducir, pero se basa en la similitud de siglas de la droga alucinógena LSD (llamada asi por sus siglas en inglés: *lysergic acid diethylamide,* dictilamida de ácido lisérgico) y las siglas con las que comunmente se identifica a la iglesia mormona: LDS (por las siglas en inglés de *Latter-Day Saints,* parte de *The Church of Jesus Christ of Latter-Day Saints,* La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días). El puesto de sumo sacerdote en inglés se denomina *high priest,* que significaría también un sacerdote drogado o puesto, en el contexto del uso de la droga alucinógena. El chiste original es: *What do you get when you mix LSD with LDS?" Answer: A high priest.*

Las playas salvajes de los sesenta, azotadas por el viento, eran sagradas y poco desarrolladas.

Cuando viajas con la mochila al hombro, los domingos se parecen mucho a los lunes. Y cuando escalamos la costa de Nā Pali como familia, mientras pasábamos de una comuna nudista a otra con los acantilados de Kauai por encima del oleaje intenso, mis hermanos y yo notábamos la envidia de nuestros padres. La responsabilidad era un atuendo del que no podían despojarse.

Cuando proclamé mi historia y mi soberanía al mismo tiempo, de pie detrás del púlpito frente a mi comunidad religiosa, hasta yo sabía que estaba rompiendo un tabú. No podía decir exactamente por qué, pero sabía lo suficiente como para entender que se esperaba que siguiéramos un rígido patrón a través del tiempo a pesar de que nuestra historia mormona era breve. Pero la historia religiosa está arraigada en la historia personal. Especialmente con Joseph Smith. Su hambre por la verdad creó una visión. ¿Qué es la evolución sino adaptación creativa y la progresión de nuestras propias almas?

Al fumar mariguana o beber alcohol no me estaba rebelando, estaba poniendo ideas a prueba. Estaba experimentando con la voz, con lo que

podía decir —siendo escuchada— en una atmósfera de verdades prescritas.

Al decir "Soy mi madre, pero no lo soy", decía que mi camino me pertenecía.

Mi abuela Lettie me entendía. En algún momento privado me contó una historia sobre ella y mi abuelo. "No sé si ya te había contado esta historia, querida, sobre la vez que Sank estaba por volver a Boston para jugar tenis en la Copa Davis. Lo llevé al aeropuerto. Era temprano por la mañana y yo seguía en camisón. No se acostumbraba viajar en avión en esa época y él estaba bastante asustado. Me gusta pensar que me quería como compañía y no por seguridad, pero de último momento, con su equipaje en mano, de pie en la sala de abordaje, titubeante de subir al avión, me dijo, 'Lettie, ven conmigo'. Y lo hice. Rápidamente compré un cinturón indio de cuentas de colores que decía Utah en la parte de atrás, me lo puse encima del camisón y nos fuimos volando en el avión, muy elegantes". Sonrió, burlona, y dijo "Mamá nunca lo supo, ni ella ni Papá hubieran aprobado que lo hiciera. Pero yo nunca olvidé de dónde era".

XVIII

Es invierno. Los cuervos están parados encima de una pila de huesos —tipografía negra en papel blanco— descarnando una idea. Eso hago yo cada vez que me siento a escribir. ¿Qué más podemos hacer con nuestras obsesiones? ¿Nos alimentan? ¿O simplemente hurgamos en nuestros recuerdos para que una imagen luminosa diga la verdad sobre aquello que nos persigue?

"Escribir", señaló Marguerite Duras, "también es no hablar. Es mantenerse en silencio. Es aullar sin hacer ruido".

Hoy hay un campo de nieve fresca, sin visitas de cuervos, sólo un paisaje prístino que la tormenta limpió. Daría cualquier cosa por seguir las huellas de mi madre antes de que ella misma las cubriera con su silencio.

Mi madre fue una gran lectora. Me dejó sus diarios y todos sus diarios estaban en blanco. Creo que quería que fueran leídos. ¿Ahora cómo los leo?

Le tengo miedo al silencio. El silencio forma un camino hacia la paz a través del dolor, el dolor de una mente frenética y distraída antes de quedarse quieta.

XIX

El miedo busca ruido y caos para ahuyentar a los demonios.

— C. G. Jung

Le temo al silencio porque me conduce a mí misma, un ser al que no siempre quiero enfrentarme. Exige que lo escuche. Y escucharlo me lleva a un lugar inesperado. El silencio me deja sola en un lugar de afectos. No necesariamente es un lugar cómodo.

La diosa romana del silencio, Angerona, se llevaba un dedo a los labios en una postura que expresaba dolor y paz al mismo tiempo. Mi madre se conocía a sí misma y mantuvo su silencio como algo propio. Era suyo solamente. No tenía que escribir al respecto.

Yo sí.

El viernes 29 de agosto de 1952, un pianista llamado David Tudor se subió al escenario en la sala de conciertos Maverick en Woodstock, Nueva York. Se sentó en el banco del piano, cerró la tapa negra sobre las teclas de marfil y activó un cronómetro que tenía en la mano. Durante este tiempo, pasó una a una las páginas de una par-

titura silente. Se paró dos veces entre movimientos, para abrir y cerrar la tapa del piano. Tras cuatro minutos y 33 segundos, el pianista se puso de pie para recibir los aplausos. El público quedó pasmado.

Ésta fue la obra maestra de John Cage.

"Lo que el público consideraba silencio, porque no sabían cómo escucharlo, estaba lleno de sonidos accidentales." Cage recordó aquella primera función en las Catskills de la pieza ahora conocida como *4' 33"*. "Durante el primer movimiento, el viento se escuchaba soplando afuera. Durante el segundo, empezaron a caer gotas en el techo y en el tercero la gente hizo todo tipo de sonidos interesantes al hablar o salir de la sala."

Introducir el silencio en una sociedad que adora el ruido, es como si la luna expusiera a la oscuridad de la noche. Nuestro miedo se esconde en la oscuridad. Nuestra voz habita en el silencio. Lo que ambos necesitan es que nos quedemos quietos. Que nos concentremos. Que escuchemos. Que miremos y oigamos. Y entonces emerge lo inesperado. John Cage considera el acto de escuchar un acto de creación.

"No es cuestión de tener algo que decir", respondería en un diálogo ficticio entre un profesor

intransigente y un estudiante poco iluminado. "La acción relevante es teatral".

4' 33" fue teatral.

Los diarios de mi madre son teatrales.

El concierto silente de John Cage fue considerado un escándalo inspirado por otro escándalo. Un acto de valentía engendra al otro, especialmente en el arte. En 1951, el artista estadounidense Robert Rauschenberg creó *Pinturas blancas*, una exploración del color blanco en siete paneles, 180 x 317 x 4 cm, óleo sobre lienzo. Cuando fueron exhibidos por primera vez en la Galería Stable en octubre de 1953, el mundo del arte entró en shock. No había narrativa aceptable a la que pudiera adscribirse excepto *¿Qué quiere decir esto?*

"Este conjunto particular de obras", dijo Rauschenberg, "eran, de alguna forma, íconos de excentricidades... no cabían en el mundo del arte en ese entonces. Las hice para saber qué tan lejos, ya sabes, podía empujar un objeto sin que dejara de significar algo... había una especie de osadía en su singularidad. Casi toda la obra en esta colección me asustaba bastante, y nunca dejaron de hacerlo".

En ese entonces John Cage estaba profundamente involucrado con el budismo zen. En una charla en la Universidad Vassar, dijo: "Debería haber una pieza sin sonidos. No es difícil imaginarse un espacio para respirar". Más adelante, en una entrevista, dijo "Lo que me dio el valor de hacerlo finalmente... fue ver las pinturas blancas vacías de Bob Rauschenberg a las que quise responder de inmediato". El compositor vio las *Pinturas blancas* como "pistas de aterrizaje" para la luz y la sombra. Rauschenberg construyó algo parecido al silencio.

Sin embargo, Rauschenberg no fue el primer artista en experimentar con el poder y con la paleta de blancos. El artista ruso Kazimir Malévich pintó un gran cuadro blanco, asimétrico, inclinado dentro de otro más grande, también blanco. Le puso *Blanco sobre blanco* y le llamó a este abandono de pintar el mundo visible "suprematismo", definido como "la supremacía de la sensación o la percepción pura". Pintó sus cuadros blancos en 1918, el año después de la Revolución Rusa.

"El blanco es energía —impulso— es la pregunta y sus respuestas, su espíritu es total", escribe Richard Pousette-Dart. "El blanco es algo a lo que siempre vuelves."

Vasili Kandinski llama al blanco "la armonía del silencio".

Si John Cage y Robert Rauschenberg son artistas conceptuales, quizá mi madre también lo es. ¿Son sus diarios "blancos" el gesto contrapuntual de una mujer que hace una crítica privada de las expectativas culturales?

¿Estaba Mamá creando una parodia de los diarios de las mujeres, del tiempo que perdemos escribiendo y no viviendo? ¿Para qué pensar en la página cuando podemos estar presentes en el momento?

¿Es su llamado a involucrarse con el mundo, en vez de con el ser, un rechazo brutal al solipsismo?

Los diarios de mi madre son una transgresión.
Los diarios de mi madre son un escándalo de blanco.
Los diarios de mi madre son una "armonía del silencio".

Pienso en el desierto. Al mediodía el desierto irradia blanco. Si el silencio ocupa algún lugar, es éste. *Silencio, eso que escuchas es tiempo.* Lo siento como una vibración más que como la ausencia de sonido. No obstante, como sugiere Cage, "no hay tal cosa como un espacio vacío o un tiempo va-

cío. De hecho, no importa cuánto lo intentemos, no logramos crear silencio".

Siempre hay algo que ver o que escuchar. Hay sonidos en el ambiente que nos rodea, incluso en el silencio, especialmente en el silencio: el viento, el canto de los pájaros, los insectos. Acaso el silencio que Cage está honrando es la quietud que buscamos en el mundo natural, la que nace de la soledad, donde nuestra capacidad de escuchar se agudiza con nuestra habilidad de aceptar la calma.

A menudo susurro en el desierto. Los juníperos son excelentes cajas de resonancia. Han sido moldeados por el viento. A las piedras no parece importarles en absoluto lo que digo, sin embargo, cuando les hablo, se sienten porosas, capaces de recibir mis palabras para incorporarlas a su historia de quebrantamiento.

Los diarios de mi madre son capaces de recibir mis palabras.

Regresando a John Cage. Durante la Segunda Guerra Mundial buscó las notas más suaves. "En parte desde el intelecto y en parte desde el sentimiento, cuando llegó la guerra decidí usar solamente sonidos discretos. No parecía haber

nada verdadero, nada bueno en las cosas grandes de la sociedad. Pero los sonidos suaves eran como la soledad, el amor o la amistad".

Esto vuelve a sentirse cierto ahora que somos otra vez una nación en guerra. Estamos involucrados en dos guerras cuyos costos son altos. Lo único discreto en ellas es que los conflictos en Afganistán y en Irak se han mantenido casi ocultos, prácticamente negados excepto para aquellos en combate. Que de algún modo estas guerras existan fuera de nosotros es nuestra mentira nacional. La guerra estadounidense contra el terrorismo nos ha silenciado, nos ha convertido en sonámbulos incapaces de hablar, pero también con miedo a alzar la voz. En tiempos de guerra podemos usar nuestras voces como un remanso para los que sufren. En tiempos de guerra, sobrevivir depende de nuestra capacidad de escuchar ese sufrimiento. Cage entendió cómo el acto inesperado de escuchar profundamente puede abrir un espacio de transformación capaz de romper con la complacencia y la desesperanza. Hizo un llamado valiente al silencio como una quietud intencional que pudiera infiltrarse en nuestra imaginación: "Entonces deberíamos ser capaces de responder a la pregunta, '¿qué podemos hacer?'"

XX

Mimi pensaba que se quedaría ciega antes que sorda, así que nos volvimos parte de su "proyecto de audio". Empezábamos acostados bocarriba en su sala. Cuando nos quedábamos a dormir en su casa y estábamos ya cómodos en nuestras piyamas, Mimi nos invitaba a hacer "estiramientos". Mi hermano Steve se instalaba en un sillón y yo en el otro. Mimi apagaba las luces, prendía las velas y nos pedía que cerráramos los ojos. "Deberíamos aprendernos las canciones de los pájaros", nos decía.

Y así éramos transportados a *An Evening in Sapsucker Woods*, una de las primeras grabaciones completas de cantos de pájaros producida por el Laboratorio de Ornitología de Cornell en 1958. Durante la siguiente hora escuchábamos un sinfín de pájaros llamando desde ese bosque en el estado de Nueva York. Reconocíamos al zorzal ermitaño, con su trino claro y melodioso resonando en la catedral de abedules y pinos. Conocíamos la canción de los gorriones como "Peabody, Peabody, Peabody", porque a eso sonaba. Y quedábamos fascinados por los pájaros que no conocíamos, como el chipe cerúleo o el gorrión

pantanero. Con los gemidos del cárabo norteamericano compitiendo con las ranas toro, dudábamos que algunos de los pájaros fueran del todo pájaros.

Con el tiempo, dejábamos de lado el nombre de los pájaros y nos internábamos en las ensoñaciones del sonido. Nos quedábamos dormidos. Aprendíamos lo que se supone que se aprende por las noches.

A la mañana siguiente, mi hermano y yo despertábamos en la sala, cubiertos de cobijas.

Eventualmente, Mimi se encontró una grabadora de mano llamada *Audible Audubon* en la que insertabas la tarjeta de un pájaro en particular, apretabas un botón y el canto de ese pájaro sonaba inmediatamente. Lo llevábamos al campo y varios pájaros respondían. Siempre podíamos confiar en los carboneros de capucha negra: al cabo de minutos, media docena de individuos curiosos nos rodeaban con su *chick-a-dee-dee, chick-a-dee-dee-dees*. Otros pájaros eran más cautelosos, pero maulladores y jilgueros respondían si teníamos paciencia. Hacíamos una lista de cantos, no sólo los escuchados sino los que nos respondían.

Mi amigo David Rothenberg hace música con pájaros. En el Aviario Nacional de Pittsburgh tocaba jazz con un *Garrulax leucolophus*, comúnmente conocido como charlatán crestiblanco. Han improvisado y hecho música juntos, han creado *riffs* al escucharse y tomarse en cuenta el uno al otro. Esto no es raro para David. También toca con aves lira en Australia y con todo tipo de seres alados alrededor el mundo.

David cuenta una historia sobre otro clarinetista, Henri Akoka, que fue capturado por los alemanes en la Segunda Guerra Mundial y enviado a un campo de prisioneros con el compositor francés Olivier Messiaen. Antes de ser capturados, Messiaen se perdía escuchando a los pájaros al amanecer desde las trincheras, en guardia ante el enemigo. Desde que era niño transcribía las notas de los pájaros, aunque todavía no las integraba a alguna composición musical. Ahora era el momento. Con ellos había otros músicos prisioneros, un chelista y un violinista.

En la profundidad de los pliegues oscuros de la prisión, Messiaen logró componer una de las piezas de música de cámara más conmovedoras que se han creado: "Cuarteto para el fin de los tiempos".

Rothenberg continúa la historia en su evocador libro *Por qué cantan los pájaros:*

> Un oficial alemán del campamento, Karl-Albert Brüll, supo de las habilidades de Messiaen y se aseguró de que el músico contara con papel pentagramado... la Cruz Roja proporcionó algunos instrumentos musicales, pero había más de 30,000 prisioneros y sólo algunos violines y chelos y un piano. Akoka había logrado conservar su clarinete. Messiaen perseveró... En el primer movimiento el clarinete y el violín trajeron sonidos de mirlos y ruiseñores, y el solo de clarinete del tercer movimiento es un intento musical por vincular el infinito entusiasmo de los pájaros cantores con el peso largo y oscuro de la eternidad.
>
> "Los pájaros", escribió Messiaen en sus notas a la pieza, "son lo opuesto del tiempo. Representan nuestro anhelo por la luz, por las estrellas, por los arcoíris y por las canciones jubilosas...". La pieza se estrenó en el *Stalag* el 15 de enero de 1941, en medio de la guerra más terrible que haya azotado a la humanidad.

Vivimos entre la gratitud de los pájaros.

Cada pájaro puede cantar diferente de vez en cuando.
Cada especie puede cantar diferente dependiendo del lugar.
Un canto puede repetirse o puede ser aleatorio e impredecible.
Entre más desarrollado sea un canto, más amplio es el rango de variación.

Estos cantantes-compositores, incluyendo a las alondras, logran repertorios únicos y —dado que el canto de los pájaros más viejos influye en los jóvenes— contribuyen al dialecto local.

—John Bevis
Aaaaw a Zzzzzd. Las palabras de los pájaros

De niña aprendí a reconocer el dialecto del canto del turpial gorjeador, porque parecía decir "*Salt Lake City es un lugarcito encantador*". Ningún otro pájaro era tan leal. Eran los porristas de nuestra ciudad, con sus suéteres amarillos con una "V" negra trazada en el pecho. Esta frase lírica que sonaba continuamente durante la primavera era el trino familiar que ondulaba por los prados de las laderas que habitábamos.

Gracias al miedo que tenía Mimi de quedarse ciega, conozco a la mayoría de los pájaros de memoria, tanto por cómo suenan como por cómo se ven. Los pájaros siguen siendo mi compás. Donde quiera que esté, estos seres con alas me orientan: un tordo sargento en el pantano; un playero aliblanco en la playa; un halcón planeando sobre los campos. La verdad es que los pájaros me condujeron a mi esposo.

XXI

Normalmente acomodaba los libros en los estantes de la librería Sam Weller's, pero justo ese día estaba detrás del mostrador, atendiendo la caja registradora. Una amiga mía entró a la tienda con un hombre muy guapo, rubio y bronceado, con el cabello revuelto. Nos saludamos y luego ellos desaparecieron entre las pilas de libros.

Cuando regresaron, el hombre rubio cargaba una docena de libros. Quedé impresionada, porque había escogido algunos de mis favoritos: *El solitario del desierto* de Edward Abbey, *Alce Negro habla,* los *Retratos de la vida de los indios norteamericanos* de Edward Curtis, *Ceremonia* de Leslie Marmon

Silko, *Encuentros con el Archidruida* de John McPhee y *El desierto y la mente americana* de Roderick Nash. También traía la *Guía de campo de las aves occidentales* de Peterson. Intenté ser discreta mientras registraba el precio de cada libro sin dejar de escuchar cuidadosamente su conversación.

"El sueño de mi vida es lograr tener, algún día, todas las guías de campo Peterson", dijo apasionadamente el hombre.

Mi amiga lo miró fijamente y le dijo "Eso es lo más tonto que he escuchado".

Sin pensarlo, los interrumpí. "Yo ya las tengo..."

Nuestros ojos se encontraron. "Brooke Williams", se presentó.

Brooke y yo nos casamos rodeados de espejos el 2 de junio de 1975 en el templo de Salt Lake. Nos arrodillamos en ambos lados de un altar, tomados de la mano y rodeados de nuestra familia extendida. Mientras yo miraba fijamente a Brooke a los ojos y él me miraba a mí, las ilusiones de mundos futuros hechos a nuestra propia imagen, habitados por nuestros hijos no nacidos, se multiplicaban detrás de nosotros. No había sombras, sólo la proyección luminosa, cegadora del ser amado a través del "tiempo y la eternidad".

La expectativa era prácticamente convertirnos en dioses y diosas de nuestros propios planetas. La procreación era el juramento dominante del matrimonio.

Un año antes yo estudiaba en la Escuela de Ciencias de Teton. El director era Ted Major, un tipo carismático y directo. También era de origen mormón y había crecido en Salt Lake City. Él y su hermano Jack eran esquiadores expertos y conocían la nieve polvo de Alta, Utah. Durante la Segunda Guerra Mundial, Ted se volvió parte de la Décima División de Montaña con David Brower y después enseñó biología en Alaska.

Él y su esposa, Joan, se mudaron a Wyoming para trabajar en un rancho y eventualmente terminaron en Jackson, donde Ted pudo volver a lo que más le gustaba hacer, dar clases. En 1968, fundaron una pequeña escuela de verano en Wilson, Wyoming, con el apoyo de amigos, incluyendo al biólogo Frank Craighead, el geólogo David Love y la conservacionista Mardy Murie. Era un proyecto radical para su tiempo y se convirtió en el primer centro educativo ambientalista de Estados Unidos. Yo respondí a un anuncio en el boletín Audubon de Utah sobre un curso de ecología

de un fin de semana en las Tetons, encabezado por la doctora Florence Krall, profesora de educación en la Universidad de Utah.

Manejando rumbo a Jackson Hole, Wyoming, vi parvadas de grullas canadienses bailando en los campos a las afueras de Cokeville. Estaba segura de que éste era un nuevo fenómeno y de que yo era la primera en presenciarlo. Inmediatamente le llamé a mi profesor de ornitología de la Universidad de Utah, el doctor William H. Behle, desde una cabina telefónica.

"Qué gusto escucharte, Terry", dijo cortésmente. "De hecho, las grullas llevan cerca de nueve millones de años haciendo esa danza de apareamiento." Hizo una pausa. "Pero sigue siendo igual de emocionante."

Ted Major compartía mis ganas de saber más sobre el mundo natural. Él y Flo Krall crearon un diálogo a partir de la indagación. Las coníferas que yo había visto como rojas y moribundas se convirtieron en parte de la historia que ellos me enseñaron sobre la ecología del fuego, con escolitinos que entraban a la capa cámbium del árbol para matarlo y prepararlo para el fuego. Ted hablaba de las flamas elevándose en el bosque,

abriendo las piñas para liberar en el suelo chamuscado las semillas necesarias para que los pinos se regeneraran el año entrante.

"Las piñas pueden mantenerse cerradas durante años y abrirse sólo durante un incendio", decía Ted. "Se les llama piñas serótinas."

Como joven mormona, yo escuché "Resurrección".

A Ted Major le importaban más las preguntas que las respuestas.

Imposible contar todas las veces que Ted decía "no lo sé". Esto me inspiraba. De pronto me sentí involucrada en un lenguaje nuevo para mí, interrelacionada e interconectada. No quería irme. Mi curiosidad era insaciable.

Ted Major fue el primer demócrata que conocí, un progresista chapado a la antigua que hablaba de César Chávez: "En un hábitat humano dañado, todos los problemas se combinan". Cuando hablábamos sobre historia natural, hablábamos de política. "Necesitamos educación y leyes que protejan a lo salvaje", decía. Ley, historia, religión, racismo, especismo, salud: todo estaba bajo el rubro de ciudadanía responsable. Ted era un verdadero patriota. Su amor por su país incluía a la naturaleza.

También fue la primera vez que escuché hablar de la ecología. Tenía 18 años.

Antes de irme, Ted me pidió que le llevara un paquete a un amigo suyo de la universidad. Su nombre era David Raskin, un profesor de psicología experto en máquinas detectoras de mentiras. Había puesto a prueba a Patty Hearst, nieta del magnate William Hearst quien fue secuestrada por el Ejército Simbiótico de Liberación en 1974 y luego se alió con ellos.

Al día siguiente toqué la puerta del doctor Raskin. Me abrió un hombre de barba negra y semblante muy intenso. Claramente, no quería ser molestado. Me presenté tan rápido como pude y le dije que acababa de volver de la Escuela de Ciencias de Teton y que Ted Major me había pedido que le entregara un paquete.

"¿Cómo estuvo?", me preguntó.

Me puse a llorar.

"¿Así de mal?"

"No, así de bien", le dije.

"Pasa."

Un favor entre amigos se convirtió en una conversación de una hora (o quizá, más puntualmente, una sesión de terapia). No fue necesario el detector de mentiras. Al final de la hora, David

Raskin estaba sentado en una silla con las manos entrelazadas detrás de la cabeza.

"Da la casualidad que hay una beca en estudios ambientales en nuestro Departamento y da la casualidad de que hoy es la fecha límite para meter la solicitud. Y da la casualidad de que nadie lo ha hecho."

Tardé quince minutos en llenar la solicitud. Fui aceptada y juntos diseñamos un proyecto de verano que me permitió volver a la Escuela de Ciencias de Teton. El plan era estudiar el comportamiento de los turistas en el Parque Nacional de Grand Teton.

La beca era por 500 dólares. Con una llamada rápida, Raskin logró que el Parque Nacional de Grand Teton me pagara tres dólares al día y así fue que me convertí en la primera practicante de la escuela. También empecé a guiar caminatas de avistamiento de pájaros los sábados por la mañana.

Típico de los Tempest, toda la familia me llevó en coche a la escuela donde viviría durante el verano. Ted y mi padre se llevaron sorprendentemente bien. A ambos les gustaba discutir. Ambos pensaban que tenían la razón. Y ambos amaban las montañas. Mi madre fue encantadora y suavi-

zó cualquier tensión que pudiera surgir, y a Joan no se le escapaba nada. Manos fueron estrechadas. Abrazos fueron dados. Y lágrimas cayeron cuando me despedí de mis dos hermanos menores, Dan y Hank. Mamá me regaló un cuadro enmarcado de citas de Henry David Thoreau con una nota que decía "Espero que encuentres tu propio lago Walden".

Cuando mi familia se marchó, fui a mi cabaña a desempacar mis pantalones de mezclilla, mis botas, algunas camisas vaqueras y libros, uno de los cuales era *Walden.*

Hacia el final del verano acompañé a Ted y a Joan a un viaje mochilero de siete días en Wind Rivers. Acampamos muy alto en la cuenca Titcomb, desde donde se veía el pico más alto de Wyoming: el Pico Gannett, elevación: 4,207 metros.

Muy cerca de la cima, vimos a un coyote correr sobre el campo de nieve a toda velocidad. Se detuvo, dio la vuelta, se sentó en la nieve y observó el paisaje. Cualquier frontera que pudiera sentir como ser humano con las demás criaturas se disolvió en ese momento. Nosotros también disfrutábamos del paisaje.

Cuando regresamos a casa, había un coyote desollado colgado del cuello en el travesaño de la

entrada del rancho. Ted iba conduciendo el camión de la escuela.

Se detuvo, salió del vehículo y cortó la cuerda con el cuchillo que llevaba siempre en el cinturón. El coyote cayó en sus brazos. Nos bajamos del camión y nos acercamos a él.

"Esto solía ser el Rancho Elbo", dijo. "A algunos que lo conocieron en esa época no les gusta lo que estamos haciendo."

Le escribí una carta a Mimi para contarle lo que había pasado. Me respondió: "Evolucionamos como seres humanos a través de nuestra imaginación y nuestra voluntad. Seguramente fue difícil para ti presenciar ese acto de crueldad, pero considéralo una manera de conocer a aquellos que empuñaron el cuchillo". Pensé en el hombre que desolló al coyote y en el que cortó la cuerda; ambos usando la misma arma, ambos gestos poderosos. Si existe un momento para cada quien, éste fue el mío. Me volví parte del "clan del coyote". Les juré no guardar silencio tanto al coyote que escaló el Pico Gannett, como al que fue asesinado y martirizado en el Racho Elbo.

Los diarios de mi madre son un gesto y un juramento.

Conocí a un hombre llamado Brooke que entendía la naturaleza y me casé con él. Entendía por qué yo echaba la cabeza para atrás y aullaba. Éramos refugiados que llevaban demasiado tiempo cautivos en una ortodoxia de represión y restricción que se había convertido en una habitación sin ventanas. Hablaba a través de la alegría física de su cuerpo. Cuando lo conocí, él ya había recorrido el Pico Gannett, había escalado sus elevadas montañas en verano y esquiado en sus pendientes profundas y nevadas en invierno. Su libro favorito de la infancia era *El principito*. Su frase favorita: "Pon atención a lo que no puede ser domesticado".

XXII

El protocolo para los maestros era severo. Teníamos que referirnos a los demás por apellido y nunca pronunciar nuestros nombres. Yo era la señora Williams aunque apenas tenía 21 años. Al final de cada día, los niños formaban una fila y antes de irse debían estrechar mi mano y decir: "Gracias por la bonita lección, señora Williams", sin importar la calidad de mi clase.

En otoño de 1976 me contrataron como maestra de biología en la Escuela Carden, conocida por su filosofía conservadora. No me importó. Sólo quería enseñar. Ahí podía tener mi propio salón desde primero hasta noveno grado. Cada grado tenía clase conmigo dos veces a la semana. La directora era una mujer alta y severa llamada señora Jeffs. Junto con su esposo, el señor Jeffs, habían creado la Escuela Carden de Salt Lake City. Eran miembros leales de la Sociedad John Birch. El código de vestimenta era modesto: nada de zapatos abiertos, *los dedos de los pies son poco atractivos*; vestidos por debajo de la rodilla; se recomienda usar sombrero. Pero no mis sombreros de esquí.

Cuando recibí estas instrucciones me parecieron bien. Rosemary, la madre de Brooke, me hizo un vestido de una tela que representaba un pantano. Era de algodón amarillo con un patrón de totoras y libélulas. Me gustaba tanto que me lo puse para las fotografías escolares. La señora Jeffs consideró mi atuendo una distracción.

"Es mejor no anunciar nuestra materia en nuestra ropa", me dijo.

Pero de todos modos me dieron la llave de mi salón e inmediatamente me di a la tarea de de-

corarlo. Compré un panal para la ventana, con todo y abejas y una reina que tenía acceso al exterior. Su vida social sería visible para los estudiantes.

Recorté unas letras de cartulina verde que decían: BIOLOGÍA: EL ESTUDIO DE LA VIDA. Llevé rocas y plumas y conchas. Llené las repisas con guías de campo y toda clase de libros sobre el mundo natural. En el boletín puse un fondo de montañas que imaginé que los niños podrían llenar con sus propios dibujos de pájaros locales, mamíferos, anfibios, reptiles, peces, insectos y plantas. Era emocionante crear una atmósfera donde yo esperaba que los estudiantes encontraran inspiración para investigar la naturaleza.

Mi última acción del día fue escribir el siguiente mensaje en el pizarrón: "Bienvenidos. Me llamo señora Williams. ¿Qué ves cuando te asomas por la ventana?" Aplaudí para deshacerme del polvo del gis, apagué las luces y cerré la puerta detrás de mí. Las clases empezarían en dos semanas. Al día siguiente Brooke y yo nos fuimos a Alaska.

Recién llegada del Parque Nacional Denali, regresé a Carden emocionada por el primer día de

clases con los niños de segundo grado y encontré mi salón completamente desmantelado. ¿Vandalizado? ¿Dónde estaban las abejas, las rocas, mis conchas? ¿Por qué habían borrado el pizarrón y quitado las letras recortadas en papel verde? Treinta minutos antes de clase caminé por el pasillo hasta la oficina de la señora Jeffs.

"Pasa", dijo. "Bienvenida, señora Williams. ¿Qué puedo hacer por usted?"

"Señora Jeffs, pasó algo terrible. Alguien quitó todo lo que había puesto en mi salón."

"Se aprende mejor en un entorno limpio, señora Williams. ¿Algo más que quiera discutir?"

Me quedé muda.

"El señor Jeffs arregló el desorden. Y a partir de hoy no debe usar jamás la palabra *biología* con nuestros estudiantes."

"¿Perdón?"

"La palabra *biología* no es adecuada para nuestros estudiantes."

"Pensé que me habían contratado para dar esa clase."

La señora Jeffs se puso de pie, alisó su falda de lana marrón y le dio la vuelta a su gran escritorio. "Ciencia, señora Williams. Ha sido contratada como maestra de ciencia. La palabra *biolo-*

gía denota reproducción sexual, y no toleraremos eso en Carden." Echó un vistazo por encima de mi hombro. "Creo que hay un grupo de estudiantes esperándola."

Y así empezó mi primer día en la Escuela Carden, en Salt Lake City.

Como me enamoré de los niños, aprendí a darle la vuelta a las excentricidades de los Jeffs. De hecho admiraba la capacidad educativa de la señora Jeffs, especialmente sus clases de lectura y literatura, que yo debía entrar a escuchar. Los niños quedaban hipnotizados con sus dones narrativos. Amaba los clásicos y creía en la lectura en voz alta. Animaba a los estudiantes a imaginar sus propias tramas, anticipando la dirección en la que el autor los llevaría. Huckleberry Finn, flotando en una balsa hecha a mano por el río Mississippi con su amigo Jim, bien pudo haberse dirigido al Gran Lago Salado.

Y cuando hablaba sobre *Julio César*, de Shakespeare, en su grupo de noveno grado, los hacía especular sobre cómo César transformó la República Romana en el Imperio Romano. De ahí se desprendía una conversación sobre liderazgo.

La literatura era la vida y la lectura una puerta abierta a un mundo más allá de lo familiar. Los

estudiantes la amaban y le temían. En su pedagogía había una profundidad que nunca entendí del todo. Una vez que una clase mía estaba fuera de control, salí al pasillo, cerré la puerta y me puse a llorar. La señora Jeffs pasaba por ahí.

"¿Todo bien, señora Williams?"

"No, señora Jeffs."

"No olvide que su clase es un reflejo de sí misma", dijo, y siguió caminando vigorosamente hacia su oficina.

Fue durante el auge del movimiento Salvemos a las ballenas, en los años setenta, que la situación de los cetáceos me conmovió, como a muchas otras personas. Leí *Mente en las aguas: la conscien-cia de ballenas y delfines,* de Joan McIntyre, publicado por el Sierra Club en 1975, el año en que Brooke y yo nos casamos.

Mimi me llevó a una excursión para ver ballenas en la costa de California en la que pudimos encontrarnos ojo a ojo con ballenas grises, verlas saltar y sentir la sal en nuestros labios mientras ellas se sumergían tan cerca de nosotras, golpeando el agua antes de descender. Mimi me habló de un lugar llamado Esalen, en Big Sur, donde se es-

taba llevando a cabo comunicación entre las especies, incluyendo sexo entre mujeres y delfines. Todo era posible. El dije plateado con forma de ballena que traía puesto en un collar de cuero no era emblemático, sino religioso.

Mis alumnos de primer grado también amaban a las ballenas. Cubrí las ventanas de papel azul, moví todos los pupitres y sillas a un lado del salón y apagué las luces.

Prendí la grabadora y puse el disco de Roger Payne *Canciones de las ballenas jorobadas.*

Discutimos cómo las ballenas estaban amenazadas y lo difícil que era para ellas encontrarse unas a otras en la enormidad del mar. Le pedí a los niños que se acostaran en el suelo y cerraran los ojos para escuchar sus cantos hechizantes, profundos, sonoros. Los niños empezaron a nadar salvaje, dichosamente alrededor del salón, no sólo imaginándose cómo sería ser ballenas sino convirtiéndose en una. Le subí al volumen y me uní a ellos.

De pronto se abrió la puerta, se prendieron las luces y escuché la aguja del aparato de sonido rasgar el disco al momento que el canto de las ballenas terminaba de pronto.

"¿Qué está pasando aquí?", dijo la señora Jeffs.

"Somos ballenas buscando pareja...", gritó un niño de primer año arrodillado en el suelo.

De lo siguiente que me acuerdo es de ser conducida hacia fuera del salón por una directora enfurecida. No creo que me haya jalado de la oreja, pero hubiera sido capaz.

Nos dirigimos de inmediato a su oficina, desde donde le llamó al señor Jeffs por el interfón. Yo me quedé sentada. Ella también lo estaba, dándole golpecitos con los dedos al pedazo de cuero marrón grabado en oro que cubría su escritorio. El señor Jeffs llegó corriendo con sus zapatos prudentes que no hacían nada de ruido sobre el piso brillante.

"Dígame, señora Jeffs."

Ella le contó del escándalo que había presenciado, cómo había escuchado "los sonidos más terroríficos, provenientes del salón de la señora Williams". Él lucía más sorprendido que ella, con su 1.90 metros de estatura. Desaparecieron en un rincón y susurraron.

Al volver, se dieron a la tarea de interrogarme.

"Señora Williams, tenemos una pregunta para usted y más le vale pensarla bien antes de contestar."

Hubo una larga pausa.

"¿Es usted una a m b i e n t a l i s t a?", preguntó el señor Jeffs, pronunciando cada letra de la palabra, mientras los dos me miraban fijamente.

"Sí, lo soy", dije.

"¡Eso temíamos!", dijo el señor Jeffs.

"Teníamos nuestras sospechas cuando supimos que usted y el señor Williams fueron a Alaska sin un arma", añadió la señora Jeffs.

El señor Jeffs se acercó a mí. "¿Sabía usted que el diablo es ambientalista?"

"No, no lo sabía", respondí.

Y me corrieron.

Cuando me puse de pie para marcharme, el señor Jeffs volteó a ver a la señora Jeffs y le dijo "¿Pero qué le vamos a decir a los niños?"

La señora Jeffs se quedó mirando largo rato por la ventana. "Tienes razón. Va a ser difícil de explicar. La quieren mucho."

Me volteó a ver. "Señora Williams, sabemos que quiere a los niños y ellos claramente disfrutan su clase. No quiero volver a pensar en sus razones para ponerlos a nadar en el piso sucio llamándose unos a otros como si fueran ballenas, mucho menos ver ese comportamiento repetido." Hizo una pausa y miró de reojo al señor Jeffs. "Podemos

considerar volverla a contratar con una condición: nunca más traer sus opiniones políticas al salón. Los niños no deben saber que usted es..."

"Ambientalista", le dije.

"Precisamente."

Se lo prometí con una condición de mi parte. "Sólo le pido que no vuelva a entrar a mi salón sin avisar."

Nos dimos la mano y volví a mi salón vacío, que todavía brillaba en tonos azules por las ventanas cubiertas.

Fui maestra en Carden durante cinco años. Me encantaba. Amaba a los niños y todo lo que aprendía de ellos. Al final, la señora Jeffs y yo nos respetábamos mutuamente. Enseñar me ayudó a encontrar mi voz a través de la creatividad de la traducción. El reto era transmitir los grandes conceptos ecológicos a jóvenes mentes en desarrollo en un lenguaje que no fuera polémico, sino tejidos en una historia que atrapara su atención. Mi tarea como maestra era honrar la integridad de los hechos al tiempo que encendía la imaginación de los alumnos. Mi mayor placer era crear una atmósfera en la que cada uno se sintiera libre de explorar sus propias preguntas sin miedo a ser reprendido.

Rachel Carson escribió: "Para mantener vivo su sentido nato del asombro, un niño necesita el acompañamiento de al menos un adulto para compartirlo y redescubrir la dicha, la emoción y el misterio del mundo que habitamos".

Lo que yo aprendí, aunque la señora Jeffs nunca lo supo, fue que el amor compartido por la naturaleza es el acto más político de todos. Encontrar la voz propia es un proceso que equivale a encontrar nuestra pasión. Encontré mi voz en la docencia. Mi currículo se convirtió en la curiosidad de los niños. Confiaba en que nos llevaría a buen puerto. Jugábamos. Experimentábamos. Dibujábamos y escribíamos sobre el mundo que nos rodeaba. Los niños hablaban de lo que sucedía afuera. Vimos a una mantis religiosa amenazar a su pareja, hilar un saco de huevos en un palito y luego morirse de agotamiento, con sus brazos verdes entrelazados alrededor de su creación. La primavera siguiente una cadena de mantis bebé emergió del saco. Hasta el señor y la señora Jeffs se mostraron conmovidos por la nueva vida del salón 8.

Un día, Lee Chouquette, un genio matemático de nueve años, me preguntó si podía ayudarme

a dar la clase sobre la velocidad del sistema solar en relación a un universo en constante expansión y contracción. Se dio cuenta de que me estaba costando trabajo explicarlo. El éxito de cualquier maestra consiste en reconocer lo que ignora. Ted Major me había enseñado bien. Así fue que un niño que entendía de física cuántica, pero no había aprendido a saltar la cuerda, llevó al grupo al patio y nos acomodó de acuerdo a las órbitas planetarias. Me puso al centro, representando al sol. Un niño se convirtió en Mercurio, corriendo muy rápido alrededor de mí. Otro era Venus y otro la Tierra, cada uno moviéndose de acuerdo con los cálculos que Lee había hecho mentalmente. Saturno tuvo un reto extra —hacer girar un hula hula en su cintura mientras avanzaba en círculos— y Plutón se quedó de pie en el estacionamiento, sin moverse. Fue una lección que ninguno de nosotros olvidó, pues la internalizamos. Cuando el Sistema Solar se activó, Lee se acostó en el pasto y se contrajo en posición fetal para luego estirarse por completo, expandiéndose y contrayéndose. Nadie preguntó qué representaba él o qué estaba haciendo, pero claramente él tenía visión.

Ahora, Lee es DJ de bodas a través de su empresa, llamada *Cloud 10 Entertainment.* De día tra-

baja como ingeniero en informática. Las notas graves de nuestra voz se encuentran en lo que hacemos con más naturalidad.

XXIII

En mi cumpleaños número 25 mi madre me dio una tarjeta. En el sobre dice: "Para mi hija y mi mejor amiga". Dentro de la tarjeta hay una rosa salvaje seca, enmarcada como si fuera un vitral.

8 de septiembre, 1980
Querida Terry:

Recuerdo que, hace muchos años, alguien me preguntó qué era lo que más quería para ti como madre y recuerdo haber contestado que quería exactamente aquello que sentía que mis padres me habían dado.

Dije "Quiero que se valore a sí misma y que sepa cuánto la amamos".

Espero que sepas lo mucho que te amamos y valoramos...

Gracias por siempre compartirte conmigo. Me encanta esta frase sobre las relaciones: "En una relación, la seguridad no radica en mirar hacia el pasado con nostalgia ni ver hacia el futuro con miedo o anticipación, sino en vivir la

relación en el presente y aceptarla tal y como es hoy". Siento que esto describe muy bien lo que compartimos.

Terry, cada mujer debe madurar a su tiempo, encontrar su centro por sí misma. Este proceso es muy emocionante y encontrarás satisfacción y crecimiento los próximos 25 años. Si todo está bien dentro de ti, nada de lo que te suceda puede salir mal.

Mi padre celestial debe amarme mucho para haberme enviado una hija y una amiga como tú.

Todo mi amor,

Mamá

Le doy la vuelta a la tarjeta y la vuelvo a leer. Su caligrafía es hermosa en su naturaleza floral, cada letra convirtiéndose en la que sigue, generosa y abierta. Siempre me gustó la caligrafía de Mamá. Es fácil de leer, consistente en su cuidado. Hasta la fecha me tranquiliza. ¿Puede una caligrafía ser optimista? Siento que la letra de mi madre siempre se inclinó hacia lo positivo.

Sin embargo, mis recuerdos de mi cumpleaños número 25 son negativos. Mamá planeó una fiesta sorpresa para mí. Me dijeron que sólo la familia cercana vendría a casa a comer pastel y helado. Es decir mis padres, mis tres hermanos, mis cuatro abuelos y Brooke.

De cumpleaños, Mimi me había regalado un traje de lana azul marino que incluía unas bermudas. No era mi estilo, pero pensé que ésta sería la ocasión ideal para usarlo porque estaría la familia y nada más. Diré simplemente que parecía una marinera a la que los pantalones se le habían encogido por encima de la rodilla. La camisa blanca con un moño rojo, blanco y azul, junto con un saco formal, no ayudaba para nada. Brooke se burló de mí sin piedad.

"Esto no se trata de mí", le dije. "A Mimi le va a dar gusto verme vestida así por primera (y única) vez en mi cumpleaños."

Mamá había estado preocupada de que yo estuviera deprimida, se daba cuenta de que no tenía idea qué dirección tomaría mi vida. Tenía razón. Me sentía como Henrietta, el canario enjaulado que teníamos de niños y que constantemente estaba perdiendo plumas por los golpes que se daba contra las barras de su jaula, intentando escapar. Yo formaba con ellas un ramo y las ponía en un pequeño florero de vidrio en el alféizar de la ventana de mi habitación roja, con el cielo azul de fondo. ¿Tendría el valor de forjar mi propio camino, diferente a la manera en que me habían criado, y romper con los roles

tradicionales de las mujeres? Me daba claustrofobia sentarme en los bancos del templo con otras parejas de jóvenes matrimonios, siempre necesitaba quedar en la orilla. Mi mente divagaba. Lo único que retenía mi atención era el reloj.

Puede que ahora parezca tonto, pero en 1980, en mi comunidad de Utah, no había muchos modelos alternativos que seguir. Me preguntaba si tendría la fuerza para continuar con mi educación y posponer la maternidad. Cuando veía bebés en brazos de sus madres, hacía la cuenta regresiva hasta mi último periodo.

Brooke y yo entramos a casa de mis padres. Todo se sentía normal, cómodo. La familia estaba ahí, mis abuelos, pero noté que el pastel en la mesa era demasiado grande, incluso para ser de chocolate. Mi hermano Steve se burló de mi "*look* de Buster Brown". Mimi comentó lo adorable que era mi atuendo y en los siguientes quince minutos, cincuenta personas llegaron a desearme feliz cumpleaños. Más que una sorpresa, era una humillación.

Además de haber sido sorprendida en mi traje de marinera, tuve que soportar una noche de tributos bien intencionados y una presentación insoportable de diapositivas titulada *Ésta es tu vida*,

seguida por mis débiles intentos de sonar agradecida. Lo que fue planeado para alegrarme me provocó náuseas. Regresé a casa y vomité de inmediato.

El regalo inesperado fue el siguiente: tras ver mi vida en un carrusel de imágenes, aburrida hasta las lágrimas —literalmente—, decidí hacer algo notable. Ser maestra en Carden se había vuelto insoportable el día que la señora Jeffs decidió posponer la Navidad porque la interpretación que los niños hicieron de los villancicos no estaba a su altura. Canceló la asamblea navideña hasta enero. Yo decidí enviar mi solicitud para el posgrado. Tener hijos podía esperar. Mi deseo de encontrar mi voz en el mundo, no.

XXIV

Mujer Cambiante fue impregnada por el Sol y dio a luz a los Héroes Gemelos llamados Matador de Monstruos e Hijo de las Aguas. En la mitología navajo, ésta es la familia sagrada que conocí cuando viajé a la región de las Cuatro Esquinas al suroeste de Estados Unidos.

La geología se convirtió en genealogía. Los

campos de lava se convirtieron en la sangre congelada de los demonios que murieron en estos campos de batalla, derrotados por Matador de Monstruos para salvar a su pueblo. Shiprock, la piedra en forma de barco, se volvió Winged Rock, la piedra alada, convirtiéndose en mucho más que los restos de un cuello volcánico. La morfología de las plantas, los animales, las rocas y los ríos no responde únicamente a la ciencia, sino que constituye y contribuye a la cosmología de la gente que habita el lugar. Es un asunto espiritual.

Tierra. Madre. Diosa. En todas las culturas, la voz de lo femenino emerge de la tierra misma. La vestimos de Eva o Isis o Deméter. En el desierto, aparece como Mujer Cambiante. Puede tomar diferentes formas, como el viento, y romper las piedras con su voz, como el agua. Y cuando se acerca a nosotros con las manos llenas para ofrecernos conchas blancas en medio de ese territorio árido, nos recuerda que hubo un tiempo antes de la sequía en que los antiguos mares cubrieron el desierto. Ella no puede ser clasificada. No puede ser controlada. Ella es quien junta las semillas y las planta en la arena como sueños y convoca a la lluvia. Ella encarna a la luna, honrando

la naturaleza cíclica de la vida. Y es Mujer Cambiante a quien honra la ceremonia de la primera sangre. Kinaaldá es su ritual, el rito de paso que convierte en mujer a cada niña navajo. Ojalá alguien me hubiera dicho, cuando era joven, que no podía contar con la felicidad, sino con el cambio.

Los diné, como se llaman a sí mismos los navajo, me enseñaron a contar historias. Cuando en el desierto vi una canasta con forma de espiral, ésta se desenrolló como una serpiente. Cuando encontré una pluma de colapte atrapada entre la salvia, el rojo ardiente de su centro me habló de la valentía de este pájaro que voló directamente hacia el sol para conseguir fuego para el pueblo. Y cuando vi a León de Montaña moverse como mantequilla suave a través de los acantilados rojizos, éste dejó de ser un felino y se convirtió en una poderosa medicina que pedía que se regara polen de maíz en el sitio donde la presencia nos honra.

La pregunta *¿Qué historias contamos para evocar un sentido de lugar?* se volvió mi obsesión. A través de la generosidad de los diné, escuché cómo lo voz encuentra su más grande amplificación a través de las historias.

Durante muchos años recorrí el desierto buscando una narrativa que no era la mía. No sentía

que perteneciera ahí. Estaba tomando prestado un paisaje hasta encontrar el propio. Pero cuando dejé de buscar y me instalé en la paz erosiva del desierto rojizo, me sentí suavemente sostenida por una inmensidad que no podría nombrar. Me quité la ropa, me acosté bocarriba en un arroyo seco y permití que el calor de la arena rosada entrara por cada célula de mi cuerpo. Cerré los ojos y me convertí, simplemente, en otra presencia que respira en el planeta.

XXV

"¿Por qué estamos aquí?"

"Para que la historia siga."

"¿Cuál es la historia?"

"La historia es la Vida."

Brooke y yo estábamos hablando de esto a las orillas del río Colorado mientras leíamos en voz alta *La historia de mi corazón*, de Richard Jefferies, una joya publicada en 1883.

"La mente desnuda confronta a la Tierra Desnuda... dame la más profunda vida del alma."

Es una conversación que nunca hemos dejado de tener. ¿Cómo le damos voz a la creación?

Antes de casarnos en el templo de Salt Lake, Brooke y yo nos dijimos nuestros votos en una ceremonia previa al día de la boda, también dentro del templo, con nuestros padres como testigos. En la teología mormona eso se llama "recibir su investidura". Es un rito de paso sagrado.

Puedo compartir lo siguiente: los hombres se sientan a un lado del cuarto y las mujeres al otro. Se imparten las instrucciones sagradas. Se relata la historia de Adán y Eva. Brooke y yo fuimos elegidos para representar a la primera pareja en el Jardín del Edén. Honrados, nos presentamos ante la congregación como Adán y Eva. Eva era virgen, también yo. Mientras escuchaba este texto bíblico ser leído en voz alta el día antes de mi matrimonio, la única palabra que habitaba mi mente era *coger.* Me sonrojé. Ésta no era una palabra común en mi vocabulario como una casta joven de 19 años. Escandalizada por la traición de mi propia imaginación intenté despejar mis pensamientos y mantener mi semblante limpio y puro. Pero la palabra me seguía presionando, *coger, coger,* una palabra que nunca había pronunciado en voz alta. Me puse todavía más roja. Brooke me sonrió, preguntándose por qué me seguía sonrojando.

¿Avergonzada? ¿Ruborizada por la fiebre? Ambas cosas. Una vez más, cuando me pedían repetir ciertas frases, esta palabra de cinco letras se me seguía apareciendo en los momentos más sagrados, distrayendo mi atención del matrimonio de Adán y Eva hacia la seductora serpiente. Intenté concentrarme en Brooke mientras nos tomábamos de la mano. *Coger, coger, coger.* La danza entre lo sagrado y lo profano se volvió cada vez más candente.

En este momento tan público estaba lidiando en privado con mi propio demonio. "En el principio fue el Verbo." Nadie me advirtió cuál.

Nunca he sido capaz de aplacar mi mente. Cuando era niña, Mimi y yo escuchábamos música juntas. "Relájate. Deja que tu mente se ponga en blanco", me decía. Pero eso nunca pasó. Su petición de una mente en blanco sólo creaba una mente rebelde que se llenaba de pensamientos con rapidez. Creo que fue en esos momentos, escuchando a sus compositores favoritos, Beethoven y Bach, que se volverían los míos, que pude reconocer mi imaginación indómita. Siempre creaba mi propia narrativa de acompañamiento.

Cuando Mimi me dio el libro *Mitos de creación*, de Marie-Louise von Franz, no entendí que se trataba de un texto subversivo. Me habían enseñado que la historia de Adán y Eva era un manual bíblico sobre el bien y el mal y las consecuencias de ceder a nuestros antojos. Desobedecer a Dios equivalía a ser expulsado del Jardín del Edén y enfrentar "tristeza en las entrañas por el resto de tus días". Lo que entendí después fue que la transgresión de Eva fue un acto de valor que nos condujo fuera del jardín, hacia la naturaleza. ¿Quién quiere ser una diosa si puede ser humana? La perfección es un defecto disfrazado de control. El momento en que Eva mordió la manzana, sus ojos se abrieron y se volvió libre. Reveló la verdad que toda mujer sabe: encontrar nuestra voz soberana a menudo implica una traición. Sólo debemos estar seguras de no traicionarnos a nosotras mismas. Hablar desde la verdad de nuestros corazones es romper un tabú, seamos hombres o mujeres. Quitarnos la máscara. La serpiente que sedujo a Eva para que comiera la fruta prohibida no era el Diablo, sino su propia naturaleza instintiva diciendo, *Honra a tu hambre y aliméntate.*

En inglés, la palabra diablo (*devil*), escrita al revés, es vivido *(lived).*

Leer no sólo me cambió la vida, me salvó. El libro correcto en el momento correcto —especialmente aquel que nos asusta, que amenaza con debilitar aquello que nos han dicho, el que contiene los pensamientos prohibidos— es el tipo de libro que se convierte en la manzana de Eva.

"El despertar de la conciencia es idéntico a la creación del mundo... los mitos de creación son los más profundos e importantes de todos. En muchas religiones primitivas el recuento de los mitos de creación es una enseñanza esencial en el rito de paso", escribe von Franz.

Los diarios de mi madre son un mito de creación.

Estoy escribiendo la historia de la creación de mi propia voz a través de las páginas en blanco que mi madre me heredó. La transgresión es transmisión.

XXVI

Mi sensualidad se convirtió en mi sexualidad la primera vez que Brooke me vio desvestirme, sus ojos dirigiendo a sus manos, que se movían len-

tamente a través de mis pechos en la penumbra. Estábamos en el Refugio de Aves Migratorias de Bear River, acostados bocarriba sobre la hierba con avocetas volando sobre nosotros. Brooke se acercó a besarme. Nunca cerrábamos los ojos al entrar a nuestra geografía privada del gusto y el tacto y el tiempo. Trazando el mapa de nuestros cuerpos, yo recordaba el canto de los tordos sargentos. Con la lengua sobre la carne, escribíamos las palabras secretas de los amantes.

Gustave Courbet pintó *El origen del mundo* como un reto a lo que sabemos, pero elegimos no revelar. Es un retrato íntimo y sensual de los genitales de una mujer después de hacer el amor, hinchados y brillantes; sus piernas están abiertas, un pecho apenas expuesto bajo la bata blanca. Lo privado se vuelve público. La mirada personal de Courbet celebra que se muestre lo invisible. Ahora está colgado en el Museo de Orsay, en París, no como algo pornográfico, sino revelador.

Durante años, esta pintura estuvo en la casa de campo de Jacques Lacan, escondida detrás de una puerta de madera deslizable. Los críticos de arte la han descrito como "un registro frontal de una mujer con las piernas abiertas, desde lo pechos hasta los muslos... un atrevido retrato

hecho por Courbet para un diplomático turco en 1866". Pero esto es demasiado clínico.

Cuando estuve frente a esta tan conocida mujer desconocida en reposo, me vi a mí misma, a mi madre, a mi abuela, una mujer revelada amorosamente con la mano y el ojo de un hombre, óleo sobre tela en un lienzo rectangular de 45 x 53 cm. Lloré. Lloré ante la belleza de nombrarlo tan claramente. *Origen del mundo.* Venimos al mundo a través de las mujeres, de una mujer que se gasta, que se rasga, maravillada. No es extraño que las mujeres hayan sido temidas y adoradas desde que el hombre vio ahí por primera vez la coronación de una cabeza humana, las piernas abiertas, una pincelada de luz.

Somos Fuego. Somos Agua. Somos Tierra. Somos Aire.

Somos todas las cosas elementales.

El mundo empieza con un sí.

Mujer Cambiante. Volvemos a empezar como la Luna. Ya no podemos negar nuestro destino convirtiéndonos en mujeres que esperan: esperan para amar, esperan para hablar, esperan para actuar. Esto no es paciencia, es patología. Somos seres sensuales y sexuales, intrínsecamente unidos al Cielo y a la Tierra, nuestros cuerpos hologra-

mas. Al retener el poder derogamos al poder, y eso crea la guerra.

La poeta australiana Judith Wright dice: "Nuestro sueño era el sueño equivocado, nuestra fuerza era la fuerza equivocada... Heridas, cruzamos el vacío del desierto y debemos mostrarnos falsas ante lo que nos completa".

XXVII

Mi cuerpo es un compás y no miente. Como mujeres, no hablamos sobre nuestra vida personal, especialmente sobre sexo. Permanecemos calladas porque hay una historia de abuso y daño contra aquellas que dicen la verdad. Matrimonios se destruyen. Familias se rompen. Juicios se emiten. La mujer se queda sola. Nuestras historias viven bajo tierra.

Muriel Rukeyser se preguntó "¿Qué pasaría si una mujer dijera la verdad sobre su vida? El mundo se abriría en dos".

El mundo se está abriendo en dos.

El 16 de octubre de 1916, Margaret Sanger abrió el primer centro de planificación familiar

y control de natalidad en el número 46 de la calle Amboy, en el barrio de Brownsville, en Brooklyn. Nueve días más tarde la policía hizo una redada. Margaret Sanger, líder del movimiento moderno de control de natalidad, pasó treinta días en prisión. En sus 87 años de vida sería arrestada siete veces más por defender el derecho de las mujeres a decidir el número de hijos que quieren tener y a mantener la privacidad de su propio cuerpo.

En una cena en honor a Sanger en 1931, H. G. Wells dijo: "El movimiento que ella inició crecerá hasta ser, en unos cien años, el más importante de todos los tiempos en lo que respecta a controlar el destino de la humanidad en la Tierra".

Cuando éramos niños, visitamos a Mamá en el hospital. Nos dijeron que había tenido una "cirugía correctiva". Más tarde, supe que había tomado la decisión de someterse a una ligadura de trompas, una práctica poco común en esa época. "Libertad", me dijo.

Los anticonceptivos me dieron una voz. Ésa fue quizá la única cosa en mi vida en la que he sido absolutamente responsable. Nunca he tomado la decisión de abortar, pero estoy agradecida de haber tenido la opción ante mí. En 1973, cuando

el emblemático caso *Roe contra Wade* llegó a la Suprema Corte, yo estaba por graduarme de la preparatoria Highland. Como mujeres que estaban entrando a su madurez sexual, fue una sentencia que nos dio confianza en el control que teníamos sobre nuestros cuerpos.

Ninguna mujer termina con un embarazo fácilmente. Nadie que haya sentido la vida dentro de sí puede negar ese poder. No es una decisión que se tome nunca a la ligera, sin amor ni dolor ni una oración por el perdón.

Porque lo que cada mujer sabe al sangrar cada mes es: *no estoy embarazada.* Porque lo que cada mujer entiende cada vez que hace el amor es: *una vida podría empezar ahora.* Por eso, cuando una mujer permite que un hombre la penetre, no es sólo un acto físico sino un acto de entrega a la posibilidad de que su vida le deje de pertenecer sólo a ella. Porque hasta sangrar, revisará su vientre todos los días buscando los movimientos de la vida. Porque hasta sangrar, se preguntará si su vida será una o dos o tres. Porque hasta sangrar, imaginará cada posibilidad, desde el placer hasta el dolor al nacimiento a la muerte y cómo logrará hacer lo que necesita hacer, y porque hasta sangrar estará preocupada infinitamente, hasta sangrar.

Si el hombre supiera lo que una mujer nunca olvida, la amaría de manera diferente.

No, nunca he tenido un aborto, pero conozco la ternura de mujeres que sí. Es mucho más común de lo que queremos admitir. Nos hemos escondido bajo tierra. Ésta es una conversación ausente. Los abortos que hemos experimentado son parte intrínseca de quiénes somos y en lo que nos hemos convertido. Y es profundamente privada. Recientemente me enteré de que tres de mis amigas más cercanas habían tenido abortos. Nunca lo habíamos hablado. Uno tenía que ver con una enfermedad genética, otro era una situación que hubiera puesto en peligro su matrimonio y el otro fue un embarazo durante la universidad que hubiera cambiado el rumbo de su vida. Elegimos. Ése es nuestro derecho espiritual y legal en los Estados Unidos de América. Merecemos tomar esta decisión libres del juicio de los demás.

No hay nada abstracto en dar a luz. Nada más serio que una mujer que se pone las manos en el vientre y se pregunta qué debe hacer. Siempre se trata de amor. Nunca se hace a la ligera. Y no hay nada más humillante para las mujeres que el he-

cho de que un hombre, especialmente un hombre que no conocemos, defina las leyes que gobiernan nuestra leche y nuestra sangre.

Leche y *sangre.*

¿Por qué estas dos palabras?

Porque la leche —como vaca como pecho como semen como cualquier sustancia que alimenta y nutre al mismo tiempo— está al centro del placer. Porque bebemos profundamente. Por necesidad y por deseo, bebemos profundamente.

Porque la sangre —como flujo como menstruación como luna como ciclo— significa *no estoy embarazada.* Porque lo que cada mujer entiende cada vez que hace el amor es: *una vida podría empezar ahora.* Por eso, cuando una mujer permite que un hombre la penetre, no es sólo un acto físico sino un acto espiritual.

Leche y sangre.

Porque la leche fue lo primero que deseamos. Porque la sangre es lo que fluye a través de nuestro corazón. Leche y sangre. Hombres y mujeres. Placer y dolor. El amor es a la vida lo que la vida es a la muerte. Así que arriesgamos todo intentando tocar lo inefable al tocarnos unos a otros. Una y otra vez. Más y más. Sin demasiado

control, perdemos la cabeza cuando nos perdemos en el fuego.

Si el hombre supiera lo que una mujer nunca olvida, la amaría de manera diferente.

Lo que una mujer nunca olvida es que cuando permite que un hombre le haga el amor, hace un pacto con los ángeles en el que, de ser concebida una criatura en ese momento, ella sostendría su vida. Un hombre puede ir y venir, de pronto se marcha. Pero una mujer se queda y se mantiene tierna. Quiere ser sostenida. Quiere hablar. Quiere volver al movimiento que tuvo dentro porque al hacer el amor, una mujer se rehace, porque hasta que sangre, sabe que ese hombre es el padre de su hijo, se lo diga o no se lo diga. Porque hasta sangrar, su cuerpo se ha transformado a través del éxtasis de ese hombre y del suyo propio, que ahora se vuelve de ambos. Porque hasta sangrar, *repítelo otra vez,* revisará su vientre todos los días buscando los movimientos de la vida. Porque hasta sangrar, se pregunta si su vida será una o dos o tres. *Vuelve a repetirlo,* porque hasta sangrar, imagina cada posibilidad, desde el placer hasta el dolor al nacimiento a la muerte y

cómo logrará hacer lo que necesita hacer, y porque hasta sangrar estará preocupada infinitamente, hasta sangrar.

La leche y la sangre viven juntas.

XXVIII

No quería que Mamá viniera. No todavía. Yo trabajaba como practicante en el Museo Americano de Historia Natural en Nueva York. Necesitaba vivir mi propia vida sin estar habitada por la suya. Pero cuando vino de visita, nos transformamos en palomas arrullándonos y mimándonos una a la otra mientras caminábamos en el parque, hablando durante horas. Mamá y yo nos adaptábamos una a la otra en cualquier sitio y en todos ellos cuando estábamos juntas.

No quería que se marchara. *Por favor quédate.* Era el testigo de lo que yo amaba. Cuando paseábamos por el museo, le pedía que se acostara bocarriba para ver a la ballena azul suspendida del techo azul. Cuando fuimos al Museo de Arte Moderno, nos sentamos frente a los *Nenúfares* de Monet viendo cómo cambiaba la luz,

profundizando los colores. Y cuando vimos la obra de teatro de Lillian Hellman, *Pequeños zorros,* con Elizabeth Taylor, Mamá insistió en salirnos temprano para sentarnos en Sardi's, donde su actriz favorita (que cumplía años el mismo día que ella) cenaba después de cada función. Elizabeth Taylor llegó puntual y atravesó la puerta de entrada en su caftán morado y sus joyas. Mamá la estaba esperando. Sentada en el salón con las piernas cruzadas, extendió una de ellas con timidez. Elizabeth Taylor se tropezó con el pie de Mamá.

"Disculpe", dijo la actriz.

"Qué dices", contestó Mamá. "Estuviste genial hoy."

"Gracias, es usted muy amable."

Estábamos sentadas entre luminarias.

En el camino de regreso al edificio donde yo vivía, atravesamos el distrito de teatros, deslumbradas por las luces de neón. La luna colgando entre los rascacielos era casi indistinguible de los reflectores que anunciaban nuevos espectáculos de Broadway.

"¿Cuál es la diferencia entre Elizabeth Taylor y Saturno?", le pregunté a Mamá.

"¿Cuál?", me dijo, sonriendo.

"Elizabeth Taylor tiene más anillos."

Mamá me dejó una carta con una hermosa esfera de cristal pintada con olas doradas que rodeaban el orbe como la escritura del agua.

17 de abril, 1983
Nueva York

Querida Terry:

Cuando entré a esta papelería hoy, parecías estar en todo lo que veía y tocaba.

Cuando vi este pisapapeles, sabía que había una conexión contigo. Lo tuve que comprar por lo que representaba, aunque no sabía qué era.

Y luego esta tarde, cuando estábamos sentadas en el museo viendo los Nenúfares de Monet, supe el secreto del regalo que te estaba dando.

Al centro de la figura hay una hoja de lirio, que eres tú y las hermosas olas de espacio que te rodean: nunca permitas que nadie invada esa parte de ti, Terry. Es tu creatividad.

Si te mantienes centrada, todo en tu vida estará en equilibrio.

Gracias por tu amor y tu amistad. Eres un regalo precioso para mí. No hay palabras que describan cómo enriqueces mi vida todos los días.

Siempre atesoraré las experiencias que hemos compartido esta semana en Nueva York.
Te ama mucho,
Mamá

XXIX

Tuve un sueño: alguien que no pude ver puso un collar de picos de pájaro alrededor de mi cuello. "Irás a África", dijo una voz. Y luego me entregaron unas semillas.

Nairobi, 1985: estuve de pie en una gran olla de terracota, tomada del tronco de un ficus para ganar un poco de altura y descansar de la multitud. En la cacofonía de voces en el foro de la Década de las Naciones Unidas para la Mujer, una voz sobresalió. Su nombre era profesora Wangari Maathai.

"Los problemas de África están a la sombra de los del resto del mundo. Hay un problema aquí y es la deforestación", dijo. "Si no atendemos la situación ambiental, no atendemos nada... y hasta que la gente de los pueblos entienda el problema, éste no podrá ser resuelto."

Era una voz distinta a todas las que había escuchado. Era apasionada. Era imponente y era

inteligente. Wangari Maathai hablaba de tomar acciones, algo simple, algo positivo, algo real como plantar un árbol.

Yo escuchaba.

"Para plantar un árbol debes ensuciarte las manos. Cuando las mujeres van a la universidad, a menudo vuelven a las ciudades para tener trabajos de oficina y olvidan de dónde vienen. Es la gente del campo, la gente del pueblo, la que sostiene la salud de la Tierra en sus manos."

Aprendí cómo las mujeres africanas cargaban la crisis ambiental a sus espaldas, pasando entre ocho y diez horas al día buscando leña para poder cocinar para sus familias. Aprendí cómo se incendiaban los bosques porque el carbón es más eficiente que la madera. Como resultado, las laderas se degradan, generando erosión crónica. Por primera vez vi cómo los asuntos ambientales son asuntos económicos y son, en el fondo, asuntos de justicia social.

Si sufren las mujeres, sufren los niños. Al empoderar a las mujeres se empoderan las comunidades. Una revolución se me encendió por dentro. A eso había ido a África, sin saberlo: a aprender la esperanza de los árboles. Cuando terminó la conferencia, visité los pueblos de

Kenia con Wangari, donde fui testigo del trabajo de las mujeres y de lo que significa hacer crecer un bosque.

"Necesitamos trabajar un poco más y hablar un poco menos", me dijo mordaz cuando nos fuimos de Nairobi y llegamos a una comunidad muy cerca de sus propias raíces Kikuyu.

Vi a mujeres juntando semillas en los pliegues de sus faldas, plantándolas y cuidando árboles en sus regazos, como rezando, dándole golpecitos a la tierra para asegurarse de que crecieran. No sólo estaban plantando árboles, estaban alimentando posibilidades. Con el tiempo, las mujeres podían vender sus plantas y obtener un ingreso para sus familias. La restauración estaba siendo cultivada con las manos en la tierra.

El liderazgo de Wangari Maathai era el pragmatismo de la dicha. A todos nos alegra que crezca una semilla. En las comunidades, las mujeres estaban encontrando su voz. Plantar árboles se volvió más que una vocación. Era una acción contra la tiranía y una metáfora de la renovación. La salud de la tierra. La salud humana. Cuando las mujeres trabajan juntas, el beneficio es para todos. Así me incorporé al Movimiento del Cinturón Verde.

Wangari Maathai se volvió mi mentora. Me invitó a plantar un árbol en honor a mi madre en el "Bosque de las mujeres". Regresé día tras día a plantar más árboles con las mujeres que vivían ahí, las manos manchadas de semillas africanas.

El poder del optimismo de Wangari Maathai alimentaba el mío. Ella me mostró la importancia de movilizar a la gente a través del amor, diciendo al mismo tiempo las verdades duras de nuestro efecto sobre el planeta. Su voz no sólo me inspiró, me llevó a la acción cuando volví a casa.

Empezamos el Movimiento del Cinturón Verde en Utah. Fue una manera de señalar similitudes entre la deforestación en Kenia y la desertificación en la Gran Cuenca. Ambos paisajes se estaban degradando por la falta de vegetación: la tala de árboles en África, el pastoreo excesivo del ganado en el suroeste de Estados Unidos. En ambos casos las valiosas capas superficiales del suelo estaban desapareciendo a causa de la erosión. Involucré a mujeres mormonas de la Sociedad de Socorro, una organización filantrópica y educacional para mujeres de la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días. Podíamos colaborar entre continentes. Di cientos de pláticas en Sociedades de Socorro en el estado, contando la

historia de la deforestación y hablando de los esfuerzos de Wangari Maathai por plantar árboles, comunidad por comunidad, para liberar a las mujeres del peso y la opresión, cuidando a la Tierra al mismo tiempo.

"El problema es la fragmentación", dijo la profesora Maathai. "Debemos ver el todo. Caer en la fragmentación atenta contra el trabajo de las mujeres."

Yo simplemente estaba contándole a las mujeres de Utah, mi tierra natal, lo que había visto en Kenia e invitándolas a involucrarse. Por diez dólares, una mujer podía comprar un árbol a nombre de alguna otra mujer amada. Diseñamos e imprimimos certificados. Fue una campaña para educar e involucrar. Mamá y Mimi y Lettie fueros de las primeras en participar.

Al padre de Brooke le conmovieron nuestros esfuerzos. Me invitó a comer. Le pedí que, como hombre respetado y de alto rango en la jerarquía de la Iglesia, me ayudara a presentarme con uno de los apóstoles, un amigo suyo que podía hacer que la recaudación de fondos se extendiera a nivel mundial. Sabía lo que esto podía significar para el movimiento en Kenia. Nadie se organiza como los mormones. Me dijo que me ayudaría a

presentar mi caso frente a uno de los élderes en el poder. Pero había una condición.

"Ya sabes lo que te prometí. Ahora yo te pido algo. Prométeme que vas a traer a Brooke de regreso a la Iglesia y que nunca le vas a contar que tuvimos esta conversación."

Me quedé muda. Pensé en las mujeres en Kenia luchando por su independencia. Pensé en Wangari Maathai y su ferocidad inquebrantable de cara al poder institucional. ¿Qué haría ella?

Me senté al centro de un silencio muy largo a mitad de nuestra comida. La propuesta parecía tan simple.

"No puedo prometerte eso", le dije a mi suegro, a quien amo.

Sin saberlo, él había puesto sobre la mesa el asunto de la integridad. La mía. Me di cuenta de que no podía obtener ambas cosas: usar la influencia de la Iglesia Mormona para lo que quería con la ayuda de mi suegro, pero sin poder ayudarlo a lo que más quería él, que su hijo se involucrara en la Iglesia. Era un pacto con el diablo. Brooke era soberano de sí mismo y yo también. La restricción a la que estaría sometida como mujer mormona obligada a guardar silencio desvirtuaría cualquier bien que estuviera

intentando hacer a las mujeres de Kenia. Mi sacrificio se volvería suyo, en principio.

> ¿Por qué están quemadas.las puntas de los picos de los pájaros?
>
> — Myung Mi Kim

Reuniría el dinero yo misma. Sin ningún tipo de condicionante.

Recaudamos diez mil dólares para el Movimiento del Cinturón Verde en Kenia. No era demasiado, pero llegó de diez en diez dólares, cada mujer comprometiéndose libremente con la prosperidad de otra.

Wangari Muta Maathai murió de cáncer de ovarios el 25 de septiembre de 2011. Seguimos siendo hermanas a través de los años. El último regalo que me dio fue una cesta de carga que me llegó por correo el 26 de septiembre, envuelta en hermosa tela roja. Una vez que le pregunté qué había aprendido de plantar árboles, me dijo: "Paciencia".

El Movimiento del Cinturón Verde ha plantado más de 43 millones de árboles. Ninguno de ellos fue sacrificado para su ataúd. Las mujeres

kenianas, con sus hijos, Waweru, Wanjira y Muta, la enterraron en un cajón hecho de jacintos de agua.

Me impactó enterarme de su muerte. Gente como Wangari no muere, así de inamovible y fuerte era ella para mí. Nunca estamos listos para perder a las personas que amamos, especialmente un alma como Wangari. Salí de casa, me arrodillé en la tierra y lancé una oración de gratitud a su espíritu. Mis lágrimas se convirtieron en lluvia y un colibrí de garganta roja voló directamente hasta mí. Lo miré y sonreí. Claro, era un colibrí, el pájaro favorito de Wangari, el que apagó un incendio forestal llevando agua en su pico una y otra vez.

XXX

En agosto, los álamos crean una tormenta de semillas peludas que cubren el suelo. Una mañana me asomé por la ventana y vi a una marmota envuelta en un abrigo de algodón. Estaba comiéndose las semillas que había en su brazo. De pronto una comadreja empezó a perseguirla con locura alrededor del patio. Cuando estaba a punto de tomarla por el cuello, asegurando una

muerte rápida, la marmota hizo un giro abrupto, se puso frente a ella y gritó. Asombrada, la comadreja saltó en el aire y cayó de espaldas mientras la marmota escapaba.

XXXI

¿Cuáles son las consecuencias de ir en contra de nuestros instintos?

¿Cuáles son las consecuencias de no expresar lo que pensamos?

¿Cuáles son las consecuencias de la culpa, de la vergüenza, de la duda?

Lo había visto por ahí. Era atractivo, rubio, fuerte, estaba bronceado y tenía treinta y tantos años.

Era alguien fácil de recordar tras verlo por primera vez. Yo lo recordaba. Sentía que había estado cargando una parte de él a las orillas de mi atención, así que cuando apareció fue como si viniera a recoger algo que le pertenecía.

"Me llamo Joseph", dijo. "¿Quieres ir a caminar?"

"Estoy trabajando", le contesté. "No tengo tiempo."

Ambos estábamos en un campamento remoto en el área de Sawtooth Wilderness, en Idaho.

Yo era profesora asistente en un curso de Ecología de Campo. Él hacía trabajos de carpintería.

"Hay una vista bonita en Two Ravens en Tall Pines", dijo.

Asentí y seguí escribiendo. Conocía la zona. No necesitaba ir con él.

Olía a humo mezclado con sudor. Incluso en la brisa del pórtico de la casa, me recordaba a fogatas en terrenos secos. Hasta sus manos estaban polvosas.

"Te traigo de regreso antes de la cena."

Levanté la mirada.

Él se quedó viendo mis mocasines. "Ponte tus botas."

No sé por qué ignoré los instintos de mi cuerpo, mi propia intuición. Todos los ingredientes de una historia que termina mal estaban ahí. Mimi nos había leído cuentos de hadas de Andersen y de Grimm hasta el cansancio. Yo prefería los de Grimm porque eran más oscuros, más espantosos, más veraces. La caja llena de libros verdes y rojos estaba desgastada y vieja. Todos teníamos nuestros favoritos. Yo siempre quería escuchar el cuento de Blancanieves. Me gustaba la idea de un

espejo que hablara y la reina malvada obsesionada con el desvanecimiento de su propia belleza y aterrada con la pregunta que se hacía una y otra vez. "¿Quién es la más hermosa de todas?" Disfrazada, intenta matar a Blancanieves tres veces: primero con los lazos del corsé demasiado apretados, que le provocan un desmayo, luego con un peine envenenado y finalmente con una manzana envenenada. Pero Blancanieves siempre logra escapar de la muerte y volver a la vida, arruinando los planes de su malvada madrastra. Para mí el cuento se trataba del amor entre Blancanieves y el príncipe, de cómo mantenerte oculta, pero dejando claros tus poderes y sobrevivir a lo que te amenaza. Los siete enanos me parecían creíbles, crecer en una familia grande donde cada miembro contribuía y protegía a los demás con sus propias excentricidades.

Joseph insistió tanto que me convenció. Fue más fácil decir que sí que decir que no. Dejé a un lado mis papeles y mi pluma, me puse las botas y lo seguí. *¿Qué es lo peor que puede pasar?,* pensé. *Me hará bien el aire fresco.*

"¿Así que eres la asistente de Hathaway?"

"Sí."

"¿De qué clase?"

"Ecología de Campo."

"¿Cuántos estudiantes tienen?"

"Diez."

No quería ser grosera, pero tampoco tenía ganas de involucrarme en la conversación.

"¿Cuánto tiempo te quedas?"

"Dos semanas."

Justo en ese momento, un búho cornudo bajó en picada frente a nosotros. Sorprendida por su cercanía, me detuve y lo seguí con la mirada hasta verlo aterrizar en un pino.

Me alejé del sendero y caminé despacio hacia el ave. Joseph siguió por el camino hasta darse cuenta de que ya no lo estaba siguiendo.

"Vamos, todavía falta un poco", gritó, caminando de regreso.

"Me voy a quedar aquí un momento. No siempre tengo la oportunidad de estar con un búho." Y me senté en los altos pastos amarillos de la ladera.

Agitado, Joseph desapareció.

El búho se quedó. Su manto de plumas le permitía camuflarse perfectamente en la luz oblicua de los pinos. No se movió, con la mirada fija en la mía, sus ojos como flamas amarillas en el bosque. Quién sabe cuánto tiempo pasó en las sombras cambiantes de la tarde.

Los búhos son engañosos. Son advertencia y consuelo. En esa ocasión me negué a ver la advertencia y me instalé en el consuelo de su presencia. En la montaña, me hundí en las ensoñaciones de mi propia mente. Para mí esto era mi hogar, no un lugar de temor. La naturaleza salvaje tiene sus propias reglas: fuimos criados con ellas. El respeto es fundamental. También la impredecibilidad. Mantén tu distancia. Pon atención. Siempre.

Las ramas crujieron, volteé hacia atrás. Joseph estaba de pie detrás de mí en taparrabos, sin camisa, con plástico aislante verde enrollado en la cabeza.

"Tengo frío", dijo.

"Me imagino que sí", dije yo, preguntándome dónde había dejado su ropa. Me preocupaba más todavía dónde había encontrado lo que llevaba —o dónde lo tenía escondido— y por qué.

"Vamos de regreso."

Su comportamiento era inquietante. Olía a humo. Dejé al búho, que significaba dejar lo que conocía, y seguí a Joseph, que ahora estaba medio desnudo, de regreso hasta el sendero principal. Cuando llegamos a la bifurcación, en vez de volver hacia abajo, por donde habíamos llegado, Joseph se detuvo y dijo "Sigamos un poco hacia

arriba hasta Richardson Creek y luego bajamos. Es un atajo al campamento, entonces no llegaremos tarde a la cena".

Según mis cálculos, en este punto seguir a un hombre que estaba enloqueciendo cada vez más era una mejor apuesta que huir. No quería alterarlo. No puedo decir que haya sido exactamente por cortesía que seguía haciéndole caso, porque cada decisión tomada era sabotaje y mal juicio, pero el esfuerzo de simplemente seguir caminando parecía más fácil que confiar en lo que yo sabía. No tenía energía para entrar en conflicto. Me quedé callada. Pero cometí un error crucial: olvidé las reglas de los cuentos de hadas. Cosas malas les pasan a las mujeres jóvenes en el bosque. Ignoré el principio fundamental de todos los cuentos de hadas que había escuchado: cuidado con el lobo carismático que viste piel de oveja. Hay maldad en el mundo. Puedes ser engañada.

Llevábamos quince minutos caminando con rapidez cuando empezó a oscurecer. Joseph iba detrás de mí. Podía escuchar su respiración, casi jadeos. Aceleré la velocidad, cada vez más nerviosa. Una cañada profunda amenazaba en su inmensidad. Richardson Creek estaba lejos, montaña abajo. Íbamos por el camino equivocado. Se

me puso la piel de gallina. Cuando volteé a verlo, Joseph estaba de pie sobre una gran roca cuadrada. Las venas de su cuello sobresalían. Sus pupilas estaban dilatadas. Todo parecía estar pasando en cámara lenta: lo vi levantar sobre su cabeza un hacha de doble filo en la que se reflejaba la luz, con la fuerza de todo el cuerpo a punto de caer sobre su objetivo. Nuestras miradas se encontraron. El hacha estaba dirigida a mí. Cuando atacó, se resbaló. Salí corriendo. Avancé dos kilómetros y medio sin mirar atrás.

Llegué tarde a cenar. El profesor Hathaway me preguntó si todo estaba bien. Parecía preocupado. Le dije que había salido a caminar y había calculado mal el tiempo.

¿Por qué mentí? ¿Por qué no le conté a mi profesor sobre el terror del que había escapado? Me sentía avergonzada. Quizá había sido mi culpa. Quizá me lo había imaginado todo. No había confiado en mis instintos al irme con Joseph. ¿Por qué debía confiar en ellos ahora?

Esa noche saqué mi bolsa de dormir de la casa y me dirigí a una pradera alejada de todo. Me sentía más segura afuera que adentro. Me quedé mirando el cielo estrellado y la extensa ruta de la Vía Láctea. Pero la única constelación que pude

ver fue una con forma de un hacha de doble filo. Nunca cerré los ojos, sólo permanecí ahí temblando en el suelo, repitiendo una y otra vez en mi cabeza la imagen de los ojos dilatados de Joseph mirándome fijamente y el terror punzante atrapado en mis piernas, que me habían sacado de ahí con el cuerpo convertido en hielo.

Al día siguiente, le escribí a una larga carta a Brooke contándole todo lo que había pasado, incluyendo una descripción física de Joseph en caso de que yo desapareciera. Le transferí mi carga a Brooke. ¿No es así la historia, la dama en apuros salvada por el príncipe? Si yo no podía hablar, Brooke hablaría por mí. Si algo pasaba, él podría contar el cuento, dado que yo estaba muda. Si me había equivocado, no quería dañar a Joseph. Metí una pequeña pluma de búho en el sobre. Caminé hasta la carretera principal, a varios kilómetros de distancia, y le hice la parada a una camioneta que venía de Stanley. El hombre que iba en ella se detuvo, bajó su ventana y me preguntó si estaba bien. Le pregunté si podía enviar una carta por mí. Aceptó y se la entregué junto con un par de monedas para la estampilla.

Unos días después, estaba sirviéndome una taza de té en la cocina. Finalmente había vuelto

a la rutina. Escuché la puerta abrirse y cerrarse de golpe. Cuando volteé hacia ella vi a Joseph, de pie, completamente rasurado y vestido. El mismo olor a cigarro me acorraló en una esquina. Mi corazón latía fuerte. Se acercó a mí lentamente, susurrando.

"Pensaste que iba a matarte, ¿no, Terry?"

Yo sólo podía pensar en el brillo del hacha, en sus brazos levantándose lentamente por encima de su cabeza. El miedo no me dejó hablar. Me quedé parada ahí, con la taza de té en las manos, quemándome los dedos, sintiendo el terror recorrer mis piernas una vez más.

"¿Por qué corriste? ¿Por qué me dejaste ahí después de que me caí? Pude haberme lastimado."

Me escuché enunciar el nombre de Brooke, como una palabra mágica que pudiera romper este hechizo.

"¿Brooke? ¿Quién es Brooke?", preguntó Joseph, súbitamente maniático, balanceándose hacia atrás y hacia delante. "¿Estás casada? No me dijiste que estuvieras casada. Pensé que eras virgen..." Se volvió incoherente, susurrando, hablando en lenguas desconocidas. Sus ojos azules se dilataron otra vez y entró en trance, tocando mi cuello con sus dedos apestosos, su pulgar

apretando fuerte y lento el espacio entre mis clavículas. Me miró fijamente hasta que me soltó, decepcionado, y salió de la alacena. Nadie volvió a verlo.

Los lobos matan ovejas sin chistar mientras no haya contacto visual. Los venados o los caribús fijan la mirada en el lobo. En un abrir y cerrar de ojos, se toma una decisión entre depredador y presa. Barry Lopez llama a esto "la conversación de la muerte". El animal accede o no accede a ser tomado. *No. Mis ojos dijeron que no. No seré tomada.* Fue en ese momento que Joseph se resbaló y yo corrí.

Durante los días que me quedaban en Sawtooths quise contarle a alguien, a quien fuera, lo que había pasado. Quería hablar. Quería contar lo asustada que estaba, cómo casi me asesinaron, convertida en pedacitos por un loco con un hacha, sin que yo hubiera hecho nada. Pero no lo creía. Creía que era mi culpa. Había traicionado a mis instintos. Mi cuerpo intentó advertírmelo. Un búho intentó advertírmelo. Pero ignoré todo eso y dejé de lado mi intuición. Cuando una mujer no habla, otras mujeres salen lastimadas. Y ahora Joseph podría estar lastimando a otras mujeres que duermen en otros bosques.

Durante la última semana del curso nos enfocamos en estudios fluviales, estudiando a las larvas de tricópteros y efemerópteros que viven en Richardson Creek. Río arriba, los estudiantes nos llamaron a gritos, frenéticamente. Dejamos nuestro equipo de recolección a un lado y fuimos a ver qué estaba pasando.

Junto al arroyo, en la base del barranco, había una pequeña choza construida con ramas de sauce. Adentro había cráneos ensangrentados de venado y amuletos hechos de hueso. Una pequeña biblioteca de libros esotéricos sobre las culturas mesoamericanas, desde los aztecas hasta los mayas, estaba bien ordenada con secciones sobre sacrificio humano marcadas con pedazos de papel. Y luego uno de los estudiantes encontró el hacha de doble filo.

Ver el arma me dio náuseas, así que me disculpé y salí de ahí. Vomité. Cuando una estudiante me vio jadeando en los arbustos, me preguntó si podía ayudarme.

"No, gracias, es que estoy enferma."

Nunca le mencioné nada más a nadie.

Brooke me rogó que fuera a la policía. Me negué. Como buena chica mormona dije "Estoy bien".

"Déjalo ir", dije.

¿Cuál es el gesto de una mujer que se cubre la boca con la mano?

¿Cuál es el gesto de una mujer que se cubre la boca con la mano mientras tiene los ojos abiertos de par en par?

¿Cuál es el gesto de un hombre que aprieta con el pulgar el pulso de la voz de una mujer que llora sin lágrimas?

Cuando me entero de una joven mujer que ha desaparecido, posiblemente asesinada sin que nadie haya encontrado su cuerpo, pienso en Joseph y en la violencia de mi silencio.

Mimi siempre decía: "Cuando una mujer llora es cuando más cercana está a su verdadero ser". Nunca lloré en Sawtooth Wilderness.

Llevamos demasiado tiempo siendo seducidas a recorrer un sendero que no conduce a nosotras mismas. Demasiado tiempo hemos dicho que sí cuando queríamos decir que no. Y demasiado tiempo hemos dicho que no deseando, desesperadamente, decir que sí.

Cuando me miro al espejo, veo a una mujer con secretos.

Cuando no escuchamos nuestra intuición, abandonamos nuestra alma. Y lo hacemos por miedo a que, si nos resistimos, los demás nos abandonarán. Hemos sido educadas para cuestionar aquello que sabemos, para desacreditar la autoridad de nuestras entrañas.

Quiero saber por qué. Siempre que me abandono a mí misma, termino por arrepentirme. Pero albergar arrepentimientos es hacer el amor con el pasado, no hay movimiento ahí. No nos salvarán los labios de un príncipe, sino nuestros propios labios hablando.

Estoy creciendo más allá de lo que me ha condicionado, rompiendo con lo que me estaba rompiendo a mí.

XXXII

Mamá murió el 16 de enero de 1987. La enterramos debajo de cobijas de nieve y del ardor del congelamiento. Cierta melancolía del blanco acompaña a la luz cegadora del invierno. El do-

lor tiene voz. Es el grito frío del silencio que resuena hacia adentro.

XXXIII

Caminando en Nueva York tras una tormenta de nieve, al dar la vuelta en una esquina encontré sobre el pavimento mojado un ala pequeña, azul, separada del cuerpo. Todavía había pedacitos de músculo pegados al hueso ensangrentado. Pensé que era un azulejo índigo. Me llevé el ala para dejarla como regalo en el departamento en el que me estaba hospedando. Mi amiga la recibió como un objeto de belleza poco común y la colocó sobre el suave penacho blanco de la planta de algodón que tenía acomodada dentro de una jarra de leche.

"Una belleza asesina", me dijo.

Brooke y yo estábamos remando en el río Colorado en el cañón de Westwater en Utah. Nos esperaban los infames rápidos de Skull. Nos detuvimos a comer en un cañón cercano donde atamos nuestra balsa. Vencejos y golondrinas surcaban el

cielo sobre las paredes de roca roja que formaban el corredor donde el agua atravesaba las piedras. Las tórtolas ronroneaban. Los canarios cantaban en los sauces. Nosotros estábamos sentados a la orilla del agua, con las piernas cruzadas, mientras Brooke sacaba los sándwiches de su mochila.

¡Wirrrrrrrrp!

Algo pasó disparado junto a nosotros como un cohete. Antes de que yo entendiera qué estaba pasando, Brooke ya se había puesto de pie y miraba por encima de mí. Yo tenía una herida en la orilla del ojo: filosa, veloz y sangrante. Toqué la delgada línea marcada por la punta de un ala a toda velocidad.

"¡Un halcón peregrino!", dijo Brooke, mirando hacia el cañón lateral. "¿Viste eso?" Luego se agachó para revisarme el ojo y limpió una gota grande de sangre con su dedo. "¿Estás bien?"

Lo estaba, pero si hubiera estado inclinada una pulgada más a la derecha en vez de hacia Brooke, hubiera resultado muerta por halcón: un gran obituario.

Estoy marcada, mi piel grabada por una pluma. El llamado de la muerte llega a través de un ventrílocuo cuyos labios jamás ves moverse hasta que están aullando de risa.

XXXIV

Un halcón aparece en la portada de *Refugio*. Cuando vi las pruebas por primera vez, un perico mítico adornaba la esquina superior derecha. Tras dos días con la imagen sobre mi escritorio, le llamé a mi editor y le dije que no existían pájaros así, sobre todo no cerca del Gran Lago Salado. Cuando me pidió que le diera una sugerencia, pensé en un "halcón radiante" y lo que no vemos venir.

Mi madre, Mimi y Lettie, mi abuela materna, murieron en el transcurso de pocos meses. Cáncer: de seno, ovárico, cervical. Cortadas, mutiladas, expulsadas. El cuerpo femenino devastado. Pasó lo que más temía. Sus muertes fueron llamados: habla o muere.

Una decisión fue tomada. Una línea fue cruzada. La crucé con una pluma y un cuaderno escondidos en mis botas. El domingo de Pascua, un año después de la muerte de Mamá, cometí desobediencia civil en el área de pruebas nucleares de Nevada. Fui arrestada. En ese lugar, en 1988, bombas nucleares se detonaban en el desierto, un experimento que el gobierno de Estados Unidos

había hecho antes. Sabían que funcionaba. Las bombas atómicas lanzadas sobre Hiroshima y Nagasaki el 6 y el 9 de agosto de 1945 terminaron con la Segunda Guerra Mundial. Pero, evidentemente, el hecho de que decenas de miles de personas hayan sido vaporizadas en un gran destello fantasmal no era la evidencia que ellos buscaban: necesitaban pruebas de sus propios ciudadanos. Mi familia y yo formamos parte de esos ciudadanos leales conocidos como "downwinders", aquellos que vivíamos en zonas hasta donde el viento arrastró la radiación de las pruebas nucleares.

El gesto tiene una voz. Encontré la gravedad de mis propias palabras a través de la muerte de Mamá y Mimi. Ésa es la ironía brutal de mi vida.

Éstas fueron mis declaraciones: "*Escribiré: tomaré mi ira y la convertiré en rabia sagrada. Encontraré significado en sus muertes.*"

No había guía de campo. No había mapa. Era libre de improvisar.

La creación de mitos es el trabajo evolutivo de traducir verdades.

Los diarios de mi madre son grullas de papel.

"*Pertenezco a un clan de mujeres de un solo pecho.*" Estas fueron las palabras que se me ocurrieron cuando una amiga me preguntó, simplemente, "¿Cómo estás?". No podía saber entonces lo que sé ahora, que esta imagen me permitía ver a las mujeres de mi familia como guerreras, no como víctimas de cáncer de seno. Veintidós años después estas palabras, esta imagen, "cuando las mujeres fueron pájaros", se me apareció en un sueño sin mayor explicación.

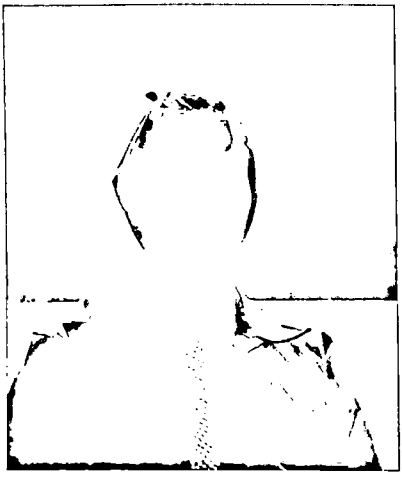
¿Lo fuimos?

¿Lo somos todavía?

¿O estamos en movimiento y nunca seremos atrapadas? Permanecemos elusivas por elección.

"Soy una mujer con alas", escribí una vez y volveré a esas palabras. "Soy una mujer con alas que baila con otras mujeres con alas."

En una comunidad que alza la voz, todos florecemos.



Vuelvo a estos momentos en *Refugio* no como una repetición de la memoria, sino como un recordatorio de cómo evolucionamos en tiempo y lugar. El valor para continuar ante la desesperanza es el reconocimiento de que en los ojos de la oscuridad encontramos nuestra propia visión nocturna. Las mujeres que han sido bendecidas con ojos de muerte no le tienen miedo a nada.

XXXV

Hay una fotografía de mi madre. Está de pie en un bote en el lago Jackson, con la cordillera Teton

de fondo. Lleva puesta una camisa ajedrezada con botones de perla y una chamarra Levi's que le queda un poco grande. El viento debe de haber estado soplando, porque trae una pañoleta amarrada en la barbilla. Un mechón de pelo está fuera de lugar, formando un rizo en su frente; otro está volando hacia un lado. Sus ojos son abrasadores. Su nariz, recta. Su boca no es sonrisa ni disgusto. Mamá es fuerte. Me mira a mí. Me pregunto qué ve.

Trece maneras de mirar un mirlo

No sé qué prefiero,
la belleza de las inflexiones
o la belleza de las alusiones,
el mirlo mientras silba
o el justo después.
— Wallace Stevens

Los diarios de mi madre son el instante "justo después".

XXXVI

Hay un dicho en la cultura mormona: "Caminaría a través de la llanura contigo".

El significado es simple: Eres fuerte. Eres confiable. Puedes cargar tu propio peso. Nuestra tía Bea era una de esas personas, hecha de buen material pionero.

Beatrice Romney Berg era tía de mi madre, hermana de mi abuela, la segunda hija de Vilate Lee Romney y Park Romney, que buscó en México refugio de la persecución asociada con la poligamia. En 1890, la Iglesia Mormona emitió un manifiesto declarando el fin del matrimonio plural como una práctica religiosa permitida. Aunque la poligamia era ilegal en México, era comúnmente practicada ahí entre los mormones sin el mismo nivel de escrutinio que enfrentaban en Estados Unidos.

La historia de la familia es la siguiente: los hombres Romney estaban armados y listos para la llegada de Pancho Villa y los villistas, que se acercaban al asentamiento mormón en Colonia Dublán, en la región de Chihuahua. Había empezado la Revolución Mexicana.

Era 1911. Mi bisabuela Vilate estaba preparando la cena cuando les llegó la noticia de que debían partir de inmediato. Embarazada de su segundo hijo, tomó a su bebé, Lettie, de apenas dos años, la amarró alrededor de su panza y huyó

a caballo. Cruzó la frontera con otros hombres y mujeres. Una vez en El Paso, los mormones rebeldes fueron considerados refugiados. Los acorralaron como ganado hasta que Estados Unidos de América decidiera qué hacer con ellos.

Mi bisabuela me dijo que abandonaron sus hogares tan rápidamente que dejó un pastel en el horno.

¿Qué es verdad y qué es imaginado?

Lo que es verdad es que la tía Bea nació en Utah, a donde la familia volvió después de que el gobierno les dio un boleto de ida a la ciudad de su preferencia. Escogieron Cornish, Utah, donde mis bisabuelos cultivaron betabel. Mi bisabuelo, Park Romney, fue ordenado como patriarca mormón cuyo trabajo era repartir bendiciones personalizadas de Dios.

La bendición patriarcal de mi madre le fue dada por su abuelo cuando tenía doce años. La llamó su pajarita cantora.

Mi bendición patriarcal me fue dada cuando yo tenía 17 años, después de graduarme de preparatoria. La frase de mi bendición que aún llevo conmigo es la siguiente: "No te será revelada ninguna verdad que esté en conflicto con la verdad de Dios". Yo lo creí, todavía lo creo, y lo he

incorporado en mi teología personal. ¿Quién puede decir que esta invitación a buscar preguntas no abrió la puerta a mis propias indagaciones religiosas, que incluirían la sabiduría espiritual de las plumas y el pelaje?

Sabes que eres mormón cuando tienes una reunión familiar y la población de tu ciudad se duplica. O eso dicen. Hubo una reunión familiar en casa de la tía Bea, en Salt Lake City. Mamá y mi abuela Lettie habían muerto con dos años de diferencia. Bea era ahora la matriarca del clan Romney. La culpa me hizo asistir a la reunión. Estaba a la mitad de escribir un libro y no tenía ganas de salir, mucho menos de enfrentar a la familia, que estaba en plena reproducción y crianza. Un libro no era un embarazo legítimo.

Toqué a la puerta. Me abrió tía Bea. ¿Me creerían si les digo que parecía que medía 1.90 metros sin tacones? La adoraba, su voz resonante, su andar seguro.

"Pasa, pasa...", dijo. "Ya llegaron todos. Querida Terry, estamos felices de que hayas venido."

La cualidad más encantadora de las mujeres Romney es la atención que ponen en la persona a la que le están hablando, y ella estaba enfo-

cada en mí. "Dime en qué andas. Siempre estás metida en cosas interesantes, ¿sigues estudiando indios?", me preguntó. "Extraño a Lettie. Ella siempre nos contaba de ti."

Le dije que estaba escribiendo un libro.

"¿Un libro? ¿Sobre qué?"

"Sobre Mamá..."

Fue entonces que vi su sonrisa vacilar un poco. "¿Sobre Diane?"

Y luego cometí el error de decir demasiado. "Estoy escribiendo un libro sobre el Gran Lago Salado y la muerte de Mamá."

"Bueno, pásale y te damos algo de comer." Me miró, fijándose especialmente en mi vientre plano, y nos dirigimos a la sala, llena del ruido de mis familiares, a muchos de los cuales llevaba meses sin ver, años. Me dio gusto verlos.

Sin embargo, me quedé poco tiempo. Me sentía mal. En el camino de vuelta a casa, pensé todo en presente: *Quizá realmente estoy loca. Quizá realmente no hay manera de vincular un Gran Lago Salado que se inunda, un refugio de pájaros y la muerte de mi madre por cáncer de ovario.*

Una vez en la entrada de mi casa, recordé que Brooke estaba fuera de la ciudad. Me encontraba sola, asediada por mis propios pensamientos,

acechada por mis propios miedos. Asustada. Herida. Una vez dentro, puse mis llaves en un sitio donde sin lugar a dudas olvidaría que las había puesto, prendí las luces y me hundí en el sillón.

Esa noche, ya en la cama, mi mente estaba acelerada. No podía dormir. Me levanté y dibujé un mapa.

Había un caballete tamaño infantil abandonado en nuestro sótano. Todavía tenía papel. Fui por él para meterlo a la casa.

Usé dos plumones para apuntar los temas en los que estaba trabajando en ambos lados de la hoja:

Gran Lago Salado	Mamá
Refugio de pájaros Bear River	Familia
Inundación	Cáncer
División de recursos naturales	Iglesia Mormona

Tracé un círculo alrededor de las dos listas. Nada las conectaba. Y luego me di cuenta de que lo que unía a estos mundos, aparentemente inconexos, era la narradora. Así que escribí "TTW" abajo, circulé las letras y tracé dos líneas desde ahí hasta los dos círculos de arriba, conectando todo. Me quedé mirándolo. De pronto me di cuen-

ta de que no estaba loca. Tenía ante mí un mapa con la forma del sistema reproductivo femenino.

Fui por mi manuscrito y empecé a acomodarlo rápidamente en dos montones de papel: Mamá, Mamá, Mamá, refugio de pájaros, refugio, refugio. Tomé el montón que tenía que ver con mi madre, me fajé el camisón en los pantalones de mezclilla, me puse las botas y pisé el acelerador. Manejé hasta la papelería más cercana y le entregué la mitad de mi libro a la joven mujer detrás del mostrador.

"¿Puede por favor imprimir esto en el papel más brillante que tenga?"

"Va a ser difícil de leer."

"Está bien."

"¿Color turquesa?"

"Perfecto."

Y luego esperé, viendo el reloj a cada rato. No me había dado cuenta de que pasaban de las dos de la mañana. En el lugar sólo estábamos la chica y yo.

De pronto se abrió la puerta y entró un hombre que lucía peor que yo.

Era el poeta Mark Strand. Éramos amigos. Recé porque no me entregaran mi manuscrito color neón justo en ese momento.

"¿Qué haces aquí?", preguntó.

"Mark, ¿te pasa que hay días en que sientes que no puedes escribir una palabra más?" Me pudo haber asesinado en ese momento. Estaba completamente vulnerable.

"Todos los días." Ni siquiera notó mis páginas azules mientras le entregaba a la mujer las suyas, blancas.

De vuelta en casa con mi montón de papeles turquesa volví a acomodar el manuscrito, poniendo las páginas en orden. Mucho azul quería decir demasiada intensidad. Mucho blanco, demasiados pájaros. Mi labor era crear un manuscrito azul claro en el que dos historias paralelas se entrelazaran con elegancia en un libro coherente.

Enunciar: absolutamente, por completo —hacer palabras—.

Enunciación del alma: hablar con fuerza desde nuestra vulnerabilidad.

XXXVII

Al búho que ulula al amanecer: te pregunto por qué —*por qué ahora*— cuando la noche se rinde a

la luz. ¿Por qué no pronunciar tu hechizante llamado cuando el sol empieza a ponerse, cuando estamos envueltos en las sombras, a punto de desaparecer en la oscuridad? ¿Por qué no entonces, cuando podemos escucharte —*No hay nada que podamos hacer*— te pregunto ahora, por qué guardas tu voz hasta el momento de despertar? Porque cuando me llamas entre sueños quiero permanecer en el confort del sueño, sujetarme a las cobijas —*dormir, dormir, dormir*— en donde hasta una quimera se siente como un lugar más seguro que tú, que me llamas con valor crepuscular y me dices: *levántate* —*ahora*— *pronto.*

Los diarios de mi madre son un kōan.
Los diarios de mi madre son una meditación.
Los diarios de mi madre son un conjunto de flores de loto, abriéndose.

XXXVIII

No el loto sin el lodo. Cáncer. Tanto cáncer. *Nueve mujeres de mi familia han tenido mastectomías y siete están muertas.* Mimi murió el 27 de junio de 1989.

Al día siguiente desperté ante un verano sin color. No era un mundo en blanco y negro, sino gris.

Incluso a los 84 años, tras una vida larga y fértil, se fue demasiado pronto.

No podía salir de mi cama. No podía seguir con mi vida. Y cuando finalmente me decidí a salir, me sentaba durante horas frente a un lago artificial en un parque artificial con patos domesticados que flotaban en un espejo de agua. Miraba fijamente a la nada. Nada importaba. Estaba paralizada. Brooke me dijo que caminar me ayudaría.

Caminaba todos los días. No por meditar, sino para sobrevivir, un pie delante del otro, con los ojos concentrados, intentando mantenerme estable.

El musgo en Owl Canyon estaba tan seco que ni siquiera pudo aceptar el agua que le ofrecimos. Las gotas simplemente se derramaron como lágrimas en el desierto. No tenía idea de la gravedad de la sequía en nuestro territorio.

Seguimos caminando hacia arriba, por el cañón serpenteante, a lo largo de la orilla del río Colorado, en Utah. Lodo seco, agrietado fue lo

menos grave que vimos. Renacuajos intentando convertirse en ranas antes de que se evaporara el charquito de cincuenta por cincuenta centímetros. Los vencejos bajaban del cielo para beber las últimas gotas del manantial, antes confiable. Las campanitas, prácticamente incapaces de retoñar, no lograban superar la altura de los esqueletos del otoño pasado, ahora sonajas al viento. A donde quiera que miráramos había una sensación de resequedad —y de penuria—.

Un anillo marrón se había formado alrededor de uno de los charcos secos, peculiar y hermoso. Mi amiga bióloga, Laura Kamala, simplemente dijo "algas".

Nos arrodillamos para tocarlas. Las algas marrones se volvieron anaranjadas como por arte de magia. Las volvimos a tocar suavemente y descubrimos que a mayor agitación, más vivo el color. Era un anaranjado desplazado en mi propio espectro de la experiencia. El color era más resplandor que pigmento. El caroteno estaba vivo en mis dedos.

¿Es esto lo que los primeros habitantes del desierto tenían en mente cuando pintaron sus historias en las paredes de roca roja?

Tracé un círculo anaranjado en la palma de mi mano izquierda y coloqué mi otra mano contra ella en oración. Cuando las separé, un círculo se había vuelto dos. Mi amiga creó una espiral en sus manos y dibujó una cruz en cada uno de sus pies. Yo marqué mi frente, mi garganta, el espacio entre mis pechos hasta el ombligo, hasta mis pies y luego dibujé un punto anaranjado en la parte de atrás de mi cuello.

El ritual crea su propia lógica.

Las lagartijas de panza turquesa se acercaron, moviéndose arriba y abajo, arriba y abajo, y me pregunté por qué hay esta clase de abundancia en medio de la sequía. Ante nosotros hay una paleta de colores desconocida. Las algas florecían con esfuerzos, rogando ser utilizadas. De la agitación nace la creación.

Caminamos hacia abajo por el cañón, de regreso a casa, abriendo nuestras manos a la salvia, registrando el impacto del anaranjado contra su azul pálido. La salvia despertaba en contacto con el anaranjado. Los arbustos también se intensificaban, sus hojas pequeñas, plumosas, brillando en el calor. Pusimos nuestras manos de fondo ante cualquier cosa viva en la sequía del desierto y miramos aparecer su carácter.

¿Cómo llamar a este color?

Cuando llegué a casa, contemplé el paisaje derrumbado, erosionado. La flama anaranjada que habíamos encendido estaba en llamas en nuestro jardín de malvas del desierto, y ahí estaba de nuevo, alas anaranjadas agitándose contra el azul, el penúltimo anaranjado de los monarcas.

Mimi empezó a pintar al final de su vida, algo que siempre había querido hacer. Uno de sus últimos cuadros se llamó "Autorretrato". Pintó un chochín criollo posado en su dedo, señalando el camino.

XXXIX

La Wilderness Society tiene una historia notable en términos de conservación. Mardy Murie, la esposa de Olaus Murie —el primer presidente de la Sociedad— y conservacionista por derecho propio, fue mi mentora y amiga cercana durante mis primeros días en la Escuela de Ciencias de Teton. La Ley de Áreas Naturales de 1964 fue redactada en su terraza del rancho Murie, dentro del Parque Nacional de Grand Teton. En 1950,

como presidente de la Wilderness Society, Olaus cabildeó con éxito para prevenir que se hicieran grandes proyectos federales de presas en el Parque Nacional de los Glaciares y el Monumento Nacional Dinosaurio. Consiguió que el escritor Wallace Stegner hiciera junto con él el libro *Esto es Dinosaurio* como herramienta literaria de activismo.

Wallace Stegner era miembro del Consejo Rector de la Wilderness Society junto con Arnie Bolle, el gran reformista en políticas públicas forestales, y Charles Wilkinson, profesor de Derecho en la Universidad de Colorado y experto en políticas públicas de agua y ley indígena. En total había 26 miembros en el Consejo y dos de ellos eran mujeres: Alice M. Rivlin, Directora Adjunta de la Oficina de Administración y Presupuesto de Clinton, y Jane H. Yarn, conservacionista de Georgia. Por insistencia de Mardy acepté la invitación para unirme a ellas.

El primer año que estuve en el Consejo, no abrí la boca. Escuché. Escuché cómo los hombres pontificaban sobre la política pública del territorio federal. Argumentaban. Debatían. Hacían recomendaciones. Era impresionante. Alice Rivlin fue central en cualquier conversación sobre finan-

zas y consideraciones presupuestales. Jane Yarn, siempre cortés, contribuía con su conocimiento, pero usualmente sólo cuando se trataban temas relacionados con los territorios del sur.

Durante uno de los recesos, salí del cuarto para caminar un rato afuera. Me dirigí al elevador, donde estaba Alice Rivlin. Presionó el botón para bajar. Las puertas se abrieron y entramos. Ambas nos quedamos mirando fijamente las puertas cerradas mientras el elevador descendía.

"¿Tienes una voz?", preguntó, sin quitar la vista del panel de botones.

"Sí", contesté.

"Me gustaría escucharla..." Las puertas se abrieron y ella desapareció rápidamente.

El segundo año que estuve en el Consejo Rector, hablé. Le tomé la palabra a Alice Rivlin y empecé a contribuir a la conversación. Noté dos cosas. La primera fue que cuando hacía una pregunta o comentaba algo, siempre había una breve pausa y luego la discusión continuaba sin hacer referencia a lo que había dicho. Me sentía invisible, escuchada sólo cuando ofrecía algún momento de introspección poética. Periférica.

Segundo, yo no contaba con la misma información que el resto de las personas en la mesa

parecían tener. Leía todos los materiales dos veces. Estudiaba los asuntos y las propuestas adjuntas y aún así parecían faltarme piezas claves de la discusión. No entendía por qué.

Después de una de las reuniones, uno de los hombres me invitó a tomar algo con los miembros del Consejo. Acepté. Fue entonces que me enteré de lo que todos los demás sabían. La política pública se decide fuera del salón de juntas. La reunión misma es una formalidad.

Había estado leyendo *Ladronas del lenguaje,* de la escritora francesa Claudine Herrmann. Se enfoca en el verbo francés *voler,* que significa "volar" o "robar", los dos caminos normalmente disponibles para las mujeres cuando hablamos. O escapamos y desaparecemos o robamos, adoptamos y nos adaptamos al lenguaje masculino dominante, a menudo pagando el costo de hacerlo. Herrmann ofrece otra ruta, la de la "lengua materna", la voz del dialecto auténtico que surge de nuestras experiencias, feroz y compasiva al mismo tiempo; la voz como un cuchillo que puede rebanar, tallar y cortar, moldear, esculpir o apuñalar.

Al día siguiente llegué temprano a la reunión. Fui la primera. Puse una copia de *Ladronas del lenguaje* al centro de la mesa. La imagen de una

mujer gritando, con la lengua de fuera, a punto de ser cortada por una mano anónima tal vez invitaría a la reflexión. La portada de Ben Shahn, con una mujer en pleno vuelo con la boca abierta de par en par, es inquietante. Yo pensaba que si la voz femenina (a falta de un mejor término) seguía siendo eclipsada, todo aspecto del pensamiento viril sería plasmado a lo largo y ancho de la Tierra, poniéndonos en riesgo. Estaba lista para discutir el punto.

Nunca sucedió.

Los miembros del Consejo llegaron. Los hombres (ni Alicia ni Jane estuvieron presentes en esa reunión) tomaron sus lugares y siguieron hablando temas relacionados con el medio ambiente. Nadie dijo nada del título, de la imagen en la portada o de por qué un libro así había aparecido al centro de la mesa de la Wilderness Society. Como escribió Adrienne Rich, "El impulso de conectar. El sueño de una lengua común" fue ignorado.

Durante mi tercer año en el Consejo decidí infiltrarme. Escuché. Hablé. Cabildeé detrás de bambalinas y fui a beber con ellos. Pero algo extraño empezó a suceder. Las conversaciones se volvieron más sobre el poder y menos sobre el territorio. Las discusiones entre nosotros se centraban

en la política interna de la organización y no en la política de las áreas naturales. En lugar de hablar sobre el clima o sobre si debería o no haber ganado en ciertas áreas, discutíamos temas inmobiliarios, como cuánto deberíamos pagar de renta y la la importancia de posicionarnos en un vecindario adinerado.

En cada reunión yo me preguntaba por qué no estábamos enfrentándonos con más fuerza a las políticas ambientales de George H. W. Bush, especialmente las concesiones de petróleo y gas natural en territorios federales del oeste. Tener acceso a los políticos parecía tener más importancia que nuestros principios. Una ley de áreas naturales imperfecta era mejor que ninguna. La palabra de los donantes mayoritarios tenía gran peso. Fui testigo del juego de sombras entre conservacionistas, corporaciones y Congreso, completamente vinculada al dinero y al poder. Me estaba volviendo parte de ese juego de sombras cuando de pronto vi mi reflejo en las ventanas polarizadas del automóvil de lujo en el que viajaba con otros miembros del Consejo rumbo al aeropuerto.

Al cuarto año, renuncié. No pude conciliar la división que sentía dentro de mí entre convic-

ción y necesidad de negociar. Había perdido en lo personal lo que había ganado políticamente. Me di cuenta de que era escritora, no política y ciertamente no conservacionista profesional. La ajetreada vida en Washington era emocionante, pero colapsé cuando volví a casa, agotada y desanimada por lo que habíamos sacrificado. Para mí, lo real era el olor dulce de la salvia después de la lluvia en el desierto, no ir a comer con un senador.

Fui a Washington porque amaba las áreas naturales. Fui a Washington porque pensé que podría hacer una diferencia. Porque me habían pedido ser parte de una organización que respetaba en un momento en que necesitaba algo que me alentara a volver a un mundo del que me había alejado. No puedo contar las veces que mi corazón se rompió, que mis sueños se frustraron y que sentí la adrenalina llegar a un punto máximo para luego drenarse. No sabía cómo ser objetiva respecto a la naturaleza de Utah. No sabía cómo proteger solamente parte del Refugio Nacional de Vida Silvestre del Ártico, y no todo. Y nunca entendí por qué retener información o recursos —es decir, dinero— de otras organizaciones conservacionistas para proteger nuestros

propios intereses —es decir, territorio— era una estrategia y no un escándalo. Sólo sabía defender lo que amaba.

No estaba hecha para la política de Washington. Tuve que enfrentarme a mí misma y a la verdad de mis pasiones: todas las cosas salvajes, incluyendo las palabras, palabras que no podían ser domadas, palabras que sangraban si las cortabas, no palabras pronunciadas cuidadosamente, adornadas y disfrazadas de interés en la naturaleza. La política es un juego de poder y de engaño. Negociar, por más necesario que sea, no es mi fuerte. Ya hemos sacrificado demasiado.

Escuché que mi voz era radical.

XL

"Algo perderemos como seres humanos si permitimos que la naturaleza siga siendo destruida", escribió Wallace Stegner en su "Carta de lo salvaje". "Simplemente necesitamos que siga existiendo, incluso si lo único que hacemos es manejar hasta su orilla y observarla."

Hubo un debate en el Consejo Rector: ¿Deberíamos denunciar públicamente las más recientes

políticas ambientales del Secretario de Gobernación Manuel Luhan, contratando un anuncio a página completa del *New York Times*, o trabajando tras bambalinas, ejerciendo influencia en miembros del Congreso que tenían acceso al Presidente George H. W. Bush? El Consejo estaba dividido a la mitad.

Se decidió que Wally, en su sabiduría, rompiera el empate. La pregunta era: ¿Debemos ser fuertes en nuestra respuesta pública a la administración de Bush o más estratégicos en nuestra respuesta privada? Charles Wilkinson y yo fuimos los encargados de redactar algo para el *New York Times* por si elegíamos la ruta más radical. Le llevamos la declaración a Stegner a su casa en Palo Alto.

"Vamos a ver...", dijo Wally después de ser informado sobre la división y el dilema del Consejo. Acabábamos de terminar una comida larga, encantadora, con su esposa Mary en su terraza con vista a los suaves montes amarillo de Los Altos.

Charles y yo estábamos ansiosos. ¿Cómo lees algo que escribiste a uno de los escritores que más admiras?

Wilkinson leyó la primera parte de lo que habíamos redactado y yo la segunda.

Wally estaba sentado en su silla con las manos entrelazadas. "¿Eso es todo?", preguntó. "¿Vinieron hasta California a leerme eso?" Luego se soltó a criticar ferozmente las políticas de Bush con tanta incredulidad que nos sentimos avergonzados en nuestra timidez, que habíamos considerado progresiva y valiente.

La verdadera elocuencia es filosa, clara y punzante.

Un mes después, Stegner recibió la Medalla Nacional de las Artes de 1992, pero la rechazó porque le "conflictuaban" los controles políticos vinculados con el Fondo Nacional para las Artes y el Fondo Nacional para las Humanidades bajo el liderazgo tiránico de administradoras como Lynne Cheney.

Para Stegner, la integridad de la naturaleza y la integridad del arte eran lo mismo, algo que debía ser honrado y protegido como fuente de inspiración. Tanto las orquídeas de Robert Mapplethorpe como la tundra amenazada de la costera del Ártico merecen nuestro respeto y mesura como heraldos de la imaginación. La creatividad es otra forma de espacio abierto cuya naturaleza es agitar, trastocar y "conducirnos a la ternura".

Cuando Wally habló sobre el "hogar nativo de la esperanza", fue en respuesta directa a su creencia de que podemos "crear una sociedad que combine con el paisaje".

Regresé a Utah, nuestro hogar en el desierto. Mi actividad política se mantendría local.

Después de que los republicanos arrasaran en las elecciones intermedias de 1994, la delegación del Congreso de Utah, encabezada por el diputado Jim Hansen y el senador Orrin Hatch, anunció sus planes de redactar una ley de áreas naturales para Utah de una vez por todas. Estaban cansados de la contención que había habido durante décadas respecto a las áreas naturales del estado. Hansen y Hatch creían, junto con la "revolución de Gingrich", que tenían el poder político necesario para lograr lo que querían: la menor cantidad de naturaleza posible. El gobernador, Michael Leavitt, les recordó que por ley tenían que llevarse a cabo audiencias públicas. Así que de enero a mayo de 1995 éstas se realizaron en todo el estado. Más del setenta por ciento de la gente en Utah quería más naturaleza, no menos, por lo que apoyaban la propuesta ciudadana que en ese momento protegía 5.7 millones de acres de

territorio. Se les dijo que su voz no sólo sería escuchada, sino respetada.

Audiencias formales de los subcomités del Congreso fueron llevadas a cabo en Cedar City, Utah. Hubo tres paneles: el político, el de la industria extractiva y el de conservación. La comunidad conservacionista me pidió que hablara. Seríamos los últimos en testificar.

El diputado Jim Hansen y sus colegas se sentaron en una plataforma elevada por encima de nosotros, diseñada para intimidar. Cuando me puse de pie para hablar, Hansen empezó a revolver sus papeles, bostezando, tosiendo y haciendo cualquier cosa para mostrar su aburrimiento y molestia. Estaba a la mitad de mi testimonio cuando quedó claro que ni siquiera me estaba escuchando. "Diputado Hansen, he vivido en Utah toda mi vida. ¿Hay algo que yo pudiera decir que de algún modo cambiara su perspectiva sobre este tema?"

Me miró por encima de sus lentes, sostenidos en la base de su nariz, se apoyó lentamente sobre sus codos y dijo, simplemente, "Lo siento, señora Williams. Hay algo en su voz que hace imposible que la escuche".

Y así terminó.

No creo que se haya referido a la calidad del micrófono. Los comentarios del diputado Hansen se volvieron una metáfora, la representación simbólica de la incapacidad de la delegación —no, de su negación— a escuchar lo que estábamos diciendo.

Un mes después, Hansen y Hatch presentaron la Ley de Gestión de Territorios Públicos de Utah de 1995, que proponía proteger sólo 1.8 millones de acres de los 22 millones que la Oficina de Gestión del Territorio administraba.

Fue un golpe enorme para la democracia, una traición a la confianza pública en nombre del bien común. Indignada, yo no podía dejar de pensar *¿Qué puedo hacer como ciudadana?*

Escribí un artículo de opinión para el *New York Times,* titulado "A la venta", describiendo los graves problemas de esta ley creada por la delegación del Congreso de Utah. La Ley de Gestión de Territorios Públicos de Utah de 1995 estaba en directa contradicción con la Ley de Áreas Naturales de 1964, al abrir tierras previamente protegidas al desarrollo vinculado con el petróleo y el gas natural.

En julio, se realizó una audiencia especial ante el Comité de Energía y Recursos Naturales del

Senado en Washington. El Senador Hatch y el Senador Bob Bennett testificaron a favor de su iniciativa. Otra vez hubo tres paneles, otra vez el de conservación quedó al final. Y una vez más, testifiqué junto con otras tres personas de Utah a favor de la Propuesta Ciudadana para proteger 5.7 millones de acres, que era parte de la Ley de Áreas Naturales de Red Rock, que ya estaba siendo debatida en el Congreso, en oposición a la iniciativa Hatch-Bennett que proponía proteger sólo 1.8 acres.

El panel sobre la industria había terminado su testimonio en voz de representantes de de la Oficina de Agricultura de Utah y compañías de petróleo y gas. Era el turno del comité sobre conservación. El primero en hablar fue Phillip Bimstein, alcalde de Springdale, Utah, puerta de entrada al Parque Nacional Zion. Cuando llevaba dos minutos de sus cinco asignados, el presidente del comité, el senador Larry Craig, un republicano de Idaho, se puso de pie, dijo escandalosamente: "Éste es suyo, senador Hatfield" y salió del lugar. Mark Hatfield era un hombre pusilánime de Oregón. Phillip tuvo que detener su testimonio durante este cambio de turno y, tras la disrupción, el senador Hatfield

se quedó mirándolo y dijo "Se acabó su tiempo, ¡siguiente!"

Además de grosero y maleducado, fue una falta de respeto al proceso democrático. Durante el resto de la audiencia, el senador Hatfield leyó un libro mientras nosotros hablábamos. Básicamente, estábamos ante un muro. Nuestra consolación: los testimonios fueron registrados en el Archivo del Congreso.

Dejamos la capital de la nación abatidos y desanimados. Era difícil no preguntarnos "¿Cuál es el punto?"

Cuando volví a casa me reuní a tomar un café con Stephen Trimble, un colega escritor. Hablamos sobre el debate en torno a las áreas protegidas y lo que pasaba en el Congreso.

"Quizá el Congreso no pueda escuchar una voz", dije, "¿pero qué tal una comunidad de voces?" Habíamos estado hablando sobre hacer una pequeña publicación para celebrar la naturaleza de Utah.

"Creo que es el momento", dijo Steve.

Escribimos una apasionada carta a nuestros amigos. Empezaba: "Necesitamos su ayuda". Luego decía: "La naturaleza de Utah está en peligro. Ésta es la situación política a la que

nos enfrentamos... sabemos que amas los territorios intocados de Utah. Te pedimos que escribas el ensayo o poema más elocuente y bello de tu vida. No podemos pagarte y lo necesitamos en tres semanas". Le mandamos esa carta a 25 escritores de la zona que conocían el tema de primera mano.

Milagrosamente, en tres semanas teníamos veinte textos inéditos de una comunidad de escritores comprometidos con el lenguaje y el paisaje, algunos de los ensayos más conmovedores que jamás hubiéramos leído.

En el grupo de escritores estaban John McPhee, Barry Lopez, Bill Kittredge, Scott Momaday, Ann Zwinger, Richard Shelton y el poeta laureado Mark Strand, todos ellos voces poderosas en las letras estadounidenses. Karen Shepherd, que había sido diputada en Utah, también contribuyó. Charles Wilkinson contribuyó con su experiencia en cuanto a leyes relativas al agua. Mardy Murie, que ese año cumplía cien años, nos permitió publicar un texto suyo sobre naturaleza en general. De otro lado del espectro de la edad estaba Rick Bass, que entonces tenía 38, un escritor musculoso y defensor de las áreas naturales de Yaak, Montana.

Le pedimos a T. H. Watkins, reconocido historiador y amante de Utah, que escribiera un prólogo, lo cual hizo.

Para diseñarlo buscamos a una amiga nuestra, Trent Alvey, que cortésmente aceptó hacerlo sin salario. Recibimos seis mil dólares de una fundación local patrocinada por Annette e Ian Cumming, grandes aliados de los esfuerzos de conservación en Utah. Alcanzó para imprimir mil ejemplares.

Organizamos los ensayos en una secuencia que brindaba, para nosotros, la progresión más poderosa de ideas. Teníamos poco tiempo. Sabíamos que las biografías eran importantes para mostrar el calibre de los escritores involucrados. Queríamos firmas de cada uno para dar la sensación de solidaridad y profundidad. Una ráfaga enloquecida de escritores nos envió su firma por fax para que pudiéramos incorporarla al diseño, añadiendo poder y presencia al libro.

Incluimos un mapa con una lista de todas las áreas naturales consideradas en la Propuesta Ciudadana del las Áreas Protegidas de Red Rock. Nuestro libro estuvo listo en dos semanas. Lo llamamos *Testimonio: los escritores del oeste hablan a favor de la naturaleza de Utah.*

El buen trabajo es un consuelo contra la desesperanza.

La Alianza del Sur de Utah por la Naturaleza, un pequeño y rudimentario grupo de activistas, nos ayudó a que cada miembro del Congreso recibiera un ejemplar de *Testimonio.* Éste es el poder de la colaboración, de una comunidad apoyando y ayudando a otra.

A mediados de septiembre organizamos una conferencia de prensa en Washington, en el Triángulo, junto al Capitolio. El historiador Tom Watkins tomó la palabra, dándole a nuestra antología un contexto político junto con *Esto es Dinosaurio,* de Wallace Stegner, un conjunto de textos para detener la construcción de la presa sobre el río Green en el Monumento Nacional Dinosaurio durante los años cincuenta. También estaban presentes los diputados Maurice Hinchey y Bruce Vento, impulsores de la Ley de Áreas Protegidas de Red Rock, que recibieron públicamente copias de *Testimonio,* aceptando que se trataba de algo equivalente a una propuesta de ley desde la literatura llevada hasta las puertas del Congreso por escritores estadounidenses. Prometieron hacer llegar esas palabras a sus colegas. Hablaron elocuentemente sobre la naturaleza como un derecho es-

piritual de todos los ciudadanos. El senador Russ Feingold también asistió e hizo la promesa de llevar *Testimonio* al Senado para derrotar la Ley de Gestión de Territorios Públicos de Utah de 1995.

Después de la conferencia de prensa, un reportero de *The Washington Post* se acercó a Steve y a mí.

"Qué pérdida de tiempo", dijo. "¿Tienen una idea de la cantidad de papeles que reciben los miembros del Congreso? Ustedes son muy ingenuos, esto no va servir de nada."

Yo estaba incrédula y lista para empezar un buen debate. Steve en cambio tenía una actitud más calmada. Le dijo al reportero: "Escribir siempre es un acto de fe".

En efecto, copias de *Testimonio* llegaron hasta el Congreso. Pude entregarle personalmente una a la señora Clinton, que prometió llevársela al presidente.

También pusimos un ejemplar en manos del Vicepresidente Gore y de otros miembros centrales de la administración Clinton.

En marzo de 1996, la Ley de Gestión de Territorios Públicos de Utah de 1995 finalmente llegó al Senado. El Senado cayó en filibusterismo. Lo que un filibustero necesita son palabras.

El senador Bill Bradley, de Nueva Jersey, se puso de pie. "Con todo respeto, senadores Hatch y Bennett, estas áreas naturales pertenecen a todos los estadounidenses, no sólo a los que viven en Utah. Me gustaría leer palabras de uno de mis representados, John McPhee: 'cuenca, cordillera, cuenca, cordillera'..." y el senador Bradley leyó el ensayo completo de McPhee. Otros senadores lo siguieron, leyendo fragmentos de *Testimonio.* A lo largo del filibusterismo se leyeron en voz alta ensayo tras ensayo celebrando formaciones rocosas, buttes y mesetas, saturando el tiempo y el espacio. La Ley de Gestión de Territorios Públicos de Utah de 1995 murió en el piso del Senado.

Testimonio ya es parte del Archivo del Congreso.

Seis meses después, el 18 de septiembre de 1996, el presidente William Jefferson Clinton designó como área protegida el Monumento Nacional Grand Staircase-Escalante, resguardando casi dos millones de acres de naturaleza en Utah. La comunidad ambientalista se mantuvo fuerte mientras el clima político estaba justo en medio de una elección presidencial. Tiempo después, el

presidente Clinton tomó una copia de *Testimonio* y dijo: "Este pequeño libro hizo la diferencia".

Uno nunca sabe los efectos tangibles que puede tener la literatura, pero ese día en particular, mirando al norte hacia los vastos territorios naturales de la meseta de Colorado, fue posible creer en el poder colectivo de un coro de voces.

Manejando de regreso de la ceremonia, me sentí como una hermana de Thelma y Louise, sentadas en su convertible azul claro con el arco de cielo de fondo. Ni tan rebelde ni con ganas de aventarme a un precipicio, seguía teniendo la libertad de moverme en un espacio grande y abierto que, por el momento, permanecería salvaje. La democracia demanda que actuemos y que hablemos de forma escandalosa. Podemos cambiar al mundo si nuestra visión es de largo aliento y se enfoca, junto con la de amigos que se reúnen amorosamente alrededor del lugar que llamamos hogar.

Una década más tarde, la Ley de Áreas Protegidas de Red Rock sigue siendo una iniciativa de ley ante el Congreso, ahora en busca de 9.2 millones de acres de áreas protegidas en Utah. Nuestras voces siguen cantando en los márgenes.

XLI

Estoy en prisión porque iba a exceso de velocidad, manejando con una licencia expirada.

Estoy en prisión porque no tuve dinero para pagar la multa.

Estoy en prisión porque una noche ahí no puede ser tan mala.

Estoy en prisión porque parte de mí piensa que merezco estarlo.

ADENTRO

Tres conjuntos de puertas se abren y se cierran detrás de mí, luego cae el cerrojo. Entro al área de mujeres, donde hay doce prisioneras vestidas de anaranjado como yo. Es una habitación abarrotada con siete conjuntos de literas, un escusado, un lavabo, una regadera y cuatro mesas atornilladas al piso con sillas encadenadas a ellas. Las paredes son bloques de hormigón pintadas de blanco y sin ventanas, sólo luces fluorescentes. El piso está cubierto de cuadrados brillantes de linóleo.

Las mujeres son jóvenes. Yo soy la mayor, por varias décadas. Están hinchadas y pálidas. Algunas duermen. Algunas están acostadas en sus ca-

mas, viendo a la pared en posición fetal. Algunas se cepillan el pelo. Algunas están fumando tampones como si fueran cigarros. Nadie dice nada, tampoco yo.

Una custodia me lleva hasta mi litera y me dice que ponga mi contenedor de plástico debajo de ella. En el contenedor hay utensilios, un vaso de plástico, un peine, un par de calcetines anaranjados, pasta y cepillo de dientes, cuatro hojas de papel a rayas y un pequeño cilindro de tinta azul como los que vienen adentro de un bolígrafo.

Escucho una por una las sentencias de las mujeres: falsificación, abuso de menores, fabricación y venta de metanfetaminas, fraude.

Entiendo la sentencia por fraude. Yo soy una escritora que escribe sobre el territorio y que nunca está en casa. Es momento de verlo con honestidad: soy egoísta. Siempre en mis cosas. Pasada de peso. Ansiosa en exceso. Ni Brooke ni yo teníamos dos mil dólares para pagar mi multa. Endeudada. En negación. Es momento de aceptar que mi vínculo con mi familia está roto. Momento de reconocer mi adicción a un estilo de vida que no es sustentable. ¿Cuántas veces me he repetido a mí misma que es tiempo de cambiar mi vida?

¿A qué suena la voz de una mujer en prisión? "Joder esto... joder lo otro... que se jodan..." Dos mujeres hablan sobre cómo no hay nada peor que una mujer malhablada.

"*Joder* es una palabra horrible. Necesitamos limpiar nuestro lenguaje. Nos sentiríamos mejor con nosotras mismas." Luego me voltean a ver.

"Yo la digo todo el tiempo."

"No pareces del tipo."

"Lo soy."

Soy una mujer cumpliendo una condena con otras mujeres que cumplen una condena en la prisión del condado de Caribou, en Idaho. Vestidas de anaranjado, dentro todas nos parecemos. Cualquiera puede caer en las grietas de la justicia. Nadie es inmune. Pero también sé —incluso si me encadenan alrededor de las muñecas, la cintura y los tobillos cuando me lleven a mi audiencia en la Corte mañana— que me dejarán libre cuando se defina una fecha en la Corte. Mi tiempo en prisión, y no por una noble causa, es un día, una noche y otro día. La mayoría de estas mujeres se quedarán semanas, meses, años, con la certeza de que una vez en el sistema, es difícil salir de él. Nada es justo, ni el nacimiento ni la suerte ni el destino.

Por la noche, cuando la mayoría de las mujeres duermen, escucho el llanto de una madre que dio a luz en prisión y a la que no le permitieron cargar a su bebé antes de llevárselo. Sostiene su propio dedo índice varias veces al día, imaginando cómo lo haría su bebé mientras lo alimenta.

"Está bien llorar", le susurra una mujer. "Me gustaría poder hacerlo."

Alas cortadas. Pájaros enjaulados. Aquí la única libertad es la de decir la verdad. Hay poco espacio para hacer juicios, esos ya fueron hechos. Son los juicios de afuera los que nos pusieron adentro. Y así compartimos nuestras historias, verdaderas o falsas. ¿A quién le importa?

Lo único que tenemos es tiempo.

Estamos condenadas a esperar. Cinco cuadrados de luz han aparecido en la pared blanca frente a la que estoy sentada. Ahora los cuadrados suben como una escalera hacia el techo. Me pregunto si así empiezan los sueños de fuga.

AFUERA

Brooke me está esperando afuera, lleva puesta una playera anaranjada en solidaridad. Me abraza. Me disuelvo. En el camino a casa pasamos por Freedom, Wyoming. Miro las hojas de otoño a

través de la ventana. "¿Por qué odio el color naranja cuando mis colores favoritos son el rojo y el amarillo?", me preguntó una de las mujeres adentro. No supe qué contestarle.

XLII

¿Es posible estar adentro y afuera al mismo tiempo?

Creo que ahí es donde yo vivo.

Creo que ahí es donde la mayoría de las mujeres vivimos.

Sé que ahí vivimos los escritores.

Adentro para escribir. Afuera para recolectar.

Quiero volver al libro de Ruth. Ruth la moabita, cuyo marido ha muerto, elige dejar atrás su lugar de origen para acompañar a su suegra viuda, Naomi, de Israel, de regreso a su hogar en Belén.

"A donde quiera que vayas, yo iré", dice Ruth. "Donde quiera que te albergues, me albergaré; tu

pueblo será mi pueblo y tu Dios, mi Dios. Donde mueras, moriré, y ahí seré enterrada..."

La voz y el juramento de Ruth encarnan al amor leal en acción, lo que la palabra hebrea *chesed* celebra como generosidad amorosa, una virtud central en la fe judía. Ahora en Israel, Ruth, como extranjera, le dice a Naomi: "Déjame ir a los campos y recoger los granos que queden detrás de cualquiera en cuya mirada encuentre apoyo".

Ruth se vuelve recolectora, encontrando en los surcos lo que queda de la cosecha de cebada para alimentar a las dos mujeres. El dueño de los campos, que se llama Boaz, es pariente de Naomi. Cuando nota la humilde belleza de Ruth, le pide a los segadores que dejen más grano suelto para ella. Después de un tiempo se conocen, luego se casan. Ruth da a luz a un bebé llamado Obed, del que las dos mujeres se vuelven madres. Obed se convierte en el abuelo del Rey David de Israel.

El libro de Ruth honra los vínculos de lealtad entre mujeres. Cuidarse unas a otras es cosechar amor. La empatía y el trabajo duro de Ruth da lugar a un auténtico poder. Una extraña que trata con compasión a su afligida suegra se convierte

en la ancestra del rey más benevolente de Israel, que a su vez es ancestro del Divino Niño y Salvador Jesucristo.

¿Qué recolectamos en las historias de otras mujeres?

¿Qué estoy recolectando en los surcos de los diarios de mi madre?

Yo busco los detalles que han sido dejados de lado, ignorados, descartados. Usaré todo lo que pueda de esta historia que ella me ha dado antes y después de su muerte para averiguar lo que está ahí y lo que no, para luego empezar a separar la paja del grano, saboreando lo esencial.

Mamá me dio mi voz ocultando la suya, tanto en vida como después de la muerte. Su creatividad gobernaba nuestro hogar. Hablaba a través de gestos, casi siempre callada y grácil. Una carta. Una comida. Una caminata juntas. Sus manos. Vivía en un plano privado, elegante.

Mimi me dio mi voz al proclamar la suya: directa, honesta y a veces sorprendentemente. Cuando Brooke y yo fuimos a decirle que nos íba-

mos a casar, exclamó "¡Qué maravilla! Y si no funciona, siempre podrán divorciarse".

Pero yo creo que mi propia voz sigue estando donde yo me haga presente y responda desde el corazón, momento a momento. Mi voz nace una y otra vez en los campos de la incertidumbre.

XLIII

El amor es donde encuentro y pierdo mi voz. Puedo tocar el lugar en mí donde desaparecí en las manos de un amante, enloquecida y tonta, impulsiva y desquiciada. Me convertí en un jabalí salvaje hurgando la tierra con el hocico para encontrar trufas.

Y hubo trufas, maravillosas y suculentas, pero ocasionales.

En el amor, la lengua escribe palabras húmedas en la piel en una caligrafía brillante en la que las letras desaparecen como tinta invisible, dejando sólo la sensación.

Las palabras más hermosas no pueden ser escritas, desafortunadamente. Afortunadamente. Tendríamos que ser capaces de escribir con los ojos, con

los ojos enloquecidos, con las lágrimas de nuestros ojos, con el frenesí de una mirada, con la piel de nuestras manos.

Y entonces...

En el amor, susurro.
En el amor, lloro.
En el amor, grito.
En el amor, respiro —respiramos juntos—.
Sujetamos el silencio, suspendidos.

Los días en que el amor fue para mí una cuestión de arte.

Pero enamorada también tengo desplantes, pronuncio lo impronunciable e intento asesinar con la boca. En esos momentos estoy más allá de la ira, en un acto de venganza destrozo a quien está frente a mí. El amor es una humillación. Tomo represalias. Si no puedes con la intimidad, entonces te haré correr por tu vida. Te deseo. Deseo que te largues. Deseo que te quedes. Deseo que estés muy lejos.

Así es como te deseo: más grande y más pequeño más fuerte y más débil más alto y temblando más, más agitado que yo más ardiente más pene-

trante más audaz más controlador más complaciente más asustado más angosto y más despiadado que tú y más que yo.

El deseo habla a través del cuerpo. Sus ojos fijos en los míos mientras hacíamos el amor de día y hasta la noche sin detenernos hasta la madrugada, cuando la humedad era alta y sólo se escuchaban nuestros gemidos sostenidos, convertidos en gritos, la piel deslizándose hacia delante y hacia atrás con el olor de la fricción dulce y la delicadeza elegante.

Es el "discurso amoroso". *Mi cuerpo pronuncia lo que escondo en el lenguaje.* La necesidad. La complicidad. Sólo nosotros. Los dos incalculables. Entender el amor como locura. ¿Qué se puede hacer? No hay nada que hacer. Jamás.

Todo lo que ella nunca hubiera dicho (precisamente por su preocupación por respetar los límites acordados y no ofender el buen gusto), lo dijo el amor —sin modestia, sin pausa, sin consideración, sin... El amor dijo: "....."

Y sin embargo permaneció en la entrada.
Porque en el amor todo no es amor.
Porque en el amor no todo es amor.

Para mi mentora en las palabras, Hélène Cixous, sus palabras son mis palabras son mi manera de confesar: "Gracias, sí, exactamente".

"Me corrompiste", dijo él.
"Nos corrompimos el uno al otro", dijo ella.

Nuestro drama es que vivimos en un estado de invasión mutua.

Pero yo soy sólo una mujer que piensa que su deber es no olvidar.

Vengo de una mujer.

Las mujeres nunca estaremos satisfechas.

¿Y yo? Yo bebo, yo ardo, yo recolecto sueños.
Y a veces, cuento una historia.

XLIV

Los diarios de mi madre son una historia de amor. De amor y de poder. Ella eligió qué entre-

gar y qué ocultar. El amor es poder. El poder no es amor. Ambos pueden ser brutales. Ambos bailan con el control. Ambos pueden ser embriagantes, dejándonos sin control. Pero al final es el amor, no el poder, lo que dura y nos muestra las consecuencias de nuestras decisiones. Mi madre me eligió como la destinataria de sus páginas, que estaban en blanco. Me dejó sus "cartografías del silencio". Nunca conoceré su historia. Nunca sabré qué estaba intentando decirme al no decirme nada.

Pero me lo puedo imaginar.

¿Y no es ésa la hermosa verdad del amor y del poder?

"La mayoría de mis heridas surgen del estereotipo." Éstas no son mis palabras. Plagio. No les diré quién las escribió. En vez de eso las reclamaré como mías porque las he habitado tan completamente que no pudieron ser escritas por nadie más que por mí.

Tomamos prestado. Robamos. Compramos lo que necesitamos y lo que no. Adquirimos cosas, personas, lugares, en el proceso de perdernos a nosotros mismos. Estar siempre ocupados es la religión de la distracción. No puedo hablar contigo porque tengo mucho que hacer.

No puedo hacer lo que quiero por estar haciendo lo que debo. ¿Debo alejarme para siempre de lo que es real y verdadero y duro?

Cuando se trata de las palabras, en lugar de usar nuestra voz, auténtica pero inexperta, nos robamos la de alguien más para protegernos del miedo. En el caso de mi madre, me dejó llenar los espacios en blanco. Ésa es mi herencia.

Soy mi madre, pero no lo soy.

Soy mi abuela, pero no lo soy.

Soy mi bisabuela, pero no lo soy.

Los patrones de comportamiento se alternan como luz y sombra. El dolor en el amor es un patrón que se repite hasta que lo reconocemos como destructivo. "*Nadie vive en este cuarto sin pasar por una especie de crisis. Nadie vive en este cuarto sin confrontar la blancura de la pared.*" Podemos cambiar, evolucionar y transformar lo que nos condiciona. Podemos elegir movernos como el agua en lugar de ser moldeadas como arcilla. La vida avanza en espiral hacia adentro y hacia fuera, todos los días. No tiene que ser de una sola manera, una verdad, una voz. Tampoco el amor tiene por qué ser todo o nada. Ni el poder. Lo positivo y lo negativo no son términos absolutos.

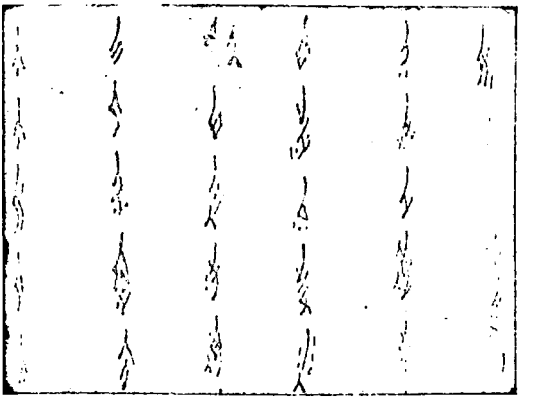
"Déjalo ir—", me decía Mamá siempre que le

preguntaba si debía conservar o deshacerme de algo. Su respuesta siempre era la misma.

Las páginas en blanco se convierten en posibilidades.

XLV

Ver la escritura Nushu es ver huellas de pájaros, cuervos que caminan decididamente por un estrecho sendero cubierto de nieve. Es una caligrafía linear y elegante, muy distinta a los caracteres cuadrados del chino tradicional. Ésta es la escritura secreta de las mujeres, que fue usada durante cientos de años en las aldeas rurales de Jiangyong, en la provincia china de Hunan.



Puede que la genealogía de esta antigua escritura sea anterior a las inscripciones en los huesos oraculares de la dinastía Shang, 1600–1100 a. C., identificada como perteneciente a una sociedad de mujeres que adoraba a los pájaros. El símbolo de la cabeza de un pájaro representa la cabeza de una mujer. Las mujeres y los pájaros eran intercambiables, inscripciones mutables inscritas sobre huesos y caparazones de tortugas, un arquetipo de la Diosa Tierra, que preside sobre la fertilidad, la continuidad y la sabiduría.

El Nushu echó raíces en el lenguaje de las mujeres iletradas, mujeres a las que no se les permitía asistir al colegio incluso hasta el siglo veinte. Esas escrituras susurrantes eran transmitidas de madre a hija y entre amigas cercanas, "hermanas por juramento", y cuidadosamente resguardadas entre los dobleces de abanicos de papel, bordadas en pañuelos o escritas discretamente dentro de los zapatos que sujetaban sus pies.

Una de las últimas practicantes de Nushu, Yang Huanyi, nació en 1909. Explicó cómo el Nushu era una manera en que las mujeres podían hablar entre ellas fuera del lenguaje de los hombres. En los pueblos, las mujeres hacían libros encuadernados a mano, escritos en Nushu,

que se pasaban unas a otras como regalos. Los temas eran principalmente autobiográficos. A veces, simples; otras veces, profundos. Cuando moría quien los había escrito, la mujer más cercana a ella los quemaba como una ofrenda para acompañarla en el más allá, una conjunción de palabra y espíritu.

> Junto a un pozo no se sufre sed; junto a una hermana, no se pierde la esperanza.

Libros especiales, conocidos como "sanzhaoshu" o "cuadernos del tercer día" también fueron escritos en Nushu por una madre para su hija en la ocasión de su boda. En ellos, las madres celebraban amorosamente la unión de la nueva pareja, lamentando al mismo tiempo separarse de sus hijas. Otras mujeres cercanas a la novia añadían su sabiduría a este recuerdo de bodas. Se reservaban algunas hojas en blanco para las reflexiones de la novia, en su propia caligrafía. El libro se convertía en un testimonio honrado y precioso para las mujeres de Jiangyong, en otro texto secreto escrito en código.

Los diarios de mi madre están escritos en código.

El Nushu fue redescubierto en 1981 por lingüistas extranjeros. Cathy Silber se pregunta, sobre las escrituras de mujeres en general: "¿Quién escribe, quién escribe qué, quién lee y a quién le importa?"

Los japoneses prohibieron el Nushu durante su reinado en China en los años cuarenta, por miedo a que pudiera ser utilizado como un lenguaje cifrado contra ellos. Los Guardias Rojos tuvieron preocupaciones similares durante la Revolución Cultural.

Quedan muy pocos textos escritos en Nushu, casi todos fueron quemados, extraviados o vendidos. Yang Huanyi murió el 20 de septiembre de 2004 y el contexto vivo de los 1,500 caracteres Nushu desapareció con ella.

Las mujeres siempre han escrito en código para protegerse. El Nushu era una "actividad propia de las mujeres", una escritura que se volvió amenazadora sólo cuando las cámaras interiores del pensamiento cruzaron hacia el ámbito de la acción. Hélène Cixous escribe: "Debemos aprender a hablar el lenguaje que hablamos las mujeres cuando nadie está ahí para corregirnos".

XLVI

1 de junio, 1975
Querida Terry:

Mañana será el primer día de tu vida con Brooke. Mantenla interesante y emocionante y vital. Una mujer realmente puede ser la fuerza electrizante en un matrimonio, pero toma mucho amor incondicional. No tengo dudas de que la intención de Dios es que una mujer tenga la cualidad de dar y dar y dar, y sólo cuando damos al hombre que amamos nos glorificamos de verdad.

Los hombres son muy vulnerables y dependen de una mujer para lograr mantener su "nido" en paz, hermoso y en armonía con la vida; lejos de la turbulencia del mundo.

Lanzo una oración porque tu relación con Brooke siempre sea un reto para ti. Recuerda que se complementan el uno al otro, no se consumen el uno al otro.

Gracias, Terry, por crear una atmósfera tan amorosa en nuestro hogar. Me siento bendecida por tener la oportunidad de ser tu madre. Ha sido una relación muy hermosa; primero como madre e hija, como amigas que se aman, y ahora como dos mujeres muy enamoradas de sus esposos. Le has dado a mi vida dimensiones más allá de las palabras. Mi deseo más profundo para ti es que tengas un hijo

o una hija propia y que experimentes por ti misma la dicha de compartirlo todo, como lo hemos hecho nosotras.

No siento realmente que te marches de este hogar, más bien agradezco el que otra persona hermosa llegue a él.

Por favor lleva contigo este regalo mañana al Templo, con la certeza de que al sostenerlo sostienes el amor de toda tu familia. Todos te amamos mucho.

Espero que este día sagrado les traiga bendiciones eternas a ti y a Brooke.

Mamá

Afuera del sobre, escribió: "Para mi hija especial, con mi amor".

Dentro de él había un pañuelo blanco bordado con encaje.

Los diarios de mi madre son una colección de pañuelos blancos.

Brooke y yo llevamos casi cuatro décadas casados. El matrimonio es uno de los paisajes más privados. También es el más demandante si ambas partes quieren mantener su individualidad y equilibrio. ¿Cómo contener, en un acuerdo doméstico, un respeto absoluto por lo que hay de salvaje en el otro?

"Mantenla interesante y emocionante y vital..." Mamá lanzó un reto sin instrucciones.

Al observar el matrimonio de mis padres, llegué a creer que su fuerza estaba en el tiempo que pasaban juntos: haciendo viajes cortos y largos, fines de semana fuera, las conversaciones que compartían al manejar largas horas camino al oeste. Tenían sus propias vidas más allá de lo que sucedía con los niños. Lo sabíamos.

En mi matrimonio con Brooke, creo que la fuerza está en el tiempo que pasamos separados.

Rilke nos dio un mapa: "El amor consiste en esto, que dos soledades se protejan, se toquen y se acojan una a la otra". Yo necesito mi soledad. Brooke necesita su libertad. Cuando nos reunimos, estamos completos.

Pero a veces las distancias se vuelven demasiado grandes y las palabras no nos ayudan a articular nuestras almas cuando queremos compartir dónde hemos estado y en quiénes nos hemos convertido.

Nunca me he sentido tan sola como en mi matrimonio. Tampoco he sido nunca tan considerada ni tan protegida. El amor no tiene nada que ver. El matrimonio es más piedra arenisca que granito, similar al terreno de Utah: la geografía de las

montañas, los cañones y las mesetas. La erosión crea las ventanas y puentes de roca roja. La belleza se transforma con el tiempo y el proceso no está libre de destrucción.

El paisaje es dinámico. También el matrimonio. Brooke y yo hemos cambiado y hemos cambiado al otro. Lo que se ha deslavado y erosionado es tan importante como lo que queda.

Lo que queda para Brooke y para mí es la conversación, nuestro amor compartido por las ideas. Nunca hemos dejado de amar todo lo salvaje y lo rebelde, incluyéndonos a nosotros. Nos criamos el uno al otro, crecimos juntos. Como pareja, nos hemos dado a luz el uno al otro, tanto como amantes como refugiados en una cultura ajena a nuestra propia naturaleza. La furia feral de nuestros veintes es un fuego muy distinto en nuestros cincuentas. Más profundo, más completo, el fuego ahora es tan intenso y sorpresivo como antes por los espacios que honramos entre nosotros y que cuentan una historia. Brooke sigue siendo un misterio.

Big Sur es un lugar al que regresamos para renovarnos, un borde irregular de cóndores, oleaje intenso y aguas termales. Un día en particular estaba lloviendo. Nos hospedábamos en la pe-

queña cabaña de unos amigos. Prendimos velas, hicimos té y leímos: un día soñado, cálido y en calma. Pero después de la cena nos inquietamos. Brooke sugirió un proyecto artístico.

"Vamos a recortar revistas."

Solté una carcajada.

"No, en serio", me dijo. "Podemos hacer un collage de quiénes somos en este momento del tiempo."

Yo me mantuve escéptica, lo cual lo divirtió.

"No lo pienses demasiado", me dijo. "Sólo corta y pega." Desarmó una caja de cartón que teníamos en el coche para transportar comida. La cortó en dos. "Toma."

Teníamos suficiente material: entre los dos, habíamos traído revistas para ponernos al corriente en su lectura. Y así desplegamos nuestro propio territorio en el piso y empezamos a cortar ejemplares de *Oprah, Orion, Vanity Fair, People* y ejemplares atrasados de *The New Yorker.* Había un par de copias de *National Geographic* en la cabaña, y nos tomamos la libertad de usarlas también.

Brooke sirvió copas de vino para ambos. Yo reemplacé las velas que llevaban todo el día prendidas por otras nuevas. Entre sombras oscilantes y el sonido de la lluvia, pusimos manos a la obra.

Durante las dos horas que pasamos haciendo nuestras narrativas visuales yo miraba de vez en cuando a Brooke, intenso en su creación, y él sentía mi mirada mientras pensaba en alguna frase en particular, aunque ninguno de los dos hablara. Y luego terminamos.

Ambos visitamos el collage del otro, una estratigrafía del ser a través de imágenes y palabras. Cada uno le contó su historia al otro. Yo no tenía idea dónde había estado habitando Brooke, internamente, pero la figura pintada en lodo con las manos llenas de fuego y los pies hechos de raíces me dijeron todo lo que necesitaba saber. Me gustó especialmente la cabeza del cuervo.

Jade Cove. Sand Dollar Beach. Big Sur. Han pasado seis meses desde los incendios. La naturaleza tiene una voz que a menudo es brutal y desprovista de causa. Las olas se rompen y la espuma de mar se junta alrededor de mis tobillos. Aquí, al borde del país, hay una continuidad que me interesa.

Ola tras ola revienta en las translúcidas aguas turquesa, trayendo arena desde Asia.

Este. Oeste.

Brooke está caminando en la playa con su suéter sobre el hombro, acercándose a mí. Si yo fuera la encargada de escribir la historia de nuestro matrimonio, la escribiría en esta arena donde nada permanece, así como escribo con agua sobre papel, mi libro de las olas.

Como la marea —ésa es la naturaleza de nuestra alianza— marea alta, marea baja, subidas y bajadas, siempre unidos a la Luna. Aquí. Ahora. Justo esta mañana despertamos bajo su luz amarilla-anaranjada, flotando sobre el horizonte como una cuna, como un bote.

Nos levantamos y salimos de la cabaña enclavada en medio de los acantilados y vimos la Luna desaparecer al amanecer.

La mano es una ola sobre el cuerpo. Se llama caricia.

Hacer el amor es hacer olas —una tras otra— que nos carguen más y más profundamente en el flujo del olvido y el recuerdo, replegándose y regresando a las razones de nuestra vida.

> Aquel que sabe que su cuerpo es la espuma de una ola... sigue el camino que ésta marca.
>
> — El Dhammapada

Mi camino es la encarnación de las olas.

Mi matrimonio es la piedra que cargo en el bolsillo como un secreto, una fuente de equilibrio, un misterio al que le doy vueltas en mi mano.

Si mi matrimonio es un secreto, entonces es lo suficientemente grande para contener secretos que he aprendido a no revelar. Ésa es la naturaleza de la intimidad, la discreción.

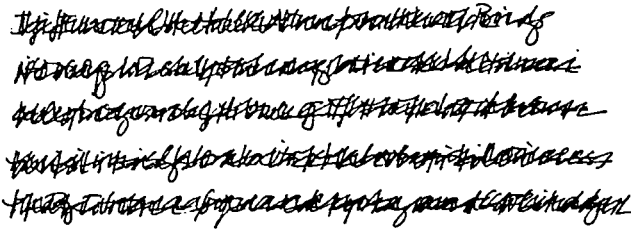
Más tarde, Brooke y yo discutimos sobre si los pájaros de patas largas que descansan en las rocas son garzas blancas o garzas ganaderas. Brooke dice que son ganaderas. Yo digo blancas. Sé que tengo razón. Él piensa que tiene razón. Vamos a consultar la *Guía de campo de las aves occidentales* de Peterson cuando regresemos a la cabaña. Ése es, después de todo, el libro que unió nuestros caminos.

XLVII

Cuando quiero asomarme a lo más profundo de mi alma, escribo una oración a mano y luego otra encima de ésa y luego otra. Un párrafo entero habita en un solo renglón, y nadie más puede leerlo. Ése es el punto. A veces, en un café, puedo lle-

nar un mantel de papel por ambos lados. En un avión, la bolsa de mareo es mi lienzo. Cualquier cosa sirve: el reverso de tarjetas de presentación, recibos, servilletas, cualquier pedazo de papel. Una amiga dice que es mi enfermedad. Yo lo llamo mi confesionario.

Se ve así:



A este tipo de escritura le llamo *repetaciones*. No soy la única. Robert Walser, el modernista alemán de principios del siglo XX, escribía en "microgramas". Era una "microscópica caligrafía a lápiz" de entre uno y dos milímetros de alto, casi imposible de descifrar. Un bloque de texto de Walser de cinco centímetros de alto y siete de largo contenía 113 palabras. A través de los minúsculos movimientos de su lápiz, se sentía liberado de la elegancia y la elocuencia de su anterior pluma.

Susan Bernofsky llamó a su caligrafía "obsesivas hileras reptando página tras página como

columnas de hormigas... a lo más que se parecen es a la imagen borrosa o distante de las columnas de texto recién impresas, monótonamente, en la página del periódico".

La escritura de Walser ha sido llamada "una estética del desconcierto". Su intención no era guardar secretos, sino representar una caligrafía *Kurrent* diminuta, de raíces medievales, de moda en los países germano parlantes en su época.

Considerado esquizofrénico, Robert Walser fue admitido en el Sanatorio Waldau en 1929. Su escritura fue usada como un síntoma para diagnosticarlo, uno de los muchos que lo mantuvieron internado hasta su muerte. Me pregunto si su micrografía era más que una manifestación física de su enfermedad, una decisión estética que le permitía experimentar, otra de las maneras que tenía para leer no sólo su mente, sino su alma.

"Que mis palabras sean sumergidas una tras una en un baño de deliberación hasta que del lenguaje que fluye de mi pluma mane una aterciopelada y negra profundidad. Ni una sílaba será un fib..."

Un micrograma llevaba el título "Una voluntad para sacudir a ese individuo refinado". Adoptar una escritura personalizada, incluso una se-

creta, nos libera de la necesidad de un contenido perfecto. Nos libera de nuestra moral pública. Podemos trazar un camino honesto de búsqueda con nuestra pluma o, en el caso de Walser, su lápiz.

"El método del lápiz", escribió, "significa mucho para mí. Quien escribe estas líneas odió su pluma horriblemente, aterradoramente, durante algún tiempo, no puedo describir cuán harto de ella estaba; se convertía en un completo idiota en el momento en que empezaba a usarla; y para liberarse de su enfermedad de pluma empezó a dibujar con lápiz, a hacer garabatos, a juguetear. Con la ayuda de mi lápiz me parecía más fácil jugar, escribir..."

Mi propia mano, con la pluma en su lugar, se abre camino a través de mi psique, atravesando el espeso sotobosque de pensamientos azarosos. A medida que mi pluma negra vuelve sobre sí misma, destruyendo lo que había creado, escondiendo lo que acababa de ser escrito a medida que otra oración se impone a las palabras recién expuestas, me siento liberada. Mis *repetaciones* me dicen la verdad en cuanto son trazadas. Y luego, en el proceso del lenguaje en capas, un sendero se abre. Veo hacia dónde tengo que dirigirme. Una vez

que son escritos, estos párrafos efímeros que ni yo misma puedo descifrar se convierten en glifos reimaginados. Su significado reside en un proceso de ofuscación. Hay un arte en la escritura, y no siempre es el de la revelación. El acto en sí puede ser hermoso, revelador y privado.

"Una voluntad para sacudir a ese individuo refinado, para hacerlo temblar como si fuera un árbol ralo con unas pocas hojas tambaleantes, parece estar agitándose en mí."

Es precisamente esta inestabilidad lo que me puso en el rumbo de la caligrafía críptica. A menudo desgarro mis *repetaciones,* creando tiras de papel para esparcir en el jardín. Si tan sólo mi madre hubiera sabido que yo era su hermana en vez de su hija.

XLVIII

La puerta estaba abierta. Dejé que mis ojos se ajustaran. Dentro, la Virgen estaba recibiendo las noticias de su milagrosa concepción. Su mano protegía su corazón. El arcángel Gabriel se hincó frente a ella para ofrecerle un lirio. Un ramo de rosas del jardín adornaba el altar. Estuve sentada

en una banca de madera un largo rato. No había nadie presente, sólo aquellos pintados por Ghirlandaio en esta pequeña iglesia italiana camino a Donnini, donde dicen que estuvo Dante.

Me hinqué en el confesionario. No había nadie detrás de la cortina de terciopelo rojo ni entre las paredes perforadas, pero quería sentir la postura. Algo nuevo. Mi cuerpo se acomodó sobre mis rodillas. Recargué la mejilla contra el lugar donde hubiera estado la oreja del sacerdote.

"¿Por qué habría de hablar con usted?", susurré.

No era mi intención decir eso. Dejar una ortodoxia significa dejar todas las ortodoxias. Me puse de pie lentamente, desacostumbrada a estar de rodillas en una superficie tan dura, y caminé hasta el altar, donde María miraba fijamente al ángel. Prendí un cirio alto y delgado y lo puse en un clip de metal en forma de concha. La Virgen brillaba. El patrón dorado de su túnica estaba pensado para iluminar la luz, no para impresionar. La iglesia se oscureció a medida que la flama tomaba fuerza. Me quedé mirándola. Cerré los ojos pero ella permaneció, quieta y numinosa, mientras yo recordaba el verso de un poeta después de un gesto así: "Ahora has visto la eternidad".

XLIX

Se sintió como una anunciación. No fue una decisión. Llamémosla una iniciación a aquello que yo más temía: una pérdida del ser propio a través del amor —ingenua, voluntaria, obsesivamente—. Ha sido mi aniquilación espiritual a través del destino. Y ha sido física.

A los cincuenta le dije que sí, junto con mi esposo Brooke, a Louis Gakumba. Creamos un hogar y una familia para él en Estados Unidos mientras cursaba la universidad. Él tenía 24 años, era hijo de un príncipe congolés. Había sido mi traductor en Ruanda. Algunas cosas no pueden ser traducidas.

Todo en mi relación con Louis me ha sorprendido.

Esto es lo que puedo decir al respecto:

Roland Barthes dice, "Aquello que no puede ser nombrado es una perturbación".

"No es posible satisfacer a las mujeres", dijo una amiga. "Nos perturbamos si tenemos hijos demasiado jóvenes. También si los tenemos demasiado tarde. O si no los tenemos."

Yo no soy la madre de Louis, pero me he convertido en una madre, lo cual es un acuerdo tácito a ser vulnerable para siempre. Sin querer, mis ojos miran el reloj día y noche cuando me pregunto dónde está, si está seguro, en la carretera o en casa, si comió bien, si está sano, si necesita algo de mí. Sin importar la edad a la que se establecen nuestros vínculos, convencionales o poco ortodoxos, sufrimos y aprendemos por medio del corazón.

Hay una frase común en Ruanda: "Tiene un buen corazón". ¿Cómo se sabe? Conocemos la calidad del corazón ajeno a través de la voz. No su sonido, aunque eso da una pista. No a través de las palabras, aunque éstas presentan una idea. A menudo siento el tenor del corazón de otra persona a través del tono y la sensación que entran a mi cuerpo cuando hablan.

"Una vez que sabes que tienes una voz", dijo Louis, "la voz ya no importa tanto como lo que hay detrás de ella".

Louis ha mejorado la calidad de mi escucha.

En Ruanda, dicen que el silencio de una persona puede escucharse como el rugido de un león.

L

Estábamos en México. Brooke estaba adentro de la casita, leyendo. Yo estaba flotando de espaldas en la misma alberca en la que se bañaban los zanates. Miraba las nubes. Louis me observaba. Se sumergió en el agua fría. Quería aprender a flotar.

"Un acto de fe", dije. Y seguí flotando bocarriba con los brazos extendidos en cruz, boyante en el agua. Me puse de pie y el agua bajó por mi cintura. "Lo único que tienes que hacer es relajarte, echar el cuerpo hacia atrás y ver el cielo." Así lo hizo y puse las manos bajo su espalda, sosteniendo su columna, para que flotara. Por un bendito momento, lo hizo. Luego su cuerpo se puso tenso. Tragó algo de agua, tosió, se sacudió y colapsó hasta ponerse de pie de nuevo. Temblando

incontrolablemente, salió de la alberca y se metió a la casa.

Louis dijo "No hablemos de eso".

Yo dije "Estás tratando de silenciarme".

Él dijo "Te he dicho demasiado. Es mejor guardar silencio. Me estoy forzando a mí mismo a volver a ser la persona que era".

"Eso es imposible". Hice una pausa. "Las palabras tienen su manera de..." y luego me detuve.

"¿Su manera de qué?", preguntó.

Y yo desaparecí, mirando las sombras de las palmeras balancearse, temblando sobre el estuco blanco de la villa en la que estábamos.

"Tu voz es lo más salvaje que tienes", me dice Brooke. "Y estás renunciando a ella. No puedes verlo. Tu obsesión te ciega." Está enojado. Está hablando en taquigrafía. "Te estás perdiendo a ti misma."

Pasa de la medianoche. Louis y yo hemos estado platicando en la terraza. En el camino de vuelta a Brooke y a nuestra casita, veo un rayo de luz en la playa. Es la linterna de Brooke. Está de rodillas, haciendo una escultura con el plástico que ha estado recolectando en la playa. Es una suerte de castillo de arena, más Gaudí que Disney,

con una sandalia rosa como puente levadizo y un brazo de muñeca como torre. Tapas de botellas de colores dibujan un mosaico en las paredes de arena. Cepillos de dientes son astas de banderas. Ya dijo todo lo que iba a decir.

La marea sube y las olas inundan el castillo y se alejan tan rápido como llegaron. Brooke no se inmuta. Sigue construyendo.

Yo estoy parada en la arena, con la espuma en los tobillos. He estado aquí antes. Donde no he estado es en mis experiencias con Louis, sintiéndome responsable por una vida que sin embargo ya está poderosamente formada. Me concentro completamente en lo que llama mi atención. Louis llama mi atención. Me envuelvo con mis propios brazos, temblando.

"Gracias", digo.

Brooke me mira. Es cierto que me he quedado ciega. Él apaga su lámpara. Me arrodillo en la arena junto a él y empezamos a reparar las partes erosionadas del castillo.

Es el solsticio de invierno. También hay eclipse de luna. Brooke y yo estamos parados con Louis al borde de la jungla, que está rebosante de insectos, y somos testigos de cómo el sol devora a

la luna. Con el tiempo, la luna se convierte en un durazno demasiado maduro suspendido en el cielo. La sombra se aleja tan rápidamente como llegó, y vemos cómo la luna reclama su completa iluminación.

Si aplaudes frente al Templo del Sol en Chichén Itzá, te responde la voz de un quetzal. Es más que un eco. Los mayas construyeron una arquitectura de la creencia. La presencia del quetzal, pájaro sagrado de los dioses, ha sido constante. Él sabe retener su voz hasta ser convocado.

Destruye tus oraciones perdidas. Hacer cualquier otra cosa no es seguro.

Le dije a mi esposo que la vida es un acto de fe. Él dijo que no, es una decisión.

Los diarios de mi madre son un acto de fe y una decisión.

LI

"¿Cómo está tu sombra, tu honorable sombra?" Éste era un saludo común entre amigos en Japón,

un reconocimiento de que lo que rechazamos es tan importante como lo que aceptamos.

Camino con mi sombra detrás de mí, a veces delante de mí y a menudo a mi lado. Es mi compañera caprichosa: visible, luego oculta, amorfa. Una sombra no se crea en la oscuridad. Nace de la luz. Podemos ser ciegos ante ella o cegarnos por ella. Nuestra sombra nos pide ver lo que no queremos ver. Si nos negamos a enfrentarla, se proyectará en alguien más. De modo que no tenemos otra opción que involucrarnos.

Los diarios de mi madre son una pantalla de proyección.
Los diarios de mi madre son una luz cegadora.
Los diarios de mi madre son una verdad deslumbrante.
Los diarios de mi madre están blanqueados.
Los diarios de mi madre están desinfectados.
Los diarios de mi madre están limpios.
Los diarios de mi madre son sábanas limpias.
Los diarios de mi madre son banderas blancas de rendición.
Los diarios de mi madre ven fantasmas.
Los diarios de mi madre escuchan voces.
Los diarios de mi madre huelen el deseo.
Los diarios de mi madre tocan la eternidad.
Los diarios de mi madre son una dádiva.
Los diarios de mi madre son una crueldad.

Los diarios de mi madre son una cortada de papel.
Los diarios de mi madre son sal.
Los diarios de mi madre están hechos de gaza para envolver una herida.
Los diarios de mi madre son una tela de cáñamo.
Los diarios de mi madre son un escenario.
Los diarios de mi madre son escenas pintadas en blanco.
Los diarios de mi madre son programas jamás impresos.
Los diarios de mi madre son reseñas nunca escritas.
Los diarios de mi madre son el bloqueo de una escritora.
Los diarios de mi madre son la grandilocuencia de una escritora.
Los diarios de mi madre son sus vanidades reveladas.
Los diarios de mi madre son sus cabellos teñidos, ahora dejados en blanco.
Los diarios de mi madre son las espirales de crema de noche que se untaba en las mejillas.
Los diarios de mi madre son sus dientes, coronas dentales.
Los diarios de mi madre son resguardo con protección solar.
Los diarios de mi madre son perfume de gardenias.
Los diarios de mi madre son palabras flotando sobre la página.
Los diarios de mi madre son nubes.
Los diarios de mi madre son huesos.
Los diarios de mi madre han sido robados.

Los diarios de mi madre son los Mármoles de Elgin.
Los diarios de mi madre son el David *de Miguel Ángel.*
Los diarios de mi madre son la rosa de Gertrude Stein.
Los diarios de mi madre son los partidos de tenis que ganó.
Los diarios de mi madre son la bola blanca en un juego de billar.
Los diarios de mi madre son un mantel blanco que no ha sido colocado.
Los diarios de mi madre son camisas blancas que nadie ha estrenado.
Los diarios de mi madre son pañales lavados y doblados.
Los diarios de mi madre son playeras lavadas y planchadas.
Los diarios de mi madre son cartas nunca escritas.
Los diarios de mi madre son sus "Tesoros de verdad".
Los diarios de mi madre son su álbum de lágrimas.
Los diarios de mi madre son hielo, hielo seco.
Los diarios de mi madre son una estafa.
Los diarios de mi madre son una provocación.
Los diarios de mi madre son un rompecabezas.
Los diarios de mi madre no me dicen nada.
Los diarios de mi madre me lo dicen todo.
Los diarios de mi madre son un llamado a la puerta: tattarrattat.
Los diarios de mi madre son un palíndromo para ser leído en cualquier dirección.

Al derecho y al revés: tengo una amiga que alguna vez fue mi hermana. Ahora casi no hablamos, pero aparece a menudo en mis sueños. Pienso en ella. El otro día encontré una carta hermosa que ella escribió. La extraño. Muchísimo. Nos separó una muerte; nuestra relación fue su víctima. Profundamente adoloridas, nos asesinamos una a la otra a golpe de juicios de modo que no quedara recuerdo alguno de cercanía y ahora estoy en duelo por otra muerte, por la muerte de una amistad, por otra pérdida, otra herida, no hablada.

El pecado que las mujeres cometemos unas contra otras es la falta de apoyo. Nos duele. Nos lastimamos unas a otras. Nos escondemos. Nos proyectamos. Nos volvemos mudas o engañosas, y supuramos como agua hirviendo hasta que un día explotamos como un géiser. ¿Olvidamos que nos deshilachamos en el dolor profundo? Hay mucho que puede interponerse entre nosotras, especialmente en el silencio. El malentendido más simple, con el tiempo, se convierte en motivo de envidia. Me he dado cuenta de que lo que más necesito para curar un vínculo roto es compartir el tiempo: aquello que más evito es lo que más deseo.

Las emociones no expresadas serán expresadas en otro sitio, de algún modo, dentro o fuera, de la manera más cruel. Como la agresión inconsciente que se ejerce con una sonrisa o como una taza de té envenenada.

"No es el pecado el que carga la sombra, sino la intención... la intención o el impulso o el motivo detrás de lo que hacemos", escribe Esther Harding en su ensayo "La sombra", publicado en 1941.

Yo cometí el pecado de la adopción. He adoptado un conjunto diferente de creencias a aquellas bajo las que fui criada a obedecer. Pero esta definición de pecado, con el tiempo, se ha vuelto mi alegría. Es cierto que tengo otros dioses frente a mí, muchos, y ninguno de ellos es un viejo señor blanco sentado en un trono brillante en el cielo. El antílope americano tiene autoridad para mí, como un sacerdote. El zorzal ermitaño canta con la voz de un ángel.

He cometido varias traiciones, accidentales e intencionales, pecados de omisión y de comisión. Mi pluma puede herir. Mis palabras pueden quemar. Sé cómo desaparecer. Pero la redención siempre es posible. Rezo. Me arrepiento. Perdono. Soy perdonada. Llevo un diario para conversar

con mi sombra. Y creo en el poder de hacer milagros que tiene una comunidad amorosa.

¿Cuál fue el pecado de mi madre? (La verdad es que odio esa palabra. ¿Es la Sombra la que habla?)

El pecado de mi madre fue su secreto. Quizá tenía muchos, tres repisas llenas. Sus secretos están bien guardados a través de sus diarios rúnicos vacíos de palabras.

Los mayas se aseguraron de que pudieras pararte en medio de una cancha de juego de pelota y decir tu secreto de modo que el único que lo escuchara fuera a quien estaba dirigido. Esto era una construcción de la verdad, no una corrupción del sonido.

No todo debe ser escuchado por todos.

¿Quién puede juzgar la intención del otro?

¿Cuál era la intención de los diarios de mi madre?

Los diarios de mi madre me piden que le dé vuelta a la página.

Recuerdo de nuevo a las madres que conocí en prisión, que tarareaban en silencio la letra de

canciones de cuna cada noche antes de acostarse, aferrándose a sus propios dedos para imaginarse a sus bebés, los bebés a los que parieron pero que nunca pudieron abrazar, ahora adoptados.

Los diarios de mi madre han sido adoptados por mí.

No se necesita escribir para tener una voz. Una madre le habla a sus hijos a través de las generaciones.

LII

La luz y la sombra son los niños que nos ponen de rodillas. De cualquier modo, las oraciones pueden ser cortas. Hay veces que lo que se pide es una canción. Nos levantamos. Con los dedos apretados y las manos entrelazadas, intentamos alcanzar las notas más altas de la soprano. El tono que logramos puede romper los vidrios. A menudo conmovedora y más a menudo absurda, esto no es teatro, sino ópera.

Los diarios de mi madre son una ópera.

La edad me ha dado arias. La ópera es perspectiva, puntos de vista que cantan. Me divierte. La ópera llevada al absurdo es excesiva, caótica con clichés dorados, donde nada está fuera de los límites. No hay gesto demasiado grandioso ni circunstancia demasiado pequeña que no pueda ser cantada. La histeria está en el rango humano de respuestas apropiadas. Me divierte la ópera porque mi vida parece tranquila en comparación. Y la ópera se trata de comparar.

Los personajes que habitan la ópera tienen amores prohibidos, asesinan a los buenos y perdonan a quien les han hecho daño. Transgreden. Trasmiten sus razones a través de la trama y de la actuación. Y nosotros quedamos atrapados en la intricada red de una historia tejida a través de la magia de la música casada con un libreto.

Y cuando la ópera logra atender su más alto llamado, que es conmovernos, no conozco otra disciplina artística que pueda arrebatarme el corazón con tanta fuerza. Una noche de invierno en Hanover, New Hampshire, me senté rodeada de extraños en un auditorio a ver *Der Rosekavalier*, la ópera cómica de Richard Strauss. Me solté en llanto mientras la bella y avejentada *Maschal-*

lin cavilaba en torno al paso del tiempo con su joven amante, Octavian. Y no fui la única. Pañuelos desechables pasaban discretamente de mano en mano.

"La ópera tiene el poder de advertirte que has malgastado tu vida", escribe Wayne Koestenbaum. "No has actuado según tus deseos. Has sufrido una existencia ajena, atrofiada. Has silenciado tus pasiones. En la ópera, el volumen, altura, profundidad, exuberancia y exceso de la enunciación revelan, en contraste, lo insignificantes que tus gestos han sido hasta ahora, cuán empobrecido está tu físico; sólo has usado una fracción de tu dotación corporal y tu garganta está cerrada."

¿En qué otro dominio de las artes se podría autentificar y dominar una palabra como *falsetto*? "El lugar donde la voz sale mal... un placer útil con una mala reputación... la ilusión de la verdad", dice Koestenbaum. Lo admira como un "baile de máscaras vocal".

Los diarios de mi madre son un falsetto, *un baile de máscaras vocal.*

La ópera es un artificio.

Los diarios de mi madre son un artificio.

La ópera exige que prestemos atención al espectáculo frente a nosotros, "un gran escenario de irreconciliables: música y texto, elegancia y vulgaridad, lo etéreo y lo carnal, lo aural y lo visible, lo que está de moda y lo anticuado, lo vivo y lo muerto", dice Tony Kushner. "La ópera tendría que haber desaparecido..."

Pero no lo ha hecho.

Mi padre me acompañó a Zurich, donde vimos *Die Frau ohne Schatten,* de Richard Strauss, conocida como "el monte Everest de las óperas". Me dijo, "Puedo soportar cualquier cosa que dure cuatro horas siempre y cuando haya intermedio". Hubo dos intermedios entre los tres actos.

La mujer sin sombra es un cuento de hadas, un arquetipo que canta, escrito por el poeta Hugo von Hofmannsthal. Considerémoslo variaciones de la voz de una mujer.

La historia es la siguiente. Hay dos mujeres: una sin sombra, que vive en el reino de los espíritus, y una con sombra, que vive en el reino de los humanos. La primera es una emperatriz casa-

da con un emperador, la otra está casada con un hombre que se dedica a teñir telas.

La emperatriz no tiene hijos y no tiene sombra. Si no puede encontrar una sombra en tres días, su esposo será convertido en piedra. Ésa es la maldición que le impone Halcón Rojo —el mismo que la atacó mientras ella era una gacela (ella tenía el don de cambiar de forma en el bosque)— mientras el emperador está de caza. Cautivado por su belleza y con miedo a perderla, el emperador mantiene a la emperatriz encerrada en una jaula.

La emperatriz es atendida por una enfermera y juntas descienden a la Tierra a buscarle una sombra. Disfrazadas de humildes sirvientas, visitan a la esposa del tintorero, quien está infeliz en su matrimonio, aburrida e insatisfecha con sus insinuaciones sexuales, que nunca son por placer sino por la esperanza de dejarla embarazada. La enfermera le propone un trato a la esposa del tintorero: si renuncia a su maternidad futura y entrega su sombra, le será dada una vida de riqueza y aventuras eróticas.

El segundo día, la enfermera vuelve a aparecerse frente a la esposa del tintorero con la emperatriz como testigo. A cambio de su sombra, le

presenta visiones de riqueza y de un amante espectral. La esposa del tintorero abraza a la lujuriosa aparición, creyendo que en eso está su camino hacia la prosperidad y la felicidad. Está cansada de su esposo aburrido y de su opaca existencia.

Mientras tanto, el emperador sigue al halcón hasta el bosque, que lo lleva hasta el pabellón donde están su esposa y la enfermera. Las espía. El emperador puede percibir el aroma de seres humanos en su esposa. La mezcla de dioses y seres humanos está prohibida. Se llena de ira y quiere asesinarla, pero no se atreve a lastimar a la mujer que ama.

De vuelta en la Tierra, la enfermera le da al tintorero una poción somnífera. Mientras él duerme, ella hace un último esfuerzo por convencer a la esposa del tintorero para que ceda su sombra a cambio de una vida de placer. El tiempo se le está acabando a la emperatriz.

Conflictuada, la esposa del tintorero rechaza la oferta. Llena de culpa por sus fantasías, despierta a su esposo para confesarle que estuvo a punto de intercambiarlo por una vida llena de riqueza y lujuria. Conmovido por las palabras de su esposa, el tintorero intenta hacerle el amor, pe-

ro la repulsión de su esposa vuelve cuando se da cuenta de que él la desea sólo por su capacidad de engendrar hijos.

Esa noche en el pabellón del bosque, a la emperatriz la tortura la culpa de haber forzado al buen tintorero y a su esposa hasta este punto de confusión y desprecio. Ser testigo de sus conflictos ha hecho que le tome cierto cariño a la pareja humana. No puede quitarle su sombra a aquella mujer. Acepta que su esposo, el emperador, se convertirá en sombra.

Al tercer día, la esposa del tintorero le miente a su esposo diciéndole que le ha sido infiel. Renuncia a la posibilidad de futuros hijos, lo que sabe que él más desea, y le dice que ha vendido su sombra a cambio de placer.

La enfermera ha triunfado. La emperatriz tendrá su sombra y el emperador se salvará. Pero la emperatriz es testigo del drama y sufrimiento de la pareja. El tintorero, que ha llegado a su límite, entra en un ataque de ira e intenta asesinar a su esposa. La emperatriz interfiere, desesperada por salvarlos uno del otro, con el corazón dolido por el conflicto que ha provocado. No quiere tener una sombra manchada de sangre. A la esposa del tintorero, que nunca había visto a su

esposo tan apasionado por nada, se le ablanda el corazón. Le dice que le ha mentido, que sólo quería ver si ella le importaba. No le ha sido infiel ni ha vendido su sombra. Cuando la pareja está a punto de abrazarse, el reino de los espíritus y el reino de los humanos colisionan. La casa del tintorero explota y es tragada por la Tierra.

En la escena final de la ópera, el tintorero y su esposa caminan sin rumbo por el reino de los espíritus, sin poder encontrarse. Están perdidos, llenos de amor y arrepentimiento. La emperatriz y la enfermera llegan a la entrada del templo, torturadas de culpa y terror. Se quedan de pie frente a la confluencia del Agua de la Vida y el Umbral de la Muerte. La enfermera teme que el padre de la emperatriz, el rey, desate su ira sobre ella por exponer a su hija al mundo humano. Al mismo tiempo, la emperatriz siente la inminencia de la maldición que está a punto de convertir al emperador en piedra. Su deseo de tener una sombra ha puesto en peligro el destino de la pareja humana y de su esposo. Corta sus lazos con la enfermera y se compromete a una vida humana. Ha sido transformada por el sufrimiento de la pareja y está dispuesta a intercambiar su vida por la de ellos, que es significativa y verdadera. En la Tie-

rra fue testigo de cómo, con todo y dolor, la libertad de amar y vivir existe. En el reino de los espíritus estaba aprisionada por el emperador, que la consideraba una posesión. Su vida extravagante no le ofrecía libertad alguna.

Justo en el momento en el que Halcón Rojo exilia a la enfermera al inframundo por su hipocresía y falsedad, uno de los espíritus mensajeros invita a la emperatriz a beber del Agua de la Vida. Cuando lo hace, le dicen que la sombra de la esposa del tintorero será suya y que el emperador no será convertido en piedra.

El espíritu mensajero le entrega un cáliz de oro lleno de aguas alquímicas y le pide que beba. Mientras lo hace, de fondo escucha el llanto de aflicción de la pareja perdida, buscándose el uno al otro. En un momento de angustia y claridad, la emperatriz grita: "¡No lo haré!"

La fuente desaparece y una sombra se dibuja de inmediato detrás de ella.

El halcón aparece y la maldición se levanta. El emperador es liberado de su atadura de piedra. Experimenta la fuerza de su esposa y por primera vez la ve como un individuo independiente de él. Ha pasado todas las pruebas. Al seguir el dictado de su propio corazón y proclamar el poder

de su voz, la emperatriz encuentra su sombra y libera a su esposo.

El generoso acto de resistencia de la emperatriz, su negación a beber del agua contaminada por la sangre del dolor y la corrupción, la ha transformado en un auténtico ser humano. La valentía es el origen de su sombra. A través de ella ha encontrado su voz, con la que hace un llamado a la integridad. El tintorero y su esposa se reúnen. Las voces de sus hijos no nacidos se regocijan. La armonía es restaurada.

La emperatriz, el emperador, el tintorero y su esposa celebran la convergencia de la luz y la oscuridad. Se proclama la paz. El júbilo abunda. Sus sombras, juntas, crean el Puente de la Unidad.

Mi padre estaba cautivado. Ambos lo estábamos. Por más de tres horas habitamos este cuento de hadas. Me vi a mí misma en cada uno de los personajes: el controlador y el controlado; el privilegiado y el oprimido; la mujer sin sombra y la mujer que no honraba la sombra que tenía. Los mitos tienen una manera de traer a la superficie aquello que está en el inconsciente y de ponerle un rostro a lo que no podemos ver.

Algo empezó a resolverse dentro de mí.

Cada vez que Halcón Rojo aparecía, la agitación de sus alas era expresada a través de la flauta. *Pedro y el lobo* me preparó para este viaje. Cuando hacía su entrada, las frases musicales se iban convirtiendo en pistas que seguir, conduciéndonos por el sendero de la historia. La repetición de las notas se volvió reconfortante, un lugar donde ubicarme en este mundo inventado. Un motivo, discordante al principio, de manera eventual se convirtió en una melodía.

Los gestos musicales de Strauss se transformaron en poemas tonales, creados y sostenidos en las largas notas de las arias y duetos de los personajes. Las palabras se disipaban en sentimiento puro. Mi espíritu se elevaba.

¿Sería creíble si dijera que, cuando abrí la boca, un pájaro salió volando?

Mi padre estaba igual de conmovido. En un momento de inusual honestidad, durante uno de los intermedios me dijo que, dado la presencia poderosa de Mamá, él pocas veces hablaba. No había necesidad. Ella lo cubría. No fue sino hasta después de su muerte que él empezó a involucrarse socialmente con los demás.

"La gente me dice que me he vuelto más gregario desde la muerte de Diane", me dijo. "Hablo

más con nuestros amigos ahora." Hizo una pausa. "He aprendido mucho al vivir solo. Cuando sé de alguien que ha perdido a su pareja o a un hijo, al día siguiente voy a tocarle la puerta. No importa lo que diga. Lo importante es estar ahí."

Mi padre está mas involucrado en nuestras vidas, también. Su voz se ha vuelto cada vez más tierna, un tono que rara vez conocimos de niños excepto a través de sus acciones. Lo mismo ocurrió con nuestro abuelo Jack. No lo conocimos realmente hasta que murió Mimi.

Juntos, mi padre y yo no sólo escuchamos el arco de la música triunfante y desgarradora de Strauss, también sentimos el registro completo de la condición humana en nosotros. Quise tomarlo de la mano, pero no me atreví. Las voces de la ópera, dibujadas con gran intensidad y convicción, se volvieron los colores de la pasión y el dolor en el ambicioso libreto de Hofmannsthal.

Cuando terminó la función, nos pusimos de pie en el palco del auditorio, uno al lado del otro, y aplaudimos con entusiasmo hasta que se cerró la cortina.

Los diarios de mi madre son un aplauso de guantes blancos, un encore cada vez que alguno se abre.

Los mitos pueden hacer la realidad más inteligible.
—Jenny Holzer

Los diarios de mi madre son un mito.

LIII

Mi madre me heredó sus diarios y todos sus diarios estaban en blanco.

Los diarios de mi madre son una sombra que juega con la mía. Soy una mujer casada con las palabras. Las palabras proyectan una sombra. Sin sombra no hay profundidad. Sin sombra no hay sustancia. No tener una sombra significa ser invisible.

Mientras tenga una sombra, estoy viva.
mientras tenga una sombra

La mujer sin sombra cuyo nombre es la emperatriz no es un ser humano, sino una prisionera del reino de los espíritus que es prisionera de su esposo. Todos somos prisioneros de algo.

La prisión de mi madre fue su papel asignado.

Mi madre jugaba un papel.

Muchos papeles.

Mamá tiene un nombre, Diane Dixon Tempest. Yo diré su nombre. No escribió en sus diarios pero sí escribió cartas para su familia y conservó todas las charlas que dio en la iglesia.

Durante la lucha por la Enmienda de Igualdad de Derechos, la cual apoyaba, pronunció estas palabras ante su comunidad de mujeres en la Sociedad de Socorro:

> La educación es importante para las mujeres. Creo que en estos tiempos ser una mujer hecha y derecha requiere más experiencia y valentía que nunca. No hay excusas para una mujer mormona que no conozca y entienda los asuntos relacionados con la Enmienda de Igualdad de Derechos... una de las cosas buenas de haber participado en los movimientos por los derechos de las mujeres en todo el mundo durante tantos años es el despertar intelectual que hemos vivido. El grado de nuestra vivacidad depende del grado de nuestra conciencia...
>
> En el curso natural de la vida, día tras día, es muy fácil que nuestras prioridades se confundan. ¿Cómo encontrar un momento en nuestras apre-

tadas agendas como madres y esposas para desarrollarnos?...

¿Se han preguntado alguna vez si sus familias piensan en ustedes más como una serie de funciones que como una persona?... Yo he pasado por fases donde me detengo y me pregunto a mí misma quién soy realmente. ¿Tengo una identidad propia más allá de ser la esposa o la madre de alguien? ¿En qué debo convertirme? ¿Qué debería estar haciendo justo ahora, en este momento de mi vida?...

"Hay dos días importantes en la vida de una mujer: el día en que nace y el día en que descubre para qué nació."

Luego contó la historia de María y Marta:

María y Marta eran buenas amigas de Jesús. Cuando Jesús entró a su casa, María se sentó a sus pies y escuchó sus palabras, pero Marta siguió ocupada, preparando cosas para su invitado.

Marta, confundida con tantas actividades, permitió que sus prioridades se mezclaran. La preparación de la casa se había antepuesto a la prioridad más importante: la visita misma.

Doblé los papeles que contenían la charla de mi madre y los puse en uno de los diarios en los que se negó a escribir. A través de los años siguió comprando uno tras otro, pero simplemente no pudo escribir en ninguno de ellos sin dejar de ser honesta consigo misma. Los diarios de mi madre son su sombra. Contienen su profundidad y sustancia y su rechazo a dejarse conocer.

Mi madre rechazó sus papeles asignados.

"¡No lo haré!", gritó la emperatriz con el poder de su voz. Se negó a beber de la fuente dorada que contenía el Agua de la Vida, porque lo hubiera hecho a expensas de alguien más. Si mi madre hubiera escrito la verdad sobre su vida, creía y temía hacerlo a expensas de alguien más. No quería lastimar a aquellos que amaba en caso de que sus diarios fueran leídos. Y nos criaron con la creencia de que nuestros diarios serían leídos en el futuro.

El futuro era un lujo que Mamá nunca tuvo. Habitó el punto más caliente de la flama de cada día. A los 38 se enfrentó a su propia mortalidad y vivió hasta que Hank, su hijo menor, cumplió veinte. Terminó de criar a sus hijos, una promesa que se había hecho a sí misma.

La voluntad de las mujeres es la voluntad de la Vida.

Las últimas líneas de la ópera *Die Frau ohne Schatten,* de Strauss, están cantadas por los hijos no nacidos: "Madre... los problemas que te desconcertaron... ¡no podría haber fiesta si no fuéramos, secretamente, los invitados y los anfitriones al mismo tiempo!"

La naturaleza de vivir y amar es el acto de la reciprocidad. Como mujeres, nos dicen que ser el invitado es recibir. Nos dicen que ser la anfitriona es dar. ¿Pero qué tal si es al revés? ¿Qué tal que fuera el invitado quien le ofrece a la anfitriona, y es la anfitriona quien recibe del invitado, cada vez que pone la mesa para dar la bienvenida y alimentar a los que ama? Ser el invitado y la anfitriona al mismo tiempo es imaginar un intercambio mutuo de regalos que predican respeto y alegría. Si pudiéramos adoptar esta verdad, quizá como mujeres seríamos menos susceptibles de convertirnos en mártires.

Poner la mesa.

¿Para qué ponemos la mesa?

Mamá y Mimi conversan.

Mimi dice: "Transformación, Diane".

LIV

Mi voz se levanta una y otra vez en medio de la belleza ante el asombro y el deslumbramiento del espectáculo: una exaltación de alondras; un murmullo de los estorninos; una parvada de cuervos; un parlamento de búhos. Y luego en la privacidad de la verdad, continúa la valentía repetida del zorzal ermitaño, escondido en el bosque, cantando en los intervalos entre truenos. No es desde la tristeza que me atrevo a hablar o a actuar, sino en la belleza de lo que queda. Un cadáver de albatros en descomposición en el atolón de Midway se convierte en un nido de plumas que alberga pedazos de plástico en medio del mar, provenientes de la Gran Mancha de Basura del Pacífico. Podemos hincarnos, aterrorizados, y rogar perdón. O podemos darnos la media vuelta. Pero el albatros que vuela encima de nosotros, impulsado por la brisa, está suspendido en el aire por el amplio puente de sus alas. Es ella quien nos invita a responder.

"¡No soy un criminal! ¡Yo no maté a nadie!", gritó el niño. "Sólo quería matarme a mí mismo."

Vimos al chico de quince años retorciéndose de dolor después de intentar cortarse las venas. Estaba acompañado por un policía que, por ley, tuvo que esposarlo.

Yo estaba sentada en la sala de espera de la Clínica Médica de la Costa de Maine junto a varios otros pacientes, en su mayoría pescadores de langosta.

Me había disculpado con la recepcionista al entrar a la sala de emergencias. "¿Por qué?", me preguntó. Por reaccionar exageradamente. Ahora, después de que mis síntomas habían sido descritos, la sangre y la presión anotadas, la temperatura tomada, estaba esperando a ver si realmente había exagerado.

Pasaba de la media noche. Después de varias horas de pruebas y exámenes, incluyendo una tomografía y un electrocardiograma, un asistente médico me llamó a un cuarto privado.

"Hay un tejido blando del lado izquierdo de su cerebro que mide 11.8 por 8.6 milímetros como máximo."

Le pedí que me hablara con palabras que yo pudiera entender.

"No sé exactamente cómo decirle esto", me dijo, "pero parece que tiene usted un tumor en el cerebro y que está teniendo un derrame."

Empecé a reírme, incapaz de asimilar lo que estaba escuchando. Para entonces, la doctora había entrado al cuarto. Al escuchar la conversación y mis tintes humorísticos, nos interrumpió. "Qué tal verlo así: en una escala del uno al diez, estás en un ocho."

Eso obtuvo mi atención.

Llamé a Brooke a Utah para decirle lo que estaba pasando: el lado derecho de mi cuerpo estaba adormecido, mi visión borrosa y no podía hablar bien. Escuchó sin decir mucho. Dijo que se subiría al próximo avión en cuanto pudiera llegar al aeropuerto. Castle Valley estaba inundado. Amigos y vecinos estaban construyendo barricadas con bolsas de arena en Placer Creek en medio de la noche, con la esperanza de salvar algunas casas. La nuestra entre ellas. Brooke llevó el teléfono afuera, desde donde yo podía escuchar los truenos y el río creciente que rugía a través del arroyo junto a la casa.

Vi al halcón que me cortó el ojo. Estaba siguiendo a su presa, lanzándose como flecha a gran velocidad a través de los cañones sobre un

río turbulento. Esta vez me pegó. Ciega. Sorprendida. Estoy dentro de un torbellino, incapaz de escapar de la violencia de la corriente, atrapada en el ciclo de terror que rodea a mis propias ideas.

Como una inundación relámpago en el desierto, no tiene que estar lloviendo antes de que el agua caiga. Siempre pensé que mi mortalidad llegaría con alas de gracia, no a través de un adormecimiento que le impidiera a mi cuerpo caminar o encontrar las palabras.

No dejo de pensar, *ésta no es mi historia, ésta no es mi historia*, hasta que el agotamiento total me hace rendirme ante el confort de la fatiga y la realidad de la camilla fría y rígida sobre la que estaba recostada, cubierta por una delgada cobija de algodón. *Así que estoy aquí*, pensé. *Qué sorpresa.*

Como si el halcón se hubiera posado en una cornisa, mi mente se calmó y fue capaz de adoptar una posición estratégica distinta. *¿Y si de verdad tengo un tumor cerebral? ¿Cómo podría vivir? ¿Y si estoy teniendo un derrame? ¿Cómo podría vivir? ¿Y si estoy bien y todo esto es un error?* Y luego me di cuenta, en la oscuridad de mi duda, de que sin importar el resultado la pregunta seguía siendo la misma.

La enfermera entró a tomarme la temperatura. Prendió las luces. Yo me senté, entrecerré los

ojos y miré el reloj. Las dos manecillas sobre fondo blanco empezaron a dar vueltas rápidamente. Veinticuatro horas pasaron en segundos.

"No, no es su cerebro", me dijo la enfermera muy segura, al notar mi confusión. "Las manecillas del reloj sí están girando demasiado rápido. Y realmente no sé por qué está pasando eso."

De regreso en Salt Lake City recibo un diagnóstico definitivo: tengo un hemangioma cavernoso ubicado en lo que los doctores llaman la parte "elocuente" del cerebro, o área de Wernicke, donde se alberga la comprensión lingüística, hogar de la metáfora y los pensamientos complejos. Es una pequeña maraña de venas, probablemente benigna, parecida a una frambuesa, con acumulaciones de sangre en racimos. Dicho de otro modo: tuve un derrame y por lo tanto se me adormeció el cuerpo. Podría pasar otra vez en cualquier momento. Derrames previos predicen derrames futuros. El tratamiento puede ser de dos tipos: cirugía cerebral o esperar a ver qué pasa.

La conversación con el neurocirujano fue así: "Voy a cortar un anillo de hueso en tu cráneo. Por ahí entraré al cerebro y, mientras estás consciente, haré algunas pruebas de comprensión

para ver dónde están las zonas de exclusión, las áreas que debemos evitar para asegurarnos de no poner el riesgo tu centro del lenguaje. Después te anestesiaremos completamente para extirpar la malformación, poner el círculo de hueso de vuelta en su lugar, cubrirlo con una placa de titanio de quince centímetros, volver a colocar la capa de piel, coserla y esperar a ver cómo te recuperas."

"¿Es decir?", pregunté.

"Es decir que tendremos que esperar a ver si puedes entender lo que digo o si puedes hablar."

Dejé de escucharlo.

Le pregunté si podía ver la imagen de mi cerebro una vez más. Con un clic en la computadora mi cavernoma apareció en la pantalla. Me quedé mirando fijamente la imagen en blanco y negro. No estaba claro si estaba viendo un agujero de bala o una ventana de luz.

Todos los doctores a los que consultamos para una segunda opinión, desde la Universidad de Utah hasta el Departamento de Neurología de la Universidad de Columbia, hicieron la misma pregunta: "¿Qué tan bien lidia usted con la incertidumbre?"

"¿Existe alguna otra cosa?", dije.

Decido no hacer nada.

Durante semanas, meses después de recibir mi diagnóstico, soñé con pájaros.

Los diarios de mi madre, cuando son abiertos al viento, se convierten en alas de pájaros, de pájaros blancos.

Pájaros blancos. Pavorreales blancos. Búhos blancos. Palomas y cuervos blancos. Estos pájaros blancos de mis sueños habitan un paisaje congelado, acompañados de osos y lobos blancos, y yo me pregunto qué está congelado en mí, qué me ha adormecido en un mundo en el que creía estar tan abierta a las sensaciones.

El cuerpo no miente.

En el invierno más profundo de 2010, yo estaba en Maine en el funeral de una hermosa y joven mujer. Talentosa con las palabras, era una escritora prometedora que se acababa de graduar de la universidad. De vez en cuando intercambiábamos ensayos y cuentos. Era inteligente, irreverente y la devastaba la fuerza de su propia perfección. Decir que se perdió a sí misma en la anorexia es suponer que no compartimos su geografía del pánico. Eso es falso. *Nunca seré suficiente. Quiero desaparecer.* La lucha colectiva se volvió personal. Estaba cansada. Estaba decidida.

Se quitó la vida. Y como comunidad, reunidos en torno a sus amados padres y hermano, todos cargamos con el peso de la responsabilidad y el arrepentimiento.

Al interior de la iglesia, los acomodadores eran padres y fueron las madres las que llevaron comida al hogar desconsolado durante toda la semana, sirviendo a la familia que se convertía en huésped de su propia casa, reconfortada. Y pensé en cómo nos convertimos en padres y madres unos de otros en procesos de duelo con gestos grandes y pequeños. Mis ojos se enfocaron en una caja elegantemente elaborada —hecha a mano por un vecino— que ahora contenía sus cenizas, *cenizas, todos terminamos por caer.* El bosque por el que corría de niña conserva su recuerdo en sus maples, abedules y abetos. Tulipanes rosas suavizan los bordes del altar. Las flores favoritas de Emily. Sí, diré su nombre, su hermoso nombre, *Emily.*

¿Alguno de nosotros entiende realmente las consecuencias de nuestros actos?

La luz ardiente del invierno quemaba a través de los vitrales de la blanca iglesia mientras escuchábamos al reverendo leer un fragmento de "El juicio de los pájaros", de Loren Eiseley:

El sol era cálido en ese lugar, y los murmullos de la vida del bosque se desdibujaban suavemente en mis sueños. Cuando desperté, apenas consciente de cierta conmoción y escándalo en el claro, la luz se inclinaba a través de los pinos de modo que el espacio se iluminaba como una vasta catedral. Podía ver las partículas de polvo del polen de la madera en el largo eje de luz, y ahí, en una rama extendida, se encontraba un enorme cuervo con un polluelo rojo retorciéndose en el pico.

El sonido que me despertó fue el de los chillidos furiosos de los padres del polluelo, que volaban indefensos en círculos sobre el claro. El elegante monstruo negro permanecía indiferente. Engulló, afiló su pico sobre la rama muerta durante un momento y se quedó quieto. Hasta ese punto la pequeña tragedia no se había salido de lo normal. Pero de pronto empezó a levantarse un suave sonido de queja en toda esa área del bosque. Llegaron al claro pequeños pájaros alborotados de media docena de variedades distintas, atraídos por la angustia de los gritos de los minúsculos padres.

Nadie se atrevió a atacar al cuervo. Pero se quedaron ahí llorando en una especie de miseria común, los dolientes y el indolente. El claro se llenó

del suave sonido de sus alas en conmoción. Aletearon como apuntando sus alas hacia el asesino. Había una ética tenue que él había violado y que ellos conocían. Era un pájaro de la muerte.

Y él, el asesino, el pájaro negro en el corazón de la vida, se quedó ahí, brillando en la luz común, formidable, inmóvil, indiferente, intocable.

Los susurros terminaron. Y fue entonces que vi el juicio. Era el juicio de la vida contra la muerte. Nunca más lo veré presentado de manera tan clara. Nunca más lo escucharé en notas tan trágicamente prolongadas. Porque en medio de la protesta, olvidaron la violencia. Ahí, en ese claro, la nota de cristal de un gorrión cantor se levantó poco a poco del silencio. Y finalmente, tras el doloroso aleteo, otro tomó la canción, y luego otro, y así pasó la canción de un pájaro al siguiente, dudoso al principio, como si algún ser maligno estuviera siendo lentamente olvidado.

Hasta que de pronto tuvieron el valor de cantar juntos, a muchas voces, como se sabe que cantan los pájaros. Cantaron porque la vida es dulce y la luz del sol es hermosa. Cantaron ante la sombra amenazante del cuervo. Lo cierto es que habían olvidado al cuervo, porque eran cantores de la vida, no de la muerte.

Salí de la iglesia hacia el inclemente frío. Un azulillo sietecolores, que no suele verse al norte de las Carolinas, había llegado volando al final de la tormenta, desviado de su curso, y se había quedado. Yo también había perdido el curso. Necesitaba ver a ese pájaro. Llamé a la casa del hombre cuyo comedero frecuentaba. Resulta que era el reverendo de todas las islas de la Bahía de Penobscot.

"Regrese mañana a las 6:45 de la mañana", dijo. "Él ha sido muy puntual."

Así que fui a mi cita con el azulillo sietecolores, manejando en la oscuridad por la carretera nevada de la costa de Maine. Toqué a la puerta. El pastor abrió y me invitó a pasar. Su esposa estaba preparando café. La única luz en su hogar venía del horno de leña que había en la cocina, donde una ventana enmarcaba el comedero que había afuera. Eran las 6:30 de la mañana. Nos sentamos haciendo largas pausas entre las palabras. La gente de Maine no habla mucho. A las 6:43 llegó el azulillo sietecolores, como un sueño en los pliegues de luz y sombra. Su silueta se volvió cada vez mas colorida durante los siete cortos minutos que se quedó. Y cuando el amanecer to-

có su pequeña espalda emplumada, la encendió como una flama: roja, azul y verde. No había ningún otro pájaro a su alrededor. Estaba solo en su singular golpeteo al borde del comedero, comiendo una semilla de girasol tras otra, y luego voló...

Desde entonces no he soñado con pájaros blancos.

Los diarios de mi madre están cerrados.

Un mes después, otra cita accidental. Entro a la Galería Spheris, en Hanover, New Hampshire. Me encuentro de pie frente a una espiral de pájaros —negros, negro con gris, gris con blanco, rojos— en figuras recortadas de golondrinas y vencejos. Estos pájaros toman impulso contra una pared blanca. Cada uno aletea y vuela según la longitud del clavo que lo mantiene en su lugar.

Negro con blanco; negro; negro con gris; rojos, rojo con gris; azules... esos pájaros crean una velocidad inesperada incluso al interior de la galería. *Espiral roja* es una instalación creada por Julia Barello, una artista que vive en Nuevo México. Ella entiende a las golondrinas y a los vencejos, cómo juguetean con las olas de calor que se forman comúnmente en las paredes de roca roja.

La galería está vacía. Acerco una silla. La espiral de pájaros se registra como una familiaridad alegre, viva en el desierto, viva en mí. Y sin embargo algo no está bien. Siento una molestia, una herida quieta. Sostengo una pregunta como un pájaro silencioso que aletea dentro de mis manos ahuecadas esperando a ser liberado.

Cada pájaro carga texto en sus alas. Pequeñas oraciones blancas, fragmentos demasiado pequeños como para ser leídos a la distancia. No había notado esa peculiaridad hasta ahora. Me pongo de pie y camino hacia ellos para examinarlos más de cerca. Se me ponen los pelos de punta. Estos pájaros están hechos de radiografías de resonancias magnéticas, imágenes resonantes como las que expusieron el cavernoma en mi cerebro hace seis meses.

Me pellizco la piel de la mano derecha para ver si está adormecida.

Cada pájaro es una imagen es una presencia es una persona, y me pregunto si las personas representadas aquí están vivas o muertas. Las tomografías parciales de sus cerebros, sus huesos, sus órganos, con letras que los identifican aquí y allá, ahora se reinterpretan y reconstruyen, pero la evidencia de una persona en riesgo permane-

ce. Como yo, una imagen se convierte en el diagnóstico, determinado y nombrado. Lo que no puede ser nombrado es una perturbación.

Los diarios de mi madre son una perturbación.

Estar adormecido en el mundo es otra forma de suicidio.

Me siento a mí misma separándome de la oración escrita en mis propias alas. ¿Cómo nos movemos más allá de nuestro diagnóstico? Yo recurro a los pájaros, la brasa del azulillo sietecolores pintado ardiendo en mis manos. Por supuesto. Fuera de puesto. El azulillo se quedó atrapado en una tormenta y no pudo marcharse. Yo he estado detenida en una tormenta provocada por mí misma. Torbellino. Tierra-aire. Distraída y descolocada. En las heridas surgidas al perderme, puedo corregirme. Podemos escapar de nuestras vidas de una forma distinta a la negación y volver a nuestro ser auténtico a través del arte de emprender la retirada. Avistamientos accidentales, ya sea en un cerebro o en una madrugada de invierno, nos recuerdan que no existe la certeza. Los tulipanes bailan incluso después de que sus vidas han sido cortadas.

Así que aceptamos la sorpresa.

Los diarios de mi madre son una sorpresa.

El pájaro rojo al centro de esta espiral acumula su propia velocidad. Repítelo: velocidad. Las palabras tienen su velocidad. Yo soy una mujer de palabras. ¿Qué queda de mí si me quitan las palabras? El don de mi pensamiento complejo empieza a aplanarse y a tomar vuelo, dejándome —dejando a aquellos que están cerca— sin recuerdos de cómo aprehender una palabra como *pájaro.*

Sangro. Me entumo. Esto me asusta.

Los diarios de mi madre me asustan.

Ahora, ante un cambio de luz, las sombras de los pájaros están más pronunciadas sobre la pared blanca de la galería. La sombra de cada pájaro me habla. Cada sombra aumenta su velocidad al doble, furia de formas. La sombra, mi sombra, se mezcla con la de ellos. Descenso. Ascenso. La velocidad de las alas crea el susurro para despertar.

Los diarios de mi madre son un despertar.

¿Cómo debo vivir?

Quiero sentir tanto la belleza como el dolor de la era en la que vivimos. Quiero sobrevivir sin entumecerme. Quiero hablar y comprender las palabras de las heridas, sin que estas palabras se conviertan en el paisaje en el que habito. Quiero tener un toque suave que pueda elevar la oscuridad al mundo de las estrellas.

Esta malformación vascular podría sangrar y explotar. O yo podría simplemente seguir viviendo, apreciando mi condición de ser humano vulnerable en un mundo vulnerable, guiada por el canto de los pájaros. ¿Qué es el tiempo, el tiempo sagrado, sino la aceleración de la conciencia? Hay muchas maneras de cambiar las oraciones que nos han sido dadas.

No podemos hacerlo solos. Lo hacemos solos.

> La mente humana siempre progresa pero es un progreso en espiral.
>
> — Madame de Staël

¿Cómo debemos vivir?

Hace mucho tiempo, cuando las mujeres fueron pájaros, existía el sencillo entendimiento de que cantar en la madrugada o cantar al atardecer era curar al mundo a través de la dicha. Los pájaros aún recuerdan lo que nosotras hemos olvidado, que el mundo está hecho para ser celebrado.

Los diarios de mi madre deben ser celebrados.

VIVI(R)

Escucho la voz de mi madre —no al exterior, sino al interior— mientras camino sobre la escultura *Spiral Jetty* a orillas del Gran Lago Salado. El agua ha retrocedido y una espiral de piedras se enroscan sobre sí mismas, creando un camino hacia el centro.

Louis y yo caminamos sobre la espiral en silencio. Estamos con dos amigos, un hombre y una mujer, que también caminan sobre la espiral en silencio. Es la primera vez que veo la escultura de Robert Smithson. Estaba esperando un momento en el que sintiera la necesidad de una ceremonia.

Los cristales de sal son prismas resplandecientes de luz mientras el calor que mana del lago seco crea una distorsión de tiempo y espacio. Estamos flotando en un paisaje onírico de desierto y agua y cielo. Mi mar interior, mi cuenca de lágrimas evaporadas, nos sujeta y me sostiene. Han pasado 24 años desde la muerte de Mamá, y nunca la había sentido tan presente. En este paisaje de capas veo cómo el entorno cambia, pero más importante, lo siento. Alguna vez cubierto por el Gran Lago Salado, la *Spiral Jet-*

ty ahora está expuesta. Como yo: mi corazón está expuesto. El lago brilla en el horizonte como un filo de plata.

Pensé que estaba escribiendo un libro sobre la voz. Pensé que, como mujer, proclamaría que debemos contar la verdad de nuestras vidas a cualquier costo. Pero, con Louis caminando atrás de mí, me doy cuenta de que nunca seré capaz de decir lo que hay en mi corazón, porque las palabras nos fallan, porque está en nuestra naturaleza proteger, porque hay momentos en que debemos discernir lo público de lo privado. Hay consuelo en mantener lo sagrado dentro de nosotros, no como un secreto, sino como una plegaria.

El mundo ya está abierto en dos y es nuestro destino sanarlo, cada uno a su modo, cada uno a su tiempo, con los dones que tenemos.

Nos quedamos de pie al centro de la espiral y nos entregamos al vasto silencio que nos rodea. Estamos desorientados. Los hombres se marchan. Las mujeres nos quedamos y juntas nos recostamos en la sal del desierto, una frente a otra, con las orejas en la tierra, escuchando.

Escucho la voz de mi madre.

En el vacío de este paisaje amado que me ha sostenido toda la vida, pienso en los diarios de mi

madre como una paradoja más, diarios sin palabras que crean una narrativa de la imaginación.

El don de mi madre es el Misterio.

Empiezo cada día con la página en blanco.

AGRADECIMIENTOS

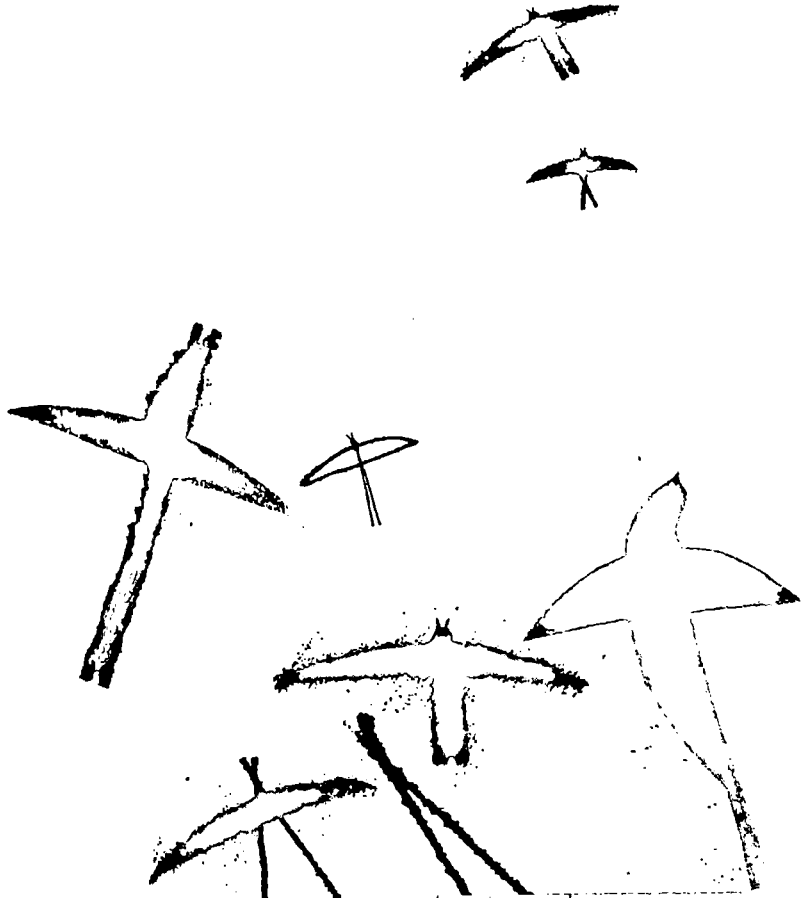
Un libro siempre se crea en comunidad. Me gustaría reconocer a Ann Mudge Backer de Surry, Maine; Annette e Ian Cumming de Jackson, Wyoming; Beatrice Monti della Corte y a la Santa Maddalena Foundation en Donnini, Italia, por ser un santuario para la escritura. Mariah Hughs, Nick Sichterman: bendiciones; Bonnie McDougall, Cathy Silber: Nushu; Hélène Cixous: lenguaje; Leo Treitler: ópera; Kim Ridley, Tom Curry: azulillo sietecolores; Julia Barello: golondrinas; Vicky y Robert Newman: *Spiral Jetty*; Tom Miller, Jennifer Majersik, Stan Resor, Starie Seay: salud; Laurie Graham: fe; Mary Toscano: plumas; Daniel Piepenbring, Abby Kagan, Rodrigo Corral, Jeff Seroy, Kathy Daneman: Farrar, Straus & Giroux; David Rogers, Elizabeth Bruce, Gabrielle Gantz: Picador; Matthew Rothschild, Ben George: revisión; Rick Bass, Lyn Dalebout, K'Lea Andreas, Mary Frank, Stephen Trimble, Monette Clark, Mickey Houlihan, Andy Friedland, Carol Folt, Laura Kamala, Eleanor Bliss, Bill Hedden, Teresa Cavazos Cohn, Bill Resor, Story Clark, Avery and Felicia Resor, Lee and Ed Riddell, Betsy Burton, Karen

Shepherd, Geralyn White Dreyfous, Anne Milliken, Annabelle Milliken, Carol Stockham, Hank Tempest, Dan Tempest, Lynne Tempest, Becky Williams, Rex Williams, Steven Barclay, y Carl Brandt: aprecio. Y por supuesto, Sarah Crichton: visión; John Tempest, Louis Gakumba, y Brooke Williams: hogar.

C

Cuando las mujeres fueron pájaros: Cincuenta y cuatro variaciones sobre la voz pertenece a las series Presente y Remoto.
Finalmente logró publicarse tras nueve meses
de pandemia, durante los cuales se volvieron
a escuchar los cantos de las aves en cientos de ciudades
donde disminuyó el ruido, mientras millones
de humanos se resguardaron en sus hogares.
Se terminó de imprimir y encuadernar en el mes
de diciembre de 2020, en los talleres de Litográfica
Ingramex S. A. de C. V. Centeno 195, Valle del Sur,
C. P. 09819, Iztapalapa, CDMX, México.

La edición consta de 1000 ejemplares.

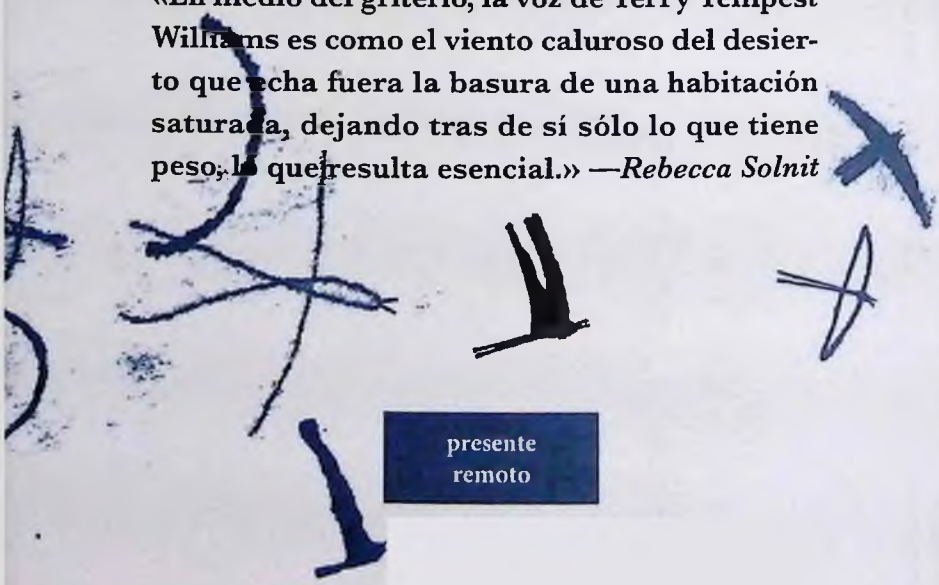


IMPALA

Poco antes de fallecer, la madre de Terry Tempest Williams le dijo: "Te voy a heredar todos mis diarios, pero prométeme que no los verás hasta que me muera". Había sido una sorpresa para la autora descubrir que su madre tenía un diario, pero más grande fue el asombro de descubrir que cada uno de los cuadernos —su herencia— se encontraban en blanco. A lo largo de 54 breves pasajes, Williams trata de explicar ese vacío, preguntándose: ¿Qué significa tener una voz?

Cuando las mujeres fueron pájaros explora cómo nuestro sitio en el mundo no está sólo ligado a la comunidad a la que pertenecemos, sino al territorio que habitamos, con todo y sus plantas, montes, vientos y, por supuesto, los pájaros que se vuelven testigos de nuestro transitar. Una obra fundamental sobre el papel de las mujeres como fuerza centrífuga de la comunidad, la memoria y la naturaleza.

«En medio del griterío, la voz de Terry Tempest Williams es como el viento caluroso del desierto que echa fuera la basura de una habitación saturada, dejando tras de sí sólo lo que tiene peso, lo que resulta esencial.» —*Rebecca Solnit*



presente
remoto